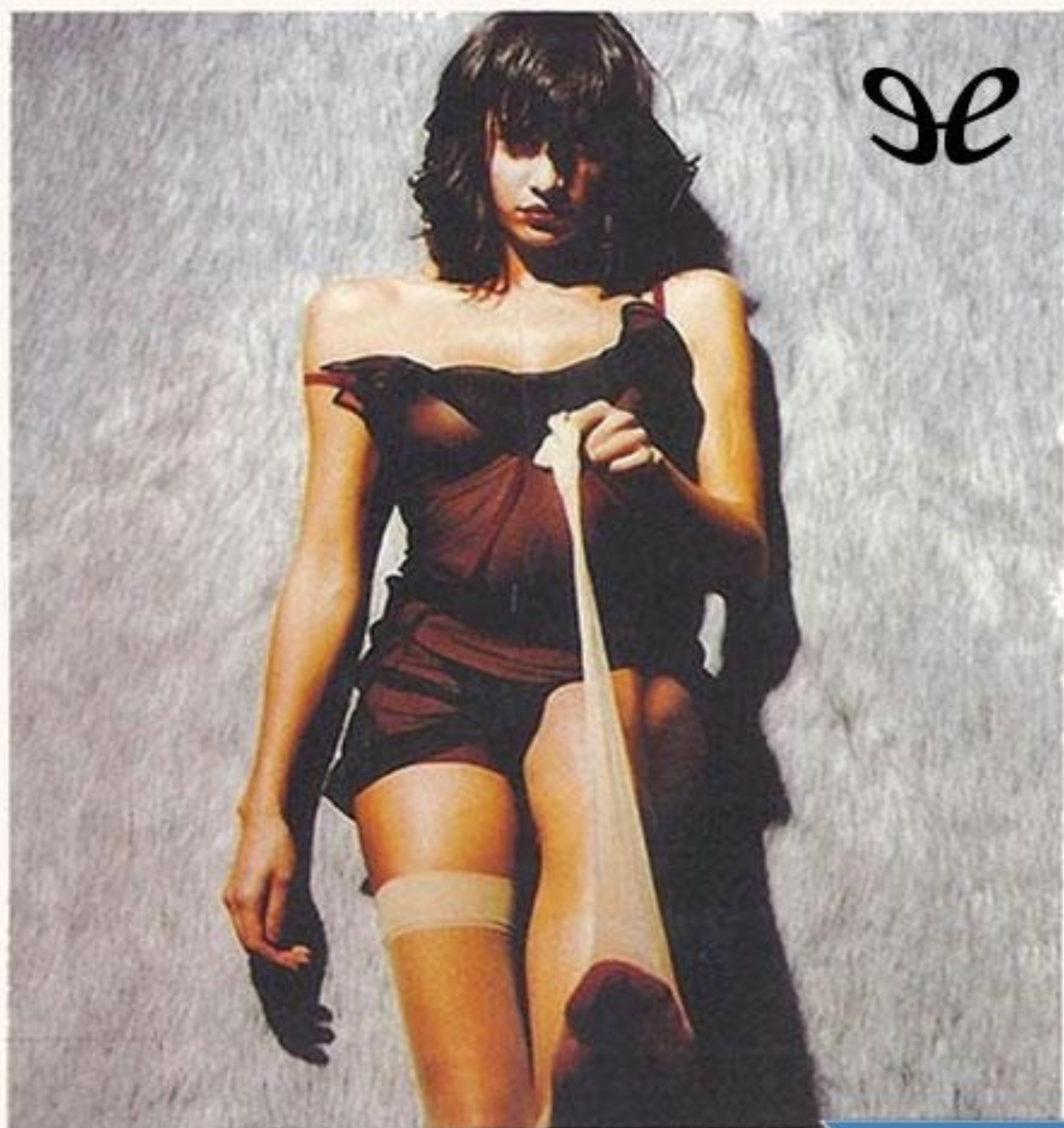


VIRGINIE DESPENTES

***Lo bueno  
de verdad***



Lectulandia

Pauline y Claudine son dos hermanas gemelas radicalmente antagónicas: Pauline, rebelde y fiel en el amor, rechaza el compromiso. Decidida y desorientada a la vez, algo hardcore y algo actriz, Claudine quiere que la deseen. Pero cuando se suicida, la suplanta Pauline, la hermana enemiga. Se emborracha de mentiras, de éxitos y de impostura. ¿Cómo se puede ser una mujer enamorada de la verdad en un mundo de mentira? ¿Quién puede creer que los puros son los que pretenden serlo? Contra los engaños del éxito y el juego de las apariencias, sumergida en el mundo podrido de los cuerpos ficticios que se venden entre el marketing y la cosmética, a menudo incluso en la sección de prostitución, la tercera novela de Virginie Despentes es el retrato al ácido de una mujer de hoy, zorra y mártir, mutante y heroína. Pero la autora va a lo esencial: en lo que respecta a los hombres, ahí está Pauline cuando lo quiere todo de golpe. ¿Todo? La multitud y la soledad, la pureza y la impureza, el sexo y la ternura.

**Lectulandia**

Virginie Despentes

# **Lo bueno de verdad**

ePub r1.0

Titivillus 05.02.2017

Título original: *Les jolies choses*  
Virginie Despentes, 1998  
Traducción: Isabelle Bordallo  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Mis padres  
Dominique, la emperatriz  
Caroline, Hacène & Emil  
Louis-Stéphane, Nora Hamdi  
Mehdi, Varouj, Rico, Tofick  
Zingo de Lunch & Vartan

# Lo bueno de verdad

## PRIMAVERA

Château-Rouge. Una terraza en la acera, en medio de unas obras. Están sentados uno al lado del otro. Claudine es rubia, corto vestido rosa aparentemente discreto pero que deja entrever su pecho, perfecta muñeca bien arreglada. Hasta su postura, codos en la mesa, piernas estiradas, tiene algo de artificioso. Nicolas, los ojos muy azules, siempre de coña, y a punto de montar un numerito. Dice:

—Qué día tan cojonudo...

—Sí, te jode la vista.

Ella se ha dejado las gafas en casa, arruga la frente y añade:

—Me encuentro fatal, te lo juro. Francamente, aquí me estoy achicharrando.

Se toca el cuello y traga. Condescendiente, Nicolas se encoge ligeramente de hombros.

—Si no te tragaras los antidepresivos como si fueran caramelos, seguro que te sentirías mejor.

Ella, tras un largo suspiro, comenta alzando las cejas:

—Contigo no me siento apoyada.

—Yo tampoco: nada apoyado. Es más: me siento precipitado al desastre.

—No sé de qué estás hablando.

Él quisiera alterarse, dejar caer que no tiene gracia, pero se le queda atascado en la garganta y se conforma con sonreír. Llega el camarero, tira dos cartones en la mesa y pone dos jarras encima. Gestos impecables. Las burbujas de la birra suben en líneas rectas y rápidas. Brindan mecánicamente, intercambian un breve guiño. Mesa vecina, una niña hace ruido rascando con la pajita el fondo de su granadina. Nicolas aplasta su pitillo sin terminar, lo machaca a fondo hasta apagarlo y declara:

—No funcionará. Es imposible confundiros.

—No te enteras, tío, somos gemelas auténticas.

—Entonces dime, ¿por qué no la reconocí cuando fui a buscarla a la estación?

Claudine hace una mueca cómica, es su manera de demostrar que tampoco lo entiende. Nicolas insiste:

—Pasó por delante de mis narices y no la reconocí. Cuando todos los viajeros se habían ido y nos encontramos el uno al lado del otro, pude distinguir un remoto

parecido entre vosotras dos...

—Tal vez seas un poco subnormal... No lo olvides.

El camarero pasa a su lado. Nicolas le pide otra ronda. Luego se da un masaje en la frente con dos dedos y mira al vacío como si ahí contemplara el problema. Finalmente, harto de estar callado, vuelve a la carga:

—Tu hermana está sonada, completamente autista.

—Es grunge, ¿y qué? Con la cantidad de pirados que encuentras en París, yo la veo bastante tranquila.

—Pues mira, en una tarde la he oído pronunciar exactamente cuatro palabras, y eran: «Vete a la mierda». Si eso es estar tranquilo...

—Ponte en su lugar, está a la defensiva.

—Lo que me jode es que no me avisaras. Seguro que omitiste contarme un montón de historias...

Claudine se tensa, gira la cabeza hacia él, que conoce esa cara que pone cuando pierde la compostura y se vuelve mala de verdad:

—¿Piensas seguir dando el coñazo mucho rato? Si esto te jode, no te canses. Vete a casa, tranquilo: nos apañaremos sin ti.

Ni le deja tiempo para contestar, se levanta y se va al váter. El cerrojo está completamente oxidado y destrozado, en el portarrollos hay huellas de pitillos amarillos como una cicatriz. Váter turco, mucho cuidado en no mojarse demasiado los pies al tirar de la cadena.

Pecho oprimido por un peso absurdo, quisiera estar en otra parte. Desembarazarse de sí misma. Tiene la puta tensión incrustada, se despierta con ella y no la deja hasta después de muchas cervezas.

Vuelve a sentarse junto a Nicolas. Pasa una chica con un conjunto de piel de serpiente y zapatos con esas suelas extrañas que se llevan ahora. Más lejos, un hombre grita «Al ladrón», la gente corre y otros se meten. Bocinazos en otra parte, una especie de sirena de niebla, como si un barco estuviera desembarcando en el barrio.

Claudine hurga en su bolso, saca la pasta y la tira en la mesa diciendo:

—No hay propina para los capullos, éste me saca de quicio.

—¿El camarero? ¿Qué te ha hecho?

—Pasa olímpicamente. Miseria y compañía.

Embolsa pitillos y encendedor y concluye secamente:

—¿La acompañas o no?

—Ya te dije que lo haría y lo haré.

—Perfecto. ¿Nos vamos?

Una tenue luz de satisfacción le ilumina la mirada. Se levanta y le espera, finalmente aliviada:

—Me encanta cuando empieza a hacer calor. ¿Y a ti?

Hace bastante tiempo que Nicolas y Claudine se conocen.

Desde el día en que ella vino a vivir a París. Recordarlo como si fuera ayer. Decisión tomada sin premeditación, mientras charlaba con una tía, por teléfono, criticando y poniendo verdes a sus amigos. Y se oyó pronunciar «Yo, de todas formas, me largo, me voy a París, ya no quiero esta vida en la que mañana nunca significa nada». Y, al colgar, comprendió que iba a hacerlo, nada de palabras en el aire.

Llenar una bolsa con trastos y cosas varias, no importa lo que uno se lleve. Cola en la taquilla, billete de primera clase cuando estaba sin blanca, por principios, para no aterrizar como una asquerosa muerta de hambre. Una niña todo el rato encima, «por favor, señora, por favor», Claudine la miraba, le decía que no, y la niña no se cansaba, la seguía hasta la escalera mecánica. «*Por favor... Se lo ruego*».

Un recorrido con sabor extraño, un brote de impaciencia que no iba a abandonarla. Que arranque la vida verdadera, sin saber demasiado a qué se parece.

Al salir de la estación, lo recibe todo en plena cara. Las calles son enormes y blindadas con coches, estruendo envolvente, parisinos a miles, llevan prisa y agobian. Caminó durante horas, ojos abiertos de par en par sobre toda esa gente, bolsa pesada y molesta, que se le clavaba en la mano y en el hombro. En cada esquina, nuevo espectáculo, monumentos impresionantes y diluvio de transeúntes.

El dinero lo impregnaba todo, corría casi palpable. Y en su coco, en espiral, «A ti, ciudad enorme, voy a comerte, voy a morderte con todos mis dientes».

La noche caía a toda velocidad. Claudine completamente sola en un McDonald's, un tipo se ha sentado a su lado. Zapatos caros, buen reloj, un aire globalmente rico. Ha montado su número de acercamiento, tanteando un terreno que le ha parecido favorable. Debía de estar acostumbrado a intentarlo con chicas desconocidas y la ha invitado a cenar en otro sitio. Restaurante superelegante, era evidente que la valoraba al alza.

Cuando le dijo que no tenía adónde ir a dormir, él se sintió obligado a advertirle que sólo podría sacarla de apuros una noche, menos mal: sería un dinero bien empleado, no iba a dejarlo con un palmo de narices a última hora. Claudine le tranquilizó, con un tono de animada contundencia: «¡No pienso instalarme en tu casa!».

Pero ella sabía que si le gustaba el piso, se quedaría cuanto le apeteciera. Tipos como aquél había tenido unos cuantos: ninfómanas en masculino, necesidad compulsiva e insaciable de ser consolados, vulnerabilísimos. Lo tenía todo para dominar un perfil como ése.

Luego hizo el numerito de la que está a punto de llorar de lo bien que la hace correrse, después el de la que agradece que la hagan tan feliz, a continuación, el de la que no es demasiado plasta, ni demasiado curiosa, ni demasiado charlatana, signos discretos de admiración con un golpe de «estoy acostumbrada a que me traten como a una princesa, así que haz el favor de comportarte» para mantener un fondo de pánico latente y la sensación de que le ha tocado el gordo.



Debió de hacer lo correcto porque a la noche siguiente era él quien insistía para que se quedara. Ella se resistió un poco, «apenas nos conocemos, ya no somos críos y la convivencia es difícil», para asegurarse de que él no pondría pegajos. Pero el tío reaccionó positivamente al momento, «cuando el amor se presenta, hay que saber arriesgarse», totalmente convencido de que ella sentía exactamente lo mismo: el soplo arrasador de las grandes pasiones. Ni se le ocurrió desmentirlo.

En casa del tipo, la vida era agradable, aunque él estuviera obsesionado con el sexo.

Revulsión soterrada, por instinto y desde siempre, ella lo hacía sin más, toda sonrisas, amor y tranquilidad por fuera. Se le quedaban dentro las ganas de tirarse a sí misma a la basura y ese eterno asombro: cómo podemos creernos las caras cuando engañan tan desmañadamente.

Por suerte, él solía estar fuera ocupándose de sus asuntos, y ella se quedaba sola en el apartamento. Dejando pasar los días.

París era una ciudad inesperadamente complicada. Atiborrada de gente como ella completamente decidida a tragarse un buen pellizco del pastel. Así que dejaba pasar el tiempo, ejecutaba movimientos de gimnasia para tener, llegado el momento, un cuerpo perfecto. Porque llegaría el momento, de eso aún no tenía dudas.

Un domingo, sol de invierno, ha bajado a comprar pitillos. Larga cola de gente en el único estanco abierto. Un tío se ha apoyado en el mostrador para rascar con la uña su black-jack, meticulosamente. Ella le miraba mientras esperaba el cambio. Era soso, más bien tirando a rubio, aunque no del todo, tirando a alto, aunque no del todo, ojos azules, o verdes quizá, ni bien vestido, ni mal tampoco. Delgado, bonita sonrisa, una indolencia llevada con bastante gracia. Un tipo de lo más corriente, fue lo primero que se le ocurrió en ese momento. Él levantó la cabeza, tenía una enorme sonrisa y sus miradas se cruzaron:

—Mil francos. ¡Increíble! Y eso que nunca tengo suerte.

—Tal vez tu suerte esté cambiando.

—No será tanto, pero estoy contento... ¿Tomas una cerveza?

Estaba exultante. Sus ojos, perdidos en los matices del azul, una chispa resplandeciente. Había llamado al camarero, con el billete del premio en la mano, exhibiéndolo, orgulloso. Otra vuelta hacia ella:

—Entonces, ¿tomas algo?

Iba a decir que no, la pura costumbre de rechazar ese tipo de invitaciones. Pero le había caído demasiado bien a la primera. Ya sospechaba que valía la pena tomarse un trago con él y ha aceptado.

Por su parte, Nicolas examinaba aquella preciosa bomba, extrañado de sentirla tan sencillamente dispuesta a entregarle su confianza.

Categoría chorra, de las que eliminan a la gente. Enfundada en sus tejanos

blancos y una blusa ajustada, aceptando tomar un trago con él. A ver qué quería conseguir, y cómo se lo montaría, con sus tetas enormes, su vientre plano y sus caderas redondas. Tenía un culo fascinante y sabía colocarlo en los pantalones adecuados.

Ya se habían tomado una en la barra. Tenía la risa fácil, parecía contenta de estar allí. Él había propuesto:

—¿Nos sentamos para otra ronda?

—¿No te lo irás a patear todo en cerveza?

—Con las deudas que tengo, ya no viene de mil francos...

Ella tenía los dientes blancos, impecables. No paraba de jugar con su cabello, un modo de ser atractiva.

—Hacía mil años que no tomaba nada en un bar. En realidad, desde mi llegada, hará tres meses. Estoy sin blanca, no tengo ni para pitillos fumables.

Agitaba su paquete de cigarrillos con un asco divertido. Luego levantaba el vaso a su salud, esperando que brindara. Olía bien y él, sentado frente a ella, percibía su olor. Cruzaba modosamente las manos sobre la mesa y llevaba las uñas pintadas de rosa. Nicolas no sabía distinguir si iba de kitsch total para aparentar un estilo definitivamente propio, o si en el fondo le parecía el *súmmum* de la distinción.

Más tarde, en varias ocasiones, le preguntaría: «Pero ¿por qué te vistes tan descaradamente de puta?». Con la mirada hacia el cielo, ella contestaba: «Oye, guapo, puedes soltarme el rollo que quieras, que yo ya sé que a los hombres les chifla. Que parezca absurdo, es otra historia, lo que cuenta es que siempre da resultados».

Tres copas más tarde, le contaba su vida: «... vivo en su casa, un tipo encantador. Ahí reside el problema, tengo la sensación de acostarme en un baño de miel. Todo correcto y suave, pero te quedas pringado y acaba siendo aburrido... De todas formas, es provisional, apenas encuentre algo para ganar pasta, busco habitación, no importa que sea cutre. A menudo, cuando está en casa, salgo a caminar, miro hacia arriba, los pisos con terraza, con ventanas inmensas y jardines en pleno centro...».

Y era verdad, él lo sabría más tarde, después de muchas caminatas juntos, cuando ella se paraba y extendía el brazo señalando una ventana, «un día viviré ahí», y le brillaban los ojos, lo tenía clarísimo, sólo necesitaba tener paciencia.

Continuaba hablando, resultaba fácil de escuchar: «Para empezar, es como si tuviera que tragar limpiando lavabos. Es la única manera de estar en el ajo, al acecho..., pero apenas encuentre una grieta, voy y me lanzo..., esperaré el tiempo que haga falta».

Mordisqueaba su labio inferior al hablar y él notaba, a veces, sin saber muy bien si se las imaginaba o no, unas lágrimas de rabia empañando sus ojos.

No debía de estar acostumbrada a la bebida porque no se sostenía en pie, se ponía violenta y la mirada se le perdía por senderos desconocidos.

—¿Y a qué has venido a París?

—Pues para ser actriz.

—¿Porno?

Se le había escapado, por evidente que pareciera. Ella se conformó con entornar la mirada y tragar ese sabor amargo. Él balbuceó, con vagas esperanzas de disculparse:

—No quería ofenderte, conozco a un montón de chicas que...

—Me resbalan las chicas a las que conoces, y me resbala lo que pienses de mí. No soy tan imbécil como para no saber qué pinta tengo. Ni soy tan imbécil como para esperar que nadie diga en mi lugar lo que soy capaz de hacer o no. Ya nos encontraremos al final del viaje, a ver adonde habré llegado. Y yo me estaré riendo de toda esa gente que me ha tomado por una gilipollas porque verán quién soy.

Se había erguido para decirlo, con el torso abombado contra el mundo, desplomándose de golpe, cómica y conscientemente:

—Además, tampoco soy tonta como para imaginar que soy la única que habla así.

Había enmudecido un instante:

—¿Tomamos otra?

—¿No tendrás a tu amiguito preocupado?

—Sí. Nos tocaba una supertarde viendo vídeos de pelis de acción en versión francesa y fumando una mierda asquerosa que consigue en el barrio. Esos niños le están timando, pero no me atrevo a decírselo. En realidad, lo que fumamos es henna. Tienes toda la razón, tengo que irme.

—¿Pedimos otra o qué?

—Rápido, la última.

A la mañana siguiente, él se levantó para vomitar y se la encontró en el sofá. No estaba seguro de cómo había aterrizado en su salón aquella tía. Habían tomado café tranquilamente. Ella se había quedado el tiempo de encontrar piso. Y se habían hecho amigos, casi sin darse cuenta, porque estaban contentos de verse y porque les iba la marcha.

Hace tres meses, Nicolas —que tenía una cita cerca de casa de Claudine— se acercó a ver si estaba. «¿Me invitas a tomar café?».

La encuentra exultante: «¿Sabes, Duvon, el productor? Lo del disco funciona, tengo que llamarle cuando tengamos la prueba. Sabes, le veo motivadísimo... Ese tío tiene ganas de darme una oportunidad. Hace tiempo que te lo vengo diciendo, ¿no?».

Había apartado la vista de la pantalla de la tele donde un tipo —filmado desde arriba sin motivo comprensible, a menos que no fuera para que pareciera totalmente subnormal— seguía a otro al váter para dispararle una bala en la cabeza mientras le llamaba «cariño».

—¿Una prueba?

—Sí, les pegué un rollo, les dije que estaba prácticamente lista... Me acordé de

tus programaciones, ya sabes, aquellas dos que me gustan...

—Dios me libre de entorpecer cualquiera de tus cosas, pero..., Claudine, si no puedes cantar, ya lo intentamos.

Juntos, habían probado de todo un poco y cualquier cosa para llamar la atención. Inútil. Los años pasando y las ambiciones se racionalizaban. Aprendían sobre todo qué pedir a la asistenta social, qué papeles birlar para obtener la ayuda, y cómo no dejarse pillar en caso de inspección.

—No tengo la menor intención de cantar.

Nicolas la escuchaba haciendo zapping, se había parado en un anuncio donde una tía aparentemente zumbada y enfocada con luces verdes estaba arrodillada delante del ojo de una cerradura fisgando a una pareja. Unas imágenes bastante rancias.

—Escupe de una vez lo que piensas hacer, no puedo inventármelo.

A sus espaldas, Claudine había colocado una cinta en el compact y, antes de ponerlo en marcha, había aclarado:

—Le pasaremos tus cintas a mi hermana, y ella grabará su voz encima..., como un gran pegote.

—¿Tu hermana? ¿Sabe cantar?

—Más o menos. Ahora te la pongo.

—¿Tienes algo suyo?

Se toqueteaba la nuca, siempre lo hacía cuando estaba cabreada.

—Cuando tú y yo curramos juntos, le pasé tus cosas... para que me diera un par de ideas. Pero había hecho unos gorgoritos complicados, a propósito, y yo no los podía repetir. Ya te dije lo guarra que es.

—Me lo podías haber dejado, para que...

—No, canta demasiado bien, me jode. Pero, en fin, eso ahora no tiene remedio.

Entre la delicadeza y la ambición, hacía tiempo que había escogido.

Era la diferencia fundamental entre Claudine y el resto. Como cualquier hijo de vecino, era calculadora, egoísta, viperina, mezquina, celosa, impostora y mentirosa. Pero, de un modo atípico, sabía asumirlo en bloque, sin cinismo, con una naturalidad tan encantadora que se volvía intocable. Cuando se lo reprochaban, se toqueteaba la nuca, «ya vale, no soy la Purísima, no soy heroica, no soy un ejemplo..., hago lo que puedo y ya es algo».

Le había dado al *Play*.

Y él, después de escucharlo, preguntó:

—¿Conseguiremos hacerle cambiar los textos?

—Olvídalo. No conseguirás nada con ella, es un auténtico coñazo.

—¿Y vendrá para la mezcla?

—Olvídalo. Odia París y más vale así: odio verla.

—¿Os parecís tanto, realmente?

—¿No te acuerdas? Te enseñé su foto.

—Pero ahora todavía os...

—Somos gemelas, nos parecemos. No tiene nada de particular.

Entonces Nicolas admitió:

—Su voz no está nada mal, podemos hacer cosas buenas de verdad...

—Es lo único que es capaz de hacer, cantar, mejor para ella.

Luego, como de costumbre, los planes se habían torcido.

—Si no eres tú la que canta, ¿qué coño harás tú? —preguntaba Nicolas.

—Haré los clips, las entrevistas, las fotos..., así conoceré a un montón de gente, y luego haré películas.

—¿Y qué dirá tu hermana?

—Nada, Pauline no soporta a la gente, aparte de su amigo y dos o tres colegas de su peña. ¡Me sorprendería que la frustrara no exhibirse bajo los focos!

Después de la mezcla, a Duvon no le había parecido nada mal, pero con arreglos. Después de los arreglos, quedaban un par de cosas que hubiera querido modificar. En esa tercera etapa, sacudió la cabeza, francamente decepcionado: «Esto no funciona, no funciona en absoluto...».

A partir de ese momento, nunca se ponía al teléfono.

«Otra cosa que se va a la mierda», había comentado sobriamente Claudine.

Pero la cinta se estaba muriendo de asco y un joven terminó llamando.

«En fin, un niño, con sus treinta bien cumplidos y los bermudas puestos...».

Había pasado un año. Nicolas y ella iban caminando por los *quais* y los árboles empezaban a verdear, las chicas lucían unas piernas bronceadas y montones de gente paseaban a sus perros...

—Me dijo: «Pasa por mi despacho», y allí me planté, qué risa, una especie de tugurio asqueroso con todo tipo de drogas repugnantes que no hacían otra cosa que toquetear el fax. Y él con sus bermudas. Bastante satisfecho de sí mismo... Te lo juro, lástima que no vinieras, te habrías tronchado. Es una discográfica cutre, sólo tienen conjuntos de mierda, unos locales apestosos, y ese vestido como un soplapollas, pero está contento. Como si algo le hubiera funcionado..., si en ese juego toca el premio al fracaso, seguro que puede estar satisfecho..., dime con quién andas y te diré quién eres, no hay duda.

—¿Crees que hará el disco?

—Eso dice..., ha encontrado los textos «estupendos». Te juro que me tronchaba por dentro, los textos..., ese capullo. Va y me dice: «Hago el disco», encantado de que no costara demasiada pasta y de no tener ni idea de cómo promocionarlo... De todas maneras, firmé su puto papel que llamaba contrato, no tenemos nada que perder, ¿verdad?

—¿Has avisado a tu hermana?

—Sí, claro. Ya conocía la discográfica, conoce todas las mierdas... Dijo que era legal, por una vez no se puso a chillar. Tal vez se suicide.

—¿Y sabe que dices que eres tú la cantante?

—Sí, ya se lo dije. Es encantadora conmigo, sabes... Me dijo: «Adelante, con el talento que tienes, tendrás que tener negros a menudo si quieres que alguien se interese por ti...».

—Una auténtica monada.

—Me gustaría pensar que se equivoca...

—¿No irás a ponerte depre ahora?

—No, me la trae floja. He comprobado que no suele haber relación entre el talento y el éxito. Me lo tomo con calma.

—¿Y si hay conciertos?

—No habrá. Tal vez habrá fotos mías en cueros por todas partes, pero no habrá conciertos. Si sale un compact, fliparé un buen rato... ¿Nos vamos a una terraza?

Alguien rasguea la guitarra en el piso de abajo. Acordes graves que se estiran, un fondo sonoro, repetitivo y triste.

A Claudine le duele el oído, traga el Deprancol a golpes de rosado de Anjou. Se está poniendo morada. Camina descalza por el piso, tiene la planta de los pies negra de mugre.

Sentada un poco más lejos, con una revista abierta encima de la mesa, Pauline la está mirando, náuseas. Ruido por la ventana, echa un vistazo. Camión de carne, inmensa carga rosada y blanca. Al lado, unas señoras conversan, idioma desconocido, llevan vestidos majestuosos, colorido veraniego y, de pronto, irrumpe su risa potente e inacabable.

Nicolas llama a un colega sin dejar de zappinear. En la pantalla desfilan deportistas sudorosos, presentadoras aplicadas, picaras y cáusticas, un político cauteloso y un niño rubio de anuncio.

Sentada a su lado, Claudine revienta un pitillo. Cuando ha colgado, le pregunta:

—¿Ha soltado muchas barbaridades?

—Menos que de costumbre. No tenía el día. Le ha sentado fatal que no te pusieras.

—No tengo absolutamente nada que decirle.

—De cualquier manera, le has dejado tocado.

—No piensan en otra cosa. Meterte mano es lo único que les interesa.

—¡Hace quince días te parecía fantástico!

—Lo recuerdo. Debo tener una molécula, seguro, algo que les deja liquidados. Coges al tipo más enrollado de la ciudad, encantador, divertido, ancho de mollera, me dejas una sola noche con él, y al día siguiente está completamente tarado. Irremediable.

Con el tiempo, él ha aprendido sus truquillos de chica poco benévola. Con cama o sin ella, el hombre sigue siendo su peor enemigo. La primera vez que pilla a un tío, es dulce como una niñera, y entre dos mamadas, encantadora. Hasta el día en que desaparece, lo hace casi siempre, es su modo de hacerles sentir que les importa. Cuando vuelve, va en serio, y los tipos empiezan a pagar. Hasta el día en que Claudine no tiene suficiente con los regalos, las atenciones y las pruebas de amor. Entonces llega la fase final: procura que se enteren de que no sólo se la tiran otros, sino también que a ella le chifla. Deja escapar, fingiendo que lo lamenta sinceramente: «No sabes cómo me hace correrme».

Nicolas da una calada al porro, tose ligeramente, y dice:

—Me alegro de que no estemos enrollados.

Claudine coge el mando a distancia, busca un programa con clips y contesta:

—No tiene mérito, no soy tu tipo.

Su tipo consiste en hacer cuestión de honor de no follarse a las tías que se encuentran guapas. Sólo para joderlas, a esas que creen poseer un don de seducción irresistible. Hace tiempo que sabe que es un guaperas, que gusta horrores, sin saber exactamente por qué. Nada le gusta tanto como calentar a una zorra impecable hasta sentir que está que arde. Y sin tocarla. En cambio, tiene debilidad por los físicos ingratos, le conmueven como la injusticia, le gusta dedicarse a su caso y descubrir lo que tienen de bueno. Como mínimo, está seguro de no ser el enésimo en hacerlas maullar a golpes de cadera.

Claudine se vuelve hacia su hermana, le pasa el petardo:

—¿Sigues sin fumar?

Pauline niega con un gesto, su gemela mira el reloj y añade:

—Va siendo hora...

La otra ni se molesta en contestar. Sigue leyendo. Nicolas gira la cabeza en su dirección. Le cuesta admitir que esa empollona sin brillo, con el pelo y la piel igualmente apagados y engalanada como un saco, con la mirada fija siempre que ve algo, se parezca realmente a Claudine.

Que comenta:

—¿Qué tal, hermanita? ¿Estás acojonada?

—Y a ti ¿qué mierda te importa?

—Sigues siendo increíblemente alegre, amable y divertida...

—No tengo la suerte de ser una descerebrada.

Desprecio totalmente controlado. Nicolas se aguanta la risa, busca a su vecina con el codo, convencido del pitorreo que se va a armar por el coñazo de la hermana. Pero Claudine no está para bromas. Ella siempre pasa de todo, o, por lo menos, lo aparenta, pero esta vez le sienta mal, y ni intenta disimular. Traga con dificultad, entorna los ojos y escupe:

—Tampoco tienes la suerte de ser demasiado humana.

La otra levanta la mirada, media sonrisa forzada, y suelta:

—Considerando tu fase de patología, me cuesta cultivar la empatía.

Por las mejillas de Claudine resbalan unas lágrimas, ni se las seca, como si no las sintiera. Nicolas se rompe los sesos, cómo intervenir con tacto e interrumpir ese crescendo. Como último recurso, se vuelve hacia la hermana, que pare el carro. Pauline lo pesca y se encoge de hombros:

—Siempre ha sido una gruñona.

Ambas han dejado de hablarse. Nicolas hace zapping pretendiendo concentrarse en un documental de animales. Llegada la hora de irse, Pauline se levanta, se planta en la entrada y espera a Nicolas. Él la mira de arriba abajo, no se lo puede creer:

—¿Piensas salir así?

—Sí. Lo hago cada día.

—¡A ver si te ocupas de vestir a tu hermana!

—Ni lo imagines, capullo, no suelo disfrazarme de puta.

—¡Nadie se va a creer que ella puede salir así a escena!

Ni siquiera él la ha visto nunca sin maquillar. Ni cuando duermen en la misma habitación, se lo monta para levantarse la primera y pasar por el baño. Y eso sin contar con su pasión por los trapos y el tiempo que dedica para ponerse los buenos...

—Entérate de que se puede cantar sin ir emperifollada como una gogó.

—¿Te suena eso que llaman «el término medio»?

—Todo un acierto de soplapollas.

En busca de apoyo, se vuelve hacia Claudine, que se conforma con abrir las manos en señal de impotencia.

—No insistas: es inútil. No te preocupes, no habrá nadie que me conozca y, en cualquier caso, pensarán que tengo una crisis aguda de grunge. Pasa en las mejores familias.

Una media sonrisa y ninguna alegría. Les acompaña hasta la puerta. Nicolas insiste en el quicio, sigue esperando encontrar una palabra de despedida que aligere el ambiente. Claudine, casi sin mirarle, murmura:

—Tranquilo, todo irá bien.

Cuando cierra la puerta, voz en blanco, no suelta la menor señal de connivencia.

Bajando la escalera detrás de Pauline, empieza a odiarla con furia suficiente como para sentirse solidario con los tipos que pillan a las chicas en la esquina y las obligan a cagar en su braguita antes de ahogarlas con ella.

Rue Poulet, olores a carnicería, bichos sin despellejar colgados en ganchos. Paradas de verduras increíbles y, delante, señoras conversando. Sobre capós de automóviles, unas mujeres venden ropa interior a otras mujeres que gesticulan, rompen a reír o se cabrean. Una auténtica gigante alza un tanga para verlo mejor,



blonda negra tendida hacia el sol. Aceras llenas de vasos desechables y machacados del Kentucky Fried Chicken, papel de embalaje y cajas verdes. Más allá, un tipo vende medicamentos que lleva en una bolsa de plástico.

Es una lata abrirse paso con tanta gente en la acera.

Al lado de Nicolas, enfadado porque no ha querido cambiarse, Pauline se dirige hacia el metro. Él le dice que no con la cabeza, señalando la acera de enfrente, parada de taxis.

—No puedo cogerlo, tengo claustrofobia. Iremos en taxi, está cerca.

Ella mira hacia arriba y le sigue sin comentarios. Sus mareos de pijo, «me da pánico el metro», le daría de hostias, tantas gilipolleces...

El desprecio de ella salta a la vista, y desde que ha llegado no ha dejado de mirarle con desaprobación y condescendencia. Lo sabe todo y juzga a la primera. A él le encantaría que le ocurrieran un montón de desgracias que la partieran en dos y le hicieran comprender de una vez que los demás hacen lo que pueden y que ella no vale más que ellos. Sólo hay circunstancias. Es demasiado fácil ser ejemplar mientras no existan tentaciones.

La observa, ese perfil, esos rasgos idénticos. Un punto más para la antipatía. Parece haberle robado algo a Claudine, algo precioso, su cara.

El camión sigue ahí, en la esquina, o la bofia o Médicos sin Fronteras.

A las ocho, las puertas del Elysée-Montmartre permanecen cerradas. Los tíos de las mezclas llevan retraso. Los seguratas suben y bajan la escalera, se les ve preocupados.

El metro escupe gente a intervalos regulares, se amontonan en la acera, se apiñan en grupos. Algunos se reconocen y se saludan como si se hubieran despedido la noche anterior. A nadie se le ocurre protestar por la espera imprevista y prolongada. A veces, alguien gira la cabeza, confundido por el murmullo del gentío, se pone de puntillas para ver si «se puede entrar», pero «no se entra» ni por casualidad.

Una mujer se abre paso en medio de la gente, sistema crawl urbano, obstinada. Un segurata la escucha enrollándose, que la esperan para una entrevista, la deja sacar su tarjeta. Él saca su walkie-talkie para preguntar qué hace con ella. Aprovecha la espera para fisgar su escote. No es que le entusiasme mirarle las tetas, lo que le mola es hacerlo descaradamente delante de sus colegas. Cuando se haya largado, habrá tema para chistes.

El tipo que trabaja con él evita su mirada. Vergüenza por ese tío que aborda así a una mujer, vergüenza por ella que se exhibe de esa forma. Y vergüenza de sí mismo, porque su mirada no puede evitarlo, brota y se posa encima. Siempre que ve a una — y siempre que trabaja la ve— se pregunta adonde pretende llegar. La deja pasar, subir los peldaños que conducen a la sala, empujar las puertas y desaparecer. Ella explora la sala con la mirada, en busca de alguien conocido.

Se dirige hacia el catering. Y, cerca del escenario, reconoce a Claudine. «Pero si esta zorra se ha hecho un increíble look de torti..., las hay que se atreven a todo».

La periodista brinca hacia el escenario, maravillada con la idea de acercarse y de que Claudine le estreche la mano. No es que le alegre verla, apenas se conocen y la tipa es poco amable.

Nicolas la pilla a medio camino.

—Olvídalo, no quiere ver a nadie.

—¿Ya se le ha subido a la cabeza?

—No, pero está acojonada... Y tú, ¿cómo estás?

A él le daría de hostias. Y la otra puta, encima del escenario, que hace como si no la viera y supiera cantar. Ya vale, no es el Zénith lo que acaban de llenar, y es sólo la primera parte. Pone cara de decepción:

—Oye, qué pena, necesito escribir algo... Pero podré entrevistarla, ¿no?, después de las mezclas.

—Hoy no, está a tope, me ha pedido que no se acerque nadie. Ya sabes, para concentrarse..., pero mañana, si quieres, le digo que te llame.

—Mañana, me temo que sea demasiado tarde. Lo tengo a tope, sabes...

Da media vuelta y va directa al bar para pedir un whisky. Rabia desairada, «¿a qué vienen tantos remilgos? ¿Quiere que hablen de ella, o quiere reventar en su mierda? No ha vendido mil discos y ya se pone así...». Pero sabe muy bien que entre bocazas y periodistas, cuando tienes intereses comunes, todos acaban pisando muchas cosas...

Nicolas la mira alejarse. Por el momento, nadie tiene la menor sospecha. Una situación de un absurdo reservado a los sueños.

Un rato antes, el jefazo de la discográfica se las ha ingeniado para acercarse a Claudine-Pauline. Ha empezado a felicitarla calurosamente «por ese disco, todos lo adoran, estoy encantado de haberlo hecho». A su lado, Nicolas, con el corazón desbordado, pensaba cómo cargárselo para divertirse un rato. Pero Pauline ha salido de apuros, replicando, calma y seca: «Cierra el pico, ya tengo bastante».

En vez de enfurecerse, Bermudas se ha puesto rojo-balbucente, encantado de la vida. «Vaya una, cómo los tiene, eh, cuando quiere algo se...», con un tono de gran admiración que nunca había usado en tiempos de la verdadera Claudine, que debía esforzarse para ser amable.

Nicolas cruza toda la sala, va a explicarle por tercera vez al tipo del sonido que resulta insensato poner la voz tan hacia delante.

Han pasado tres horas, no podía imaginarse que haría tantas idas y venidas porque los bajos eso o la ecualización aquello.

Entonces, Pauline ha aparecido en el escenario, manos cruzadas en la espalda, ojos pegados al suelo, y ha empezado a cantar.

Tiesa, cara de pocos amigos y engalanada como una asquerosidad, se ha vuelto

muy digna. Metamorfosis tranquila, algo impresionante. Parece que le viene de lejos, todo eso que saca, imperturbable.

Nicolas sube al escenario: «¿Se oye bien por los monitores?». Reviste el micro con una especie de tela, cuidadosamente. Se pone a un lado y le pide otro ensayo. «¿Podemos probar un poco más?». De paso, discute con un tipo de la organización que quiere parar las mezclas sin más con el pretexto de que ya es tarde.

Se precipita para ajustar un último detalle, conectores mezclados por todas partes, sala vacía, colocarse en el punto exacto para oír todos los sonidos, cómo le gusta el repiqueteo de las pantallas, los mirones, las luces rojas, ajustar el soporte del micro, los tíos agarrados a las estructuras para girar un último foco...

Como algo en que ya habías dejado de soñar, para evitar el áspero sabor del despertar.

El tipo de la sala se está subiendo por las paredes. Va siendo hora de abrir las puertas y empezar el concierto.

Nicolas se reúne con Pauline en el borde del escenario, ve que le tiemblan las manos. Pregunta:

—Salgo a comprar pitillos, no me queda ni uno. ¿Me acompañas?

Ella dice que no con la cabeza y recupera su cara «hostiable». Es un alivio que se niegue, porque Nicolas quiere llamar sin falta a Claudine desde un lugar tranquilo. Tranquilizarla, decirle que todo va bien. Y luego una especie de culpabilidad, el gustazo que le ha dado ocuparse de las mezclas, como si hubiera pactado con el enemigo.

—¿Necesitas algo?

—Quitarme de encima a esos cabrones.

Imposible comprender de dónde saca esa rabia. Nadie le ha hablado, ni tampoco le ha hecho nada. Pero no finge, siempre parece fuera de sí.

—¿Me esperas en el camerino?

—No, voy a encerrarme en el váter. Así no me hablará nadie. Me recoges al volver, estaré en el de la derecha según entras.

—¿Estás bien, Pauline, los nervios?

Toma su tiempo para observarle, glacial:

—Recuerda que no somos colegas.

De golpe, se siente aliviado de su pequeño acceso de culpabilidad por haberle gustado trabajar con ella. Joder con la loca.

En el piso, las cosas están cubiertas por una minúscula capa viscosa. Claudine se lava las manos, la toalla para secarlas también parece grasienta. Cosas que pasan algunos días.

Sol, Trankimazin, la envuelve una tranquilidad algo absurda que le humedece con un suave sudor el torso y la espalda. Los ojos se le cierran, plúmbeos.

Nicolas acaba de llamar: todo funciona. Es normal. Pauline lo ha hecho todo siempre igual: conseguir todo lo que se propone. Ya puede hacer el papel de zumbada, fingir que le aturde subir a un escenario. Sabe que su voz es magnífica y le apetece que todos se enteren. Entonces hará un buen concierto, aunque sea el primerísimo.

Cocina. Café subiendo, murmullo en aumento. La goma está destrozada y suelta burbujas marrón claro en la junta. Debería cambiar la cafetera, pero Claudine nunca se acuerda. Mientras lo está pensando, leve pinzamiento en el corazón, ya no tiene ningún sentido. El miedo no la afecta demasiado, apenas un leve gesto amargo.

Se le cae un poco de café y lo seca con la esponja negra de mugre. Las cosas de la casa le importan tres pitos, por principio: no ser como su madre.

*No vayas, te lo ruego, no vayas, hay cosas en la vida que no se hacen, no vayas...*

Ventana abierta enfrente, la calle parece una caja de resonancia, Claudine oye la canción como si la estuviera escuchando dentro de casa.

Ataques precisos y desgarradores, le retumban en el cráneo como los últimos días, pero cada vez más fuertes e insoportables.

Manchas rosadas en las cortinas, el sol se desvanece. Las voces de abajo intensifican la bronca. Reflejo, se asoma para ver qué pasa.

Un hombre, de espaldas al escaparate de la carnicería, dos hombres y una mujer enfrente. Habla ella, está furiosa, pañuelo en la cabeza, vestido rosa a la altura de los tobillos. Los dos hombres que la acompañan sacuden la cabeza para decir que desaprueban lo que ha hecho el tercero. Imposible saber exactamente de qué se trata, no hablan francés. Se les distingue mal de lejos, pero el hombre de espaldas a la puerta metálica no parece tener miedo.

Las flores han ido creciendo estos últimos días, cuelgan en otras ventanas.

Su aliento pierde fuerza, se entrecorta al menor descuido.

¿Cuánto tiempo va a durar eso, siempre igual?

La suerte está echada y el resto son bobadas.

Hay una foto de ella con Pauline en una mesa. Tienen nueve años, es la única foto donde aparecen juntas y con la misma ropa. Una especie de trucaje insensato, un espejo escondido que reflejaría una cara. Dos reinas en una misma carta.

Nota esa subida formidable, que la atraviesa de vez en cuando. Esa rabia que le exige regresar al pasado y pedir cuentas.

El padre que repetía: «Es cierto que se parecen un poco, pero no se parecen en nada», dispensándole a Claudine una mirada cómplice. Como si evitara el tema en su presencia, para no herirla, como si tomara todas las precauciones porque ella no tenía la culpa. De las dos, era sin lugar a dudas la tonta, poco espabilada.

Cuando el padre recibía a sus amigos llamaba a las dos hijas. Cuchicheos para que no oyeran, como si se estuvieran chupando el dedo. Luego les hacía preguntas,

para demostrar en público lo aplicada que era Pauline, lista, traviesa y tan despierta. A su lado, la hermana, que nunca se enteraba de nada. Tenía un bloqueo mental, un cerebro que nunca asociaba nada con nada e incapaz de transportar la información deseada. Lleno de vergüenza en presencia de gente desconocida, había que despegar los labios, decir algo, porque, si no decía nada, el padre se dirigía a los otros adultos para ponerla a parir y despreciarla.

Y la madre, esa guarra, en vez de defender a su hija, en vez de impedir eso, la mandaba a la cama ipso facto, furibunda ante tanta estupidez. Al día siguiente, para consolarla, le pasaba la mano por la frente, «no es culpa tuya, cariño..., entre gemelos siempre hay uno que se lleva las taras..., pobrecita mía, no puedes evitarlo».

El vientre de la madre aún no estaba redondo. Acaba de enterarse de que serían dos.

En aquellos tiempos, el padre estaba rabioso. Desde principios de año, la madre era, como él, profesora de instituto.

Hasta entonces, las cosas habían sido perfectamente claras y fácilmente resumibles: se había casado con una tonta, una gilipollas sosa a más no poder.

Naturalmente, habían existido las semanas del encuentro, cuando el padre se le acercaba, «tú eres mi felicidad», y la besaba sin parar, soltando cumplidos acaramelados y murmurando cosas atrevidas sin saciarse de ella...

Y luego, poco a poco, como si el padre abriera los ojos, la madre se había transformado en esa cosita. Una incapaz. No la dejaba, tampoco la engañaba. No se cansaba de verla estropear todo lo que empezaba. No se cansaba de verla siempre mal vestida, él, que apreciaba tanto la elegancia. De oírla hablar mal, él, que apreciaba tanto las cosas del intelecto. Cualquier gesto suyo era reprochable. Incluso su manera de lavar una esponja, de descolgar un teléfono, de llevar una falda.

No se cansaba de tanto patetismo. Y se compadecía de sí mismo, cómo podía haberse encaprichado de una mujer como ésa. Y sin ponerle nunca la mano encima irrumpía con toda su violencia y todo su ingenio concentrado para rebajarla.

Mientras no soltara una lágrima, no la dejaba en paz. Y, apenas húmedos los ojos, empezaba la furia: ¿Cómo osaba quejarse? Y ¿qué sabía ella del dolor, ese insoportable dolor que a él le estaba consumiendo?

Su desgracia exigía todo el espacio, del mismo modo que exigía todo el espacio en la cama. Él era el más, por principio. El más destrozado, el más sensible, el más dotado de emociones, el más razonable. El que cuenta de los dos, el que está en el centro.

Ella sólo tenía derecho a escucharle, porque a él le gustaba hablar durante horas. Tenía el deber de escucharle, aunque sus palabras la devoraran viva a fuerza de negarle toda valía, aunque sus palabras la asfixiaran a fuerza de arrebatarle el menor espacio.

Y la madre lo consentía, y enfermaba, como una mujer, en silencio. El cuerpo comido por manchas que nunca desaparecían del todo, vomitaba con cuidado para no

hacer ruido y siempre tenía un nudo en la garganta por las noches pasadas en blanco. Pero sobre todo no quejarse, porque él sufría demasiado. En comparación, sus historias no eran más que chorradas, puros inventos de depre, quién se creía que era...

Un día empezó a dar clases, como él, en el mismo instituto. Y, en apenas un año, todo se fue al garete.

La madre resultó ser una buena profesora, o por lo menos perfectamente capaz de hacerse respetar en las clases.

Él siempre había sido bastante mediocre, ni estimado ni temido, a nadie le interesaba, y aún menos a sus alumnos, que se burlaban porque empujaba el codo y, en lugar de percibir la sublime belleza del gesto, lo que percibían era su aliento y lo utilizaban para pitorrearse.

Un buen día la madre estaba corrigiendo deberes y la interrumpió el padre, inclinándose sobre su hombro para opinar sobre una observación que acababa de escribir. Sin siquiera levantar la cabeza, con el ceño fruncido y concentrada, le contestó: «Perdona, pero sé muy bien lo que hago».

El padre se puso como loco, primero intentó que se disculpara, pero como ella seguía en sus trece, empezó a romper cosas y a insultarla como nunca lo había hecho..., no podía soportar la idea de que pudiera resistírsele, de que pudiera sacar de algún sitio fuerza para creer en sí misma y llevarle la contraria a él.

La rabia de la impotencia, como un capricho infantil, le agarró aquella noche y, por vez primera, pasó de las amenazas a la acción y empezó a romperlo todo hasta que ella le dijo, los ojos despavoridos, que abandonaba.

La madre dejó la enseñanza, descompuesta por haberle hecho sufrir tanto por un trabajo que finalmente tampoco le interesaba demasiado.

Pero el padre no se tranquilizó. A partir de ese día, él, que siempre notaba cuándo se iba a correr y eyaculaba en su barriga porque era demasiado joven para tener un crío, y que no estaba seguro, ni mucho menos, de querer hacerlo con ella, empezó a metérsela como si clavara algo en el suelo, bien adentro hasta el fondo, para que tuviera la panza bien gorda y no se moviera de allí.

Una vez preñada, la madre empezó a rehacerse y tomarse confianzas. Sabía mejor que él ciertas cosas sobre su estado «porque soy una mujer», contestaba encogiéndose de hombros. La madre propuso llamar a las gemelas Colette y Claudine, el padre se opuso firmemente, y ella no cedió.

—Entonces escogemos un nombre cada uno.

Dicho y hecho, partieron la barriga en dos.

La sala se está llenando. El cacheo en la entrada filtra la marea de gente, los seguratas echan una ojeada a los bolsos, abren las chupas. No sirven de nada pero forman parte del rito.

En lo alto de la escalera, la gente se agrupa y chismorrea, difunde rumores y su opinión sobre lo que está pasando. Versión cutre de reunión mundana, la mayoría demasiado engalanada, decolorados pierceados tatuados desdentados cicatrizados y altotaconados.

Nicolas pasa por el medio con aire de tío apresurado y preocupado, porque no tiene ganas de reconocer a antiguos colegas. Cada vez le pone más depre esa creciente sensación de envejecer cuando encuentra viejos rostros. Algo pasados, marchitos, arruinados por el cansancio y, por si fuera poco, con esa amargura que acaba apagando los últimos destellos de la mirada.

Entretanto, Pauline, completamente vestida y sentada en la taza del váter, fuma un pitillo tras otro. Lamenta estar ahí. Lleva tiempo esperando ese momento. Pero nada que ver con eso. Era su propio nombre. Sébastien estaba allí, entre bastidores, orgulloso de ella cuando la escuchaba. Y no era delante de niñatos chorras, que habían ido para hacerse sodomizar el alma, dispuestos a tragar cualquier mercancía subversiva mientras les hicieran creer que recibirían algo de identidad extra.

Lo que pasa: echa de menos a Sébastien.

Pecho agobiado por la ausencia, recuerda y desgrana lo mejor de él, como un tubito interno que se deslizara en espiral.

La primera vez que le vio, no le hizo ni caso, parecía medio atontado.

Mayor que ella, tenía coche propio, y la acompañaba a casa.

Pasó aquel día: la había dejado delante de la puerta y, sentado en el capó de su tartana, empezó a contarle historias. Claudine llegó y le montó el número. Y cuando se fue, Seb declaró: «Es curioso veros a las dos juntas. Es guapísima, tu hermana. Pero no tiene lo que tú».

Ni emocionado, ni excitado: era el primer chico que veía que pasaba de los encantos de la hermana. Que la prefería, a ella. Y luego, en sus brazos, darse cuenta de que él es el mundo entero. Y, después, nada, nunca, aflojaría ese abrazo.

Hasta aquel día de marzo; ella le esperaba, una noche, molesta por la tardanza. Tenían que ir al cine y a él no le apetecía especialmente, entonces se ponía nerviosa mirando el reloj, convencida de que lo hacía a propósito. Hasta que cayera la noche y brotara la inquietud.

Y suena el teléfono, llama el abogado, él se lo ha pedido, le han pillado por la mañana, en la comisaría le llaman «una buena presa», habrá juicio, no sabe cuánto puede caerle, no tiene respuestas, depende de a quién entregue o no. El abogado tiene tacto, una cortesía distante, pero le importa tres pitos, está haciendo un favor: avisar a la mujer de un cliente.

Rotura absoluta, todo suspendido.

Al otro lado de la puerta, los del catering gesticulan y hablan entre ellos:

—Esos del grupo me tienen harto, siempre vuelven a ponerse de moda.

Otra voz, en otra parte:

—Cuando lo hacen los americanos, a todos les parece fantástico, pero si son franceses, pasan olímpicamente.

Tono agresivo, entre gente algo bebida, intentan convencerse sin seducirse, conversaciones estériles que forman mosaicos de sentidos. Llevan otro rollo. Como ex niños desgraciados que no dejan escapar ni una, a ver si a fuerza de afirmar algo sale otra cosa, pequeños trozos de pasteles envenenados que quisieras escupir en otra parte.

Dos chicas se entretienen en el lavabo, las oye hablar. Se estarán lavando las manos, retocando el maquillaje y el peinado. Una dice:

—Doscientos mil de anticipo, no está mal...

—¿Pero es dinero para ellos o para material?

—Es para ellos, para que se decidan a firmar aquí y no en otro sitio. Es un anticipo sobre lo que la discográfica calcula que venderá.

—¡Doscientos mil! Eso te soluciona la vida de golpe.

—Eso espero...

—Con el tiempo que hace que eres tú la que curra, tiene mucha jeta.

—Y tanto que la tiene. Ni te imaginas qué me dijo... Piensa darme dos mil francos al mes, para las facturas.

—¡No puede ser!

—Como lo oyes, ese tío es un crío, aún no se le ha ocurrido que él también podía pagar el alquiler. Para él, la pasta es para sus gastos, para sus caprichos. Claro que tal vez le he consentido demasiado.

—De todas formas, hay que ser tacaño para soltar sólo dos mil francos de doscientos mil.

Salen. Se oye la voz de Nicolas.

—¿Estás ahí?

Cuando ella abre la puerta, él le dice que le espere cinco segundos. Sigue meando y le pregunta:

—Son los nervios, me entra pis cada cinco minutos. ¿A ti no te pasa lo mismo?

Sólo en ese instante puede nombrar ella lo que siente: miedo y pánico, igual que sobre el trampolín más alto. Esa emoción que la llena entera, un nerviosismo mezclado con atroces deseos de estar en otra parte y dar marcha atrás. Con una mezcla de impaciencia para llegar al fondo de la sensación.

Pauline sigue a Nicolas por los pasillos, le interroga, pensativa:

—¿Es verdad que pueden llegar a darte un anticipo de doscientos mil francos por hacer un disco?

—Pueden, pero no le pasa a todo el mundo.

—¿Hay que ser conocido?



—Sí. O hacer que se vuelvan completamente locos.

Está a tres pasos del escenario, ahí donde no llegan los focos. Primeras filas de público, gente amontonada hablando de pie, puntas rojas de los pitillos, algarabía. Dos tipos del sonido se agitan en el escenario, uno retoca un último detalle, otro modifica el sonido de los monitores. No siente las piernas, sólo la garganta, hay un abismo ahí dentro, no quiere ir. Se muere de ganas de estar, tiembla de pies a cabeza.

La llaman para salir. Es un tiempo distinto, sin conciencia de nada, un momento en que hace las cosas hipnotizada, con el automático puesto.

El escenario hundido en la oscuridad, la gente abajo en un fundido de caras atravesado por un susurro mientras ella va subiendo.

Nunca lo conseguirá. Ni siquiera moverse un centímetro, ni siquiera abrir la boca. Focos sobre ella, cegada, y el trozo arranca. Tiene tiempo para pensar: «Se me habrá olvidado la letra y no me saldrá la voz».

Siente vergüenza de estar ahí y que todos la vean. Se siente ridícula, humillada, exhibida. Qué coño pinta ahí, plantada ahí, bajo todas las miradas. Y cómo colocar los brazos y cómo poner las piernas y cómo desaparecer, no tener que hacer eso.

Nicolas la observa, está en el fondo oscuro del escenario, conecta el sonido, asustado por si algo se jode, pero todo funciona.

A ella se la ve incómoda, rígida. La mayoría de la gente de la sala ni se molesta en escucharla, siguen hablando y esperan al grupo de verdad. En la primera fila, algunas caras prestan atención, unas cabezas se mueven ligeramente. Ya es algo.

Con la voz que tiene, en serio, joder, siempre con la misma historia, no se trata de saber colocarla, sino de arrancar.

Pauline y Nicolas regresan a pie. Las aceras entre Pigalle y Barbès siguen atiborradas, con sus escaparates iluminados y montones de gente. Algunos se van de putas, otros a tomarse un trago, otros a un concierto, al cine, de visita, o a comer algo..., gentes diversas haciendo cosas diversas, como en un nudo de carreteras, y cada uno en su carril...

Nicolas ha bebido bastante después del concierto. Era como devolver un puñetazo, una necesidad de desahogarse. Gente a su alrededor, persiguiéndole entre bastidores, murmullos de cumplidos, algunos sinceros. Pauline le esperaba, otra vez encerrada en su váter. Él decía: «No sé dónde se habrá metido», y toda aquella gente que quería verla e iba vomitando cosas aduladoras. Algunos insistían más que otros, debían necesariamente presentarles a fulano o a mengano, en su calidad de perfectos intermediarios. Imposible salir de allí, cosecha de tarjetas de visita y números garabateados en paquetes de tabaco. Gran éxito. Abrumador.

Le ha propuesto a Pauline regresar andando, necesidad de aire, aún fresco por la noche en el cambio de estación. Mientras van caminando, le habla maquinalmente.

Ella se ha quedado muda después del concierto. Ni siquiera ha murmurado nada especialmente desagradable.

Giran en el bulevar Barbès, la calle se está vaciando, ya era hora. A la derecha aparece La Goutte-d'Or, un auténtico abismo.

Se oyen a lo lejos sirenas de bomberos, se acercan, vaya jaleo.

Nicolas comenta:

—Parece que los bomberos vienen por aquí... Tal vez haya otro muerto. El verano pasado, a un tío le clavaron una puñalada justo debajo de la ventana de la casa de Claudine. Cerraron la calle, como en las pelis americanas, dibujaron el cadáver con tiza en el suelo. Quedaba rarísimo... Era la ventana, no la tele. Hicieron un par de cosas, luego quitaron los cordones y en un pispás la gente llenó la calle. Parecía que la vida cayera sobre el muerto.

Al fondo de la rue Poulet, hay gente apiñada.

—¡Qué te estaba diciendo! Es en la calle.

Acelera el paso, excitado y decepcionado a la vez:

—Espero que no sea un muerto...

Pauline le aguanta el rollo, le parece que se está pasando con su numerito de veterano de la calle para que suene a auténtico.

Llegan a destino, cinta plástica blanca y naranja tendida entre ellos y el portal.

Nicolas levanta la cabeza, busca a Claudine en su ventana:

—Vaya, no está... Me sorprende, con lo chismosa que es, aquí tiene material...

Se dirige a un tipo uniformado.

—Disculpe, vivimos ahí mismo, ¿podemos pasar?

—¿Llevan documentación?

—No. Pensábamos que no hacía falta llevarla para entrar en casa... Pero hay alguien que nos está esperando que puede...

Pauline se ha abierto camino entre la gente, se ha parado en la cinta y se vuelve hacia Nicolas:

—No podrá nada en absoluto.

Comprende al instante, golpe en el estómago. Un poli observa a Pauline y especula delicadamente:

—Debe ser de la familia, ¿no? Le doy mi más sentido pésame.

Como un tonto, Nicolas está cavilando que él es el último en encontrar el parecido tan evidente. Pauline está dudando, debería contestar la verdad, pero saliendo del concierto donde debía ser la otra, ya no sabe qué hacer. Su confusión parece dolor. El poli levanta la cinta, le indica que puede pasar, y le suelta:

—Se ha tirado. Algunos vecinos dicen haberla visto.

Un hombre le pregunta cómo se llama y ella dice:

—Soy Claudine Leusmurt.

Nicolas se sobresalta a destiempo, quisiera intervenir, pero ella se le ha adelantado:

—La que vive aquí soy yo. Mi hermana ha llegado hoy, nos veíamos muy poco. Parece una estupidez, pero... debería haberlo sospechado.

El tipo de las preguntas garabatea en su libreta. Hace exactamente lo que ha visto hacer en bastantes películas, copia gestos y posturas que le parecen responder al caso. Sólo que se nota que se aburre en serio sólo de pensar en todos los papeles que deberá rellenar. Remolonea y pregunta:

—¿Estaba sola arriba?

—Sí, acabo de dar un concierto. No le gustaba la multitud y no ha querido acompañarme.

No siente ninguna emoción, tal vez una ligera hostilidad, «siempre tiene que dar el coñazo», mezclada con remordimientos alegres, es la tercera vez que desea ver a alguien palmarla y acaba ocurriendo: primero la madre, luego el padre, finalmente Claudine. La envuelve un agujero vacío, los que debían pagar han saldado la deuda.

Es raro ver el salón lleno de gente extraña afanada en sus asuntos. Eso lo transforma de golpe en decorado, en un sitio normal colocado en pausa, con todos revoloteando por todas partes.

Un tipo que debe de ser inspector intenta sonsacar a Nicolas, que está asomado a la ventana con el pico cerrado. Pauline está sentada en una silla e interviene:

—Es muy emotivo, debe ser el shock.

Se levanta y le tira del brazo:

—Vete a casa.

Le coge de la mano, la aprieta hasta machacarla y clava su mirada en la suya. Por primera vez desde su llegada, penetra directamente en él, Nicolas la siente como metal. Su apretón de manos y la mirada, todo es autoridad. Ella pregunta:

—¿Me llamas mañana?

Espera que se vaya.

Luego al inspector:

—Él no la conocía en absoluto. Ella no vive en París, déjele en paz y que se marche.

—Ahora ya puede decir «no vivía en París».

—¡Pero mira que eres delicado, pedazo de imbécil!

Se ha puesto a cien, ya conoce esas situaciones, cuando le entran ganas de gritar:

—Que te den por culo, soplapollas, ¿mi hermana acaba de tirarse por la ventana y tú te quedas ahí como un cabrón para putearme en mi propia casa? ¿Cuánta jodida mierda compacta llevas encima para ser tan subnormal?

Ha dejado de gritar, hay un ligero vacío. Las personas que pululan por el piso parecen cansadas, el colega no les debe caer demasiado en gracia porque se ponen más bien de parte de ella, hay que comprenderla.

Dejan que Nicolas se marche.

Ella recapitula, las cosas a las que debe prestar atención para no cortarse y que no se le vea el plumero. Ahora que ella es Claudine, no debe cometer ningún error.

Nicolas ya está en su casa, un apartamento de dieciocho metros cuadrados. Se ha sentado en el sillón que abre para dormir. Se ha puesto los cascos y un disco. Sigue aturdido.

La increíble banalidad del drama se ha desplomado en algún lugar. Esa eficacia que parte una vida en dos. Bastan unos segundos, luego cabe en una sola frase, y ya está: todo se ha derrumbado.

Después de no llorar desde pequeño, esta noche le gustaría hacerlo. No sabe qué efecto tendría, pero, como de todo aquello que le falta, se hace una idea espléndida.

Se queda inmóvil, se deja recorrer por las ideas. Van y vienen, emociones desolladoras, a merced de sus fantasías. Ni siquiera tiene fuerza para intentar ordenarlas y menos para evitarlas.

Se siente extraordinariamente culpable. Por no haberlo previsto. Por una vez que ella dejaba entrever algo, lo ha dejado para otro día.

Lo lamenta, está seguro de que no se perdonará durante mucho tiempo habérselo pasado tan bien esta noche. Y cuando regresaban a pie, lo recuerda perfectamente, en algún lugar de su cabeza iba calculando cómo se lo montaría, cómo le explicaría el concierto a Claudine, pensando en borrar ciertas cosas, para no herirla.

Pero, por encima de todo, lamenta no haberse llevado a Claudine a dar una vuelta a donde fuera, a un lugar tranquilo, allí donde la inquietud pudiera alejarse y desvanecerse para siempre. Se reprocha no podérselo permitir, «anda, nos subimos a un tren, nos largamos, me parece que necesitas descansar».

Está obsesionado con una idea repugnante y totalmente fuera de lugar, pero que vuelve insistente, un pesar insidioso: ¿por qué no me dejó ninguna carta? Eso también significa: ¿por qué no me ha esperado, por qué no me ha dado una oportunidad para respaldarla? ¿Era él un cero a la izquierda, sin el menor peso, incapaz de modificar sustancialmente la tristeza envolvente?

Llevaba semanas sospechando, en las cenizas de tanta agitación, algo que no quería ver. No se le había escapado la aceleración del mal en ella. Le había faltado valor para involucrarse. Pensaba que pasaría solo, como suele ocurrir. Satanás retumbaba en su sueño. Ve a una especie de pájaro rojo y fuego, con un pico dorado, que le desgarraba el pecho y, aquella noche, la obligó a entregarse a él por completo.

¿Tenía remedio? ¿Estará escrito en algún lugar lo que tiene que ocurrir forzosamente? O son ridiculeces, hubiera bastado un ruido, un telefonazo, un tío de la tele que le cayera bien y el momento se habría esfumado, se habría transformado en uno cualquiera.

¿Tal vez ha tenido ella tiempo de lamentarlo, justo después de haberlo hecho, de

querer aferrarse, de negar rotundamente la evidencia y de creer en una posible supervivencia? ¿Tal vez su vida se ha derrumbado en bloque a sus pies, apareciendo y dibujando a la vez lo que era de verdad?

Se ha pasado el día durmiendo con el sueño entremezclado con los ruidos de la calle. Despertada por una bronca, se ha levantado, grogui, para echar un vistazo fuera. Un hombre a punto de hostiar a una mujer con un niño en brazos, y ella que le insulta y trata de evitar los golpes, luego ha huido corriendo, mientras el crío lloraba tendiendo los brazos hacia el padre. Vuelta a la cama. Vagamente mareada por el olor de las sábanas. El sol le iba golpeando los párpados cerrados. El teléfono de la habitación vecina ha sonado sin parar, tentáculos de voz atraviesan el contestador.

Luego el día ha dejado de filtrarse por las dobles cortinas y se ha levantado para comer algo.

Sorda y pura hostilidad. Claudine siempre se las ha ingeniado para joderlos a todos. Cualquier invento imaginable para llamar la atención. Lo que ha pasado esta noche es que la jodía tanto no ser la de debajo de los focos, que ha preferido tirarse por la ventana. Enferma de celos y siempre dispuesta a dar la nota.

Una noche pesadísima, con todos esos extraños a los que pegársela. Flipadísima, fingiendo ser Claudine, una especie de reflejo blanco. Y seguía repitiéndose: «Esa guarra pensaba putearme, pero no sabe el favor que me hace».

Porque le viene al pelo hacerse pasar por su hermana el tiempo suficiente para firmar el contrato del disco. Desde entonces no ha dejado de pensar en el asunto del anticipo. Le caerá un buen pellizco y se largará con la pasta. Ha ido cuajando poco a poco, una seguridad indestructible. El otro conoce a gente, utilizará su repertorio y liquidará el asunto en un mes. Antes de que salga Sébastien, le habrá caído un pastón y se irán al quinto coño.

Se encuentra sola como una idiota en el piso. Y absolutamente sola por primera vez. Como después de una borrachera y de hacer una gran gilipollez.

Trastos desparramados por el suelo y tirados por todas partes... Libros abiertos al lado de la cama, bolígrafos, pintalabios, vasos sucios, alcohol incrustado en el fondo, jerséis, un rollo de papel de cocina, el bote del café, paquetes de tabaco vacíos...

En un rincón de la sala de estar hay toda una pared cubierta con Marilyns Monroes. En todas las poses, a todas las edades, bajo todos los ángulos, unas Marilyns sonrientes, mirando hacia el objetivo, quieren algo, no se sabe qué, dan lo esencial, una esencia que no existe. Ya la noche anterior, al descubrir el monstruoso conjunto de las fotos de la rubia exhibida, Pauline experimentó una tristeza indignada, infantilismos de chorra incapaz de comprender que nunca iba a encontrar nada allí donde buscaba.

Hoy, a solas en el piso desconocido, quiere arrancar todas las fotos, poner un poco

de orden en ese caos patético. Pero la hermana ya no está y eso no tiene ningún sentido. Como tantas otras cosas que le salen espontáneamente y pierden al rato su evidencia.

Urge replantearse el equilibrio. Se había construido frente a la otra, igual que una fuerza dirigida contra otra. Lo tiene bien claro en la cabeza: hay dos mujeres en una bola, cada una empujando con la frente la frente de la otra. Si sacas a una de las dos, la otra se tambalea hacia adelante y cae en el dominio que le pertenecía a la otra. Un vacío, un abismo cavado en ella, todo ha cambiado en una sola noche.

Ruido exterior, va hacia la ventana. Desde que ha llegado a casa, la calle la atrae cada diez minutos, omnipresencia exterior. Ahí corre un mocoso, slalom entre la gente, dos maderos le persiguen. Policías y ladrones. Los transeúntes se inmovilizan, pendientes del movimiento. Luego regresa el trío en sentido contrario, muñecas esposadas, cercado.

¿Harían desfilar así a Sébastien el día de su arresto, en medio de toda la gente, atrapado?

Hay más gente en las ventanas, a lo largo del recorrido, gente asomada que observa y nadie interviene, pase lo que pase.

Para estar ocupada, pone música y baila. Siempre lo ha hecho, bailes rebuscados y sólo para ella. El sudor llega lentamente, primero el hombro, luego la espalda, finalmente los muslos se vuelven húmedos, respirar, talones, caderas y brazos representan la música, todo lo que le llega dentro, empieza a cantar al mismo tiempo, coros desordenados, trance cotidiano.

El teléfono sigue sonando y todas las voces escupen el mismo desenfado mal fingido. La suya es tajante.

—Soy Nicolas. ¿Te pones?

Corre hacia el teléfono, descuelga. «¡Hola!», resuena porque sigue conectado el contestador, busca la tecla *Stop*, efecto larsen. Pauline le grita que vuelva a llamar, cuelga esperando que haya oído. Suena otra vez, es él. Y dice:

—¡Cuéntame!

—He estado con ellos hasta las seis de la mañana. Todo ha ido bien.

—Todo bien ¿qué?

—Ser yo Claudine.

—¿Te has vuelto loca?

—Puro reflejo.

Brutal desconcierto, contesta:

—Me he quedado en blanco.

—¿Puedes venir?

—¿Para qué?

—Tenemos que hablar.

—No sé adonde quieres ir a parar, pero sé que no debes hacerlo.

—¿Llamarás cuatro veces, para que sepa que eres tú?

Acepta. Ella sabía que lo haría. También aceptará todo el resto. Es su estilo, siempre incapaz de hacer lo que se debe, atraído por la senda equivocada y fascinado por el caos. Ella sabe exactamente cómo es y para qué sirve.

Cuelga, mira los trastos amontonados cerca del teléfono. Folletos de promoción de pizzas a domicilio, caja de aspirinas, tarjeta de una esteticista, tarjeta de un periodista, factura de la luz, viejo *Pariscope* abundantemente subrayado con azul y rojo, las cosas que Claudine quería ver, su agenda de teléfonos, un número garabateado en un paquete de pitillos vacío y una libreta llena de post-its.

Un montón de cosas y otra vida completamente liada. Pauline siente que le sube un desprecio enorme, tirarse por la ventana es un final discordante, asquerosa cobarde.

Una cinta de vídeo sin etiqueta, un billete de tren para Burdeos, usado, los programas de una sala de arte y ensayo. Pauline sonrío: «No te pega para nada ir a ver películas suecas, seguro que querías darle el pego a alguien importante», un librito de diez francos, llaves de no se sabe dónde y un talonario casi vacío.

Introduce la cinta en el vídeo y lo pone en marcha. Luego vuelve a coger el paquete de pitillos, marca el número y pregunta por Jacques. «*Hola*, buenos días, habla Claudine, ¿no estaré molestando?».

En la pantalla aparece un videoclip, jovencitos bien trajeados, el tal Jacques está muy emocionado: «No pensaba que volverías a llamarme. Por supuesto que no molestas».

Claudine aterriza en la pantalla, enfoques rápidos sobre su culo, en realidad no es que esté bailando, más bien se contornea como una subnormal, algo supuestamente sensual pero nada convincente. Parece zumbada. Altísimos taconazos dorados y los tobillos oprimidos por una hebilla.

—¿Te encuentras bien, guapa?

—Sí, sí, estupendamente, pero estoy hecha polvo.

—¿Hubo juerga después del concierto? Se quedaron todos cagados, no hablan de otra cosa.

Tiene la voz de un tipo joven con aire de bonachón. Al estilo protector zalamero, Pauline pregunta: «Y tus asuntos, ¿todo va bien?», a ver si suelta algo. Hay que empezar de alguna manera. Nueva aparición de Claudine en la pantalla, vestida igual, pero a cuatro patas, mueve los brazos, debe de ser «voy de gatita». Pauline se pregunta si acabará comiendo en la escudilla.

Por el teléfono, el tal Jacques enumera un montón de cosas que tiene entre manos, y temas televisivos para cadenas por cable que a ella no le suenan en absoluto, y un dossier de pelis para una revista que acaba de salir.

Le oye lejano, asiente por si las moscas, intentando meterse en la cabeza que él

está hablando con una chica a la que mira siempre que quiere de cuatro patas y filmada de espaldas haciendo de gata.

Él deja de enumerar todos los temas que tiene entre manos. Pauline no acaba de comprender cómo pueden hacerse tantas cosas a la vez y por qué un periodista tan solicitado como debe de ser, muy, pero que muy importante, le contesta así a Claudine. Él pregunta:

—¿Y tú? Jérôme me dijo que estaba la flor y nata en el concierto. Al parecer, todos te estaban buscando, y tú, esfumada.

—Estaba cansada.

—Vamos, a mí no... ¿A qué porquerías te dedicaste?

No contesta. Él ni rechista, va lanzadísimo:

—Sólo con oír tu voz, se me empalma... Si estuvieras aquí, te la metería entera en tu hermoso culito.

—Tengo compañía. Te llamo luego.

Es otra vez Claudine, ahí en la pantalla. Fin del capítulo, lanza un guiño supuestamente picaro mirando a la cámara. Como una vaca enorme satisfecha de irse a pastar.

Pauline suspira. En voz alta: «Pedazo de imbécil... y no me lo enseñaste antes de pedirme que me hiciera pasar por ti. Que todos esos cerdos pensarán esa noche que me habían visto el culo, ni se te ocurrió decírmelo...».

Coge una hoja de papel en blanco. Escribe «Jacques» arriba, su número de teléfono al lado, y luego apunta: «Periodista todoterreno, conoce a un tal Jérôme, al tanto del concierto, hubo cama».

Otra vez el teléfono.

Él sigue con la vista fija en Pauline. Debe de pensar que la impresiona a fuerza de tanto clavarle la mirada. Ella ni caso. Ha venido a informarla que debe abandonar, lleva el discurso preparado, sólo que ahora está callado. Es su problema, ella conoce sus debilidades, se escucha demasiado por todos los costados y deja rienda suelta a sus peores emociones. Y sabe por qué se aguanta, por lo menos de entrada. También sospecha de qué manera conseguirá persuadirle más tarde.

Pasa olímpicamente, propone:

—¿Café?

Se levanta para hacerlo. Está de espaldas, él la mira. Desenrosca la parte superior de la cafetera, sacude el filtro directamente en la basura para tirar el café usado, luego lo limpia con un dedo debajo del grifo.

Los mismos gestos. Se remontan a otras mañanas después de noches en blanco cuando él iba a tomar café, y tardes en que pasaba a beberse uno, y principios de veladas y fines de sobremesa. La vio hacerlo infinitas veces. Silueta familiar, le gusta



cómo se mueve. Pingajos intactos de un bienestar perdido, rastros anacrónicos que encuentra irresistibles.

Pasada la angustiada noche, sólo se siente resignado. Lo que ha ocurrido no le produce ningún conflicto. Le sumerge en una intensa tranquilidad desconocida hasta entonces, le distancia y apacigua. Ha penetrado en él una tristeza digna, en absoluto severa, y ahora sólo siente la dulzura de las cosas, sólo recoge el sabor del recuerdo.

La hermana está zumbada. Parece librarse de un rito cuyo secreto le pertenece. Le dirige su petición como un asunto pendiente que sería inoportuno rechazar.

—Tienes que escuchar los mensajes del contestador. Tal vez no haya entendido bien, pero me parece que quieren que hagamos un disco.

En situaciones como ésta, se queda siempre extrañado de no tener a nadie a mano para pedirle que se ocupe del tema, de lo incapaz que se siente. Dejarla plantada ahí mismo. Llamar a un médico. Hincharla a bofetadas, molerla a palos. Se conforma con guardar silencio. Ella insiste:

—Escúchalos. Necesito que me des tu opinión.

—¿Has perdido algún tornillo o es el shock de ayer?

—No me gusta tu humor, incluso me cago encima. Si hay gente dispuesta a soltar la pasta, quiero hacer el disco con ellos.

Él se coge la cabeza con las manos, un gesto extraño que no suele hacer, refunfuña:

—Me parece perfecto. Tienes la voz adecuada. No tienes por qué ser Claudine para hacerlo.

—Será más fácil.

—No veo por qué.

—Quiero ventilarlo. No me apetece toparme con doce mil personas, presentarme y ser encantadora. Claudine conocía a un montón de gente, y eso que no le interesaba a nadie, pero al menos recuerdan sus piernas... Desde ayer, el teléfono no para de sonar, si lo hacemos en su nombre, puede ir rapidísimo. Lo que quiero es dinero y podemos conseguirlo.

—Estás delirando. Un disco no sale del aire, se necesita...

—No deliro en absoluto, escucha el contestador.

Ya ha caído:

—¿Qué has dicho? ¿Si lo «hacemos» en su nombre? ¿Cuentas conmigo para...?

—Todo. No quiero ver a nadie. Te encargas de todo y componer la música. No quiero ser desagradable, pero es probablemente la única oportunidad que te sale en mucho tiempo para hacer cualquier cosa.

—Ni hablar.

—Escucha los mensajes.

Pone en marcha el contestador, al principio el otro no escucha. Le tiene fascinado ese valor idiota, incluso le asusta un poco. Obstinción obscena, está directamente

zumbada. Después, unos nombres le atrapan y presta atención.

No es buen momento, pero no tiene tiempo para impedir que eso le suba por las venas en sentido contrario. El número de llamadas, el apremio de las propuestas. Enorme unanimidad. Durante el concierto, no se había enterado de nada. Ella les reventó las pupilas.

Si Claudine hubiera podido conocer ese día. Se fue la noche anterior. Exactamente lo que la otra esperaba: mandamases decididos a abalanzarse sobre ella. Quién sabe cómo le habría sentado. Durante un par de días, habría llamado a todos los enemigos de su larga lista para pitorrearse disimuladamente. Luego habría ido a visitar a toda esa flor y nata tan impaciente por conocerla. Y se los habría follado a todos. A cada tío, uno por uno, un buen trabajo limpio y esmerado. De ello hablaba como otros del alcoholismo. La única manera de no hacerlo era no toparse con un hombre. «O con un hombre», rectificaba, «al que yo no le apetezca. Si veo una mirada, una sola y mínima fracción de mirada, es como si sintiera la sangre y a ese tipo debo conseguirle. No te estoy hablando de meterle en mi cama, te hablo de ponerle a mis pies. Y no puedo evitarlo».

Nicolas había sobrevivido a la masacre. Era una imposición que se remontaba a su primer encuentro, una evidencia total, se sentía frente a ella como frente a una niña. Le había elegido, de entrada, digno de su confianza.

Desfilaron todos los mensajes. Se inclina:

—Sinceramente impresionado. Has causado sensación.

Desde la noche anterior, le han fulminado por la mitad, tiene el alma en carne viva. Siente las cosas intensamente, la impresión de estar a plena luz. Añade:

—En el fondo, hiciste un buen concierto. Estar como un cencerro no le impide a nadie saber cantar.

Pauline sigue callada, sentada a su lado. Incluso la anima, le aconseja llamar a toda esa gente y se dispone a marcharse. Ella persiste, fase de autismo agudo, se mira las rodillas, se agarra con las manos a ambos lados de la silla, habla entre dientes:

—Te he dicho que no iría. Si no lo haces por mí, me voy a mi casa y santas pascuas.

—Sería una verdadera lástima.

Le interrumpe:

—Sería una especie de suicidio.

—Allá tú.

Fuera pasan los basureros, estruendo de camión y de los cubos levantados volcados vaciados.

Nicolas quiere poner punto final a la conversación:

—Se me han acabado las ganas de quedarme más tiempo contigo.

Ella se permite el lujo de una sonrisa cínica y afirma:

—Claro que tienes ganas.

Él sonrío tristemente, piensa que ella desbarra. Sólo que en ese mismo momento se pregunta qué hará después. Adonde ir y con quién verse para comentar qué cosas fundamentales. Por supuesto que quiere quedarse. Entre esas paredes, con la loca, dejarse fascinar por el escabroso parecido.

Ella dice:

—Me tomaría un whisky.

Él contesta que baja a comprarlo.

Por el camino, sigue convenciéndose de que es para hacerle sentar la cabeza. Pero, en el fondo, sabe que la acompañará. Alberga en su interior un lugar para las chaladuras de los demás, de esos a quienes se parece, y le gusta acurrucarse encima de sus rarezas.

En el comedor de Claudine hay dos ventanas juntas que dan a la rue Poulet. Nicolas y Pauline han escogido una cada uno, y, asomados, charlan intermitentemente.

Miran hacia abajo. Pasa un tipo que lleva un estuche de contrabajo. Una pareja camina en dirección opuesta, van pegados el uno contra el otro, no se hablan, ralentizan al unísono para besarse debajo de las ventanas y siguen. En el piso de enfrente, un tipo teclea en su ordenador.

Pauline va dando vueltas a su vaso de birra caliente, todo le parece ahora más sencillo. Sus deseos se han hecho más completos, menos refutables, las cosas más claras y naturalmente predestinadas. Y la risa brota francamente. Olvida preguntarse cómo se comporta, si lo que dice es correcto, el olvido la impregna por todas partes y se siente aliviada. Pregunta:

—¿Por qué lo hizo?

—Me sentiría menos estúpido si al menos lo supiera. Se supone que yo era su amigo, ese tío con quien puedes contar. Y lo único de lo que fui capaz de enterarme es que se ponía ciega..., pero con lo zombi que suelo ir, me lo tomé con calma. Con la vida que nos toca llevar, no me sorprendía en absoluto que tuviera ganas de colocarse.

—¿Y qué tipo de vida llevaba?

—¿Es que no os llamabais con frecuencia?

—Me mentía continuamente. Fue siempre mitómana, así que yo no le hacía demasiado caso..., pero no pensaba que llegara a tales extremos. Decía que se dedicaba a ganar pasta, pasta gansa. Decía: «En esta ciudad, hay dinero por todas partes, ni te lo imaginas. Basta seguir la onda y te toca el gordo... y yo estoy en plena onda, pasta a mansalva». He revuelto sus cosas, había estados de cuentas. Primero, me cabreó que cobrara un subsidio porque pensé que era un chanchullo para ganar un poco más cuando nadaba en la abundancia. Luego busqué mejor, y es prácticamente lo único que cobraba...

Nicolas no comenta, la deja soltar el rollo, aprovechando que está tiesa, para enterarse mejor. Sigue bebiendo, un traguito más, está furiosa de saber lo que sabe. Y sigue:

—Me decía que era bailarina, que tenía montones de planes, no podía encontrar tiempo suficiente para hacerlo todo. Danza moderna, desde que estoy aquí, ya he visto lo que tiene de moderno su danza. Igual para el concierto: me lo vendió como una muestra de generosidad por su parte, en el fondo no me necesitaba para una mierda. Tenía contactos con todo dios, los mandamases de por aquí no paraban de llamarla, los tenía locos a todos. Corría la pasta y a mí, con un poco de suerte, podía caerme algo. Podía ocurrir, y ella sin enterarse. Lady Flauta Mágica.

—Aquí todos hacen lo mismo. Salvo los que ya no van de importantes porque lo son de verdad. No es una ciudad donde uno pueda permitirse fracasar. Si reconoces sin más que no lo consigues, asustas demasiado a la gente, salpicas, eres la perdedora, y eso es algo contagioso...

—A todos les pasa lo mismo. Y ¿por qué debía forzosamente tener una vida mejor que los demás?

—Porque es humano. ¿No te recuerda nada: *¡Queremos vivir, no sobrevivir! Uno dos uno dos tres cuatro. ¡Queremos vivir, no sobrevivir!?*

Nicolas se aleja de la ventana y empieza un baile extraño lanzando sucesivamente una pierna y luego la otra hacia adelante, brincando y dando patadas al aire. Mueve la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha, canturreando algo al mismo tiempo.

Pauline le está mirando y le parece extraño verle soltarse de ese modo, porque deja entrever a otro él que aún sigue hospedado en su interior. Como aquellas famosas muñecas, un nuevo Nicolas escondiendo a otro, pero a veces un Nicolas más joven volviendo para dar otra pirueta y unos pasos en la pista.

Es evidente que lleva un buen ciego. Se ha puesto completamente rojo, ya está sudando. Él sigue:

—Y ésta, ¿la conoces?: *¡Una revancha cojonuda! Creía que era un modo de vivir y sólo era una vida moderna.*

Sigue con un baile parecido, esta vez con los pies más juntos y moviendo los brazos con extraños movimientos de crawl, o un jerk desconocido.

Le molesta verlo así. Le parece extraño. Y le molesta verlo abandonarse en su presencia. Si estuviera sobrio, no le gustaría que lo viera así.

Dan varios golpes en la pared.

Él para en seco, exhausto, chilla:

—¡Ya te dije que no golpearas nunca más en esa pared, puta asquerosa!

Ha dejado de moverse en seco. Busca el mechero en la mesa, aparta los botellines de cerveza vacíos, levanta una revista y pregunta:

—¿Tan sola te encuentras? ¿Es que no hay nadie de tu antigua vida que lamentarías no volver a ver nunca más?

—No.

Ella seguía con el mechero en la mano y se lo alarga, luego empuja su vaso hacia él para que lo vuelva a llenar. Se toma su tiempo para pensarlo, o para buscar cómo decírselo:

—Cinco minutos antes de hacerlo, si me lo hubieras preguntado, te habría dicho que me conformaba con mi vida. Y no habría mentido. Me gustaban mis amigos, siempre he sabido cómo eran, me gustaban mis cosas... En el fondo, nunca he tenido quejas de nada. Y luego ha venido el reflejo. No he tenido alternativa. Es tan evidente que no queda lugar para lamentaciones.

—Ahora lo ves así, es la resaca de la noticia, pero dentro de diez días te habrás recuperado y querrás irte a casa. Pero ya no podrás.

—Lo hecho, hecho está.

Nicolas intenta comprenderlo:

—¿Por qué te odias tanto? ¿Será que tu padre la quería más?

Lo ha soltado como un chiste, pero ha dado en el clavo. Pauline se tensa, cierra un poco los ojos:

—¿Te lo dijo ella?

Claudine no hablaba nunca de sus padres. Nicolas se da cuenta esta noche por primera vez. Ella nunca los había ni siquiera mencionado. Él asiente:

—Sí, eso decía... Decía que su padre la adoraba, pero que tú le habías decepcionado un poco.

Entonces ella se pone a llorar. Enormes lágrimas de una fiebre de cuarenta grados. Ella misma se sorprende de que esto sea tan fantástico, de tener tantas reservas y el corazón destrozado.

Nicolas la observa, inmóvil, sin saber exactamente dónde ha tocado, pero esa última copa es la que inmoviliza, clava al sillón y entorpece los discursos. Refunfuña de vez en cuando:

—Daría cualquier cosa por ser capaz.

Hasta que cumplieron diez años, el padre se llevaba a Pauline a todas partes, y Claudine la odiaba por ello. Le viene a la cabeza aquel día de vacaciones y la habitación con literas. Debía de ser en la montaña porque recuerda que llevaban ropa de invierno.

Había unos amigos alrededor de la mesa y el padre montó su numerito. El vino corría en abundancia, y él se había pasado más que de costumbre. Tenía la mirada clavada en la pequeña Claudine, presta a esconderse debajo de la mesa, y parecía estar a punto de vomitar «parece mentira que salgáis del mismo vientre». Fue cuando empezó a martirizarla en presencia de todos los invitados, para que se enterasen de una vez por todas, y a ellos, de paso, les hubiera encantado darse una vuelta debajo de la mesa para evitar sus preguntas: «Se parecen, pero hay una que es horrenda. ¿No? No deja de ser curioso, apenas se nota, es solamente esa pequeña luz bovina que tiene

en la mirada, te entran ganas de hostiarla. ¿No?».

Es la tierna infancia, cuando todo lo que dicen los padres es verdadero, digan lo que digan y por bestia que sea.

Los amigos se largaron mucho antes de lo previsto, visiblemente enfadados. El padre se quedó dando vueltas por allí unos minutos, y llamó a Claudine:

—Tú, ¡ven aquí! ¿Has visto cómo me has puesto en ridículo? ¿Te das cuenta, imbécil? Ven a recibir tu merecido, acércate.

Y chasqueaba los dedos, como cuando se llama a un perro. La niña se acercó y él la puso a tono.

La madre gritaba detrás:

—Para de una vez, no te pongas así, no pasa nada, déjalo...

Cuando el otro se hubo alejado, levantó a Claudine suspirando:

—No te pierdes ni una, ¿eh? ¿Es que no sabes esfumarte? Vete a la habitación. Pauline, por favor, cariño, ve a jugar con tu hermana. Procura que no haga demasiado ruido, a ver si vuestro padre se calma un poco.

En la habitación, Claudine se sentó frente a la ventana, se balanceaba hacia adelante y hacia atrás canturreando algo entre dientes.

Pauline dudó mucho rato buscando las palabras, luego se acercó por detrás, para acariciarle tímidamente el pelo. La boca llena de lágrimas, le costaba hablar:

—Sabes, cuando te habla así, es como si me lo hiciera a mí.

No se había percatado de la crispación de los hombros de su hermana y había seguido para terminar sollozando de verdad.

—Cuando te está pegando, te prometo que siento los golpes.

Claudine se levantó, se puso frente a ella, la cogió del pelo. Pauline no gritaba para que no acudieran sus padres. Claudine la arrastró hasta la cama:

—¿Seguro que lo sientes?

Y aprisionando su cabeza por el pelo empezó a hostiarla, con toda la fuerza de sus pequeños puños abatiéndose sobre la cara de la otra. Para hacerle daño de verdad había cogido la almohada, sujetándola con los dos puños contra su cara. Para estar bien segura de que la oiría, se había puesto a gritar:

—Es extraño, porque yo, cuando te besa, no siento nada.

La puerta se abrió de golpe. Alertado por sus gritos, el padre había entrado. Arrancó a Claudine de encima de su hermana y la estampó contra la pared:

—Ya no te aguanto más. ¿Me oyes? No te aguanto más.

La madre había cogido a Pauline en sus brazos, la cubría de besos y preguntaba «¿Estás bien?». Una de las dos era preciosa y la otra corrupta.

Unos años más tarde, insidiosamente, ese orden iba a invertirse.

Un verano, tal vez fuera el siguiente, el padre se descubrió que tenía un gran

talento para la fotografía. En el espacio de unas semanas, pasó a ser engorroso llevarse a Pauline a todas partes. La educación de la niña había dejado de interesarle. Tenía otras cosas que hacer, cosas importantes. Regresaba a casa antes de que estuvieran acostadas cada vez con menor frecuencia.

Luego, durante mucho tiempo, ni se molestó en volver. Sin decírselo a las chicas, se había llevado un par de cosas, y a la madre le había soltado:

—Necesito aislarme para crear.

Pauline seguía siendo la preferida de la madre. Un día de cumpleaños en que el padre no había dado señales de vida, entró para arropar a Pauline, que dormía en la misma habitación que su hermana.

—Pobrecita mía, tu padre se ha olvidado de llamarte para tu cumpleaños. Te ha olvidado, a ti también..., como a tu vieja madre.

Cerró la puerta sin decirle nada a Claudine. Doble impacto, buen golpe.

En la oscuridad, Claudine estaba en el paraíso, canturreaba a media voz:

—Pobrecita niña olvidada por papá..., oh, cómo lo quería, a su bebé. Pero ahora quiere a otra... Pobrecita, tan solita.

Pauline se incorporaba sobre un codo:

—Cállate de una vez, es hora de dormir.

—¿Sabías que su actual mujer tiene una niña que se te parece? Pero dice que la prefiere a ella.

—No es verdad, no está con otra mujer, se ha ido para trabajar, no tenía más remedio.

—¡Sí, es verdad! Además, lo sabes muy bien.

Pauline encajaba el golpe, cruzaba las manos detrás de la nuca y adoptaba el tono empleado para contar los cuentos de hadas:

—No, no lo sé. Pero me he enterado de que mamá, cuando éramos pequeñas, quiso abortar. Entonces las mujeres lo hacían con un colgador. La mujer le introdujo el colgador e intentó despegar al bebé, pero yo iba bien cogida y no lo consiguió. Porque la de abajo eras tú, y por eso te dieron con el gancho en la cabeza cuando eras sólo un bebé. Así te has quedado.

Podía sentir cómo la hermana se encogía en la cama, Claudine protestaba débilmente:

—Es mentira.

—Sí, me lo contó papá, pero nunca quise decírtelo para no herirte. He esperado a que tuviéramos once años.

Entonces Claudine gimoteaba, no lo podía soportar. La madre había vuelto, Pauline se había quejado, pequeña voz adormecida:

—Mamá, no puedo dormir, es Claudine, se pone a lloriquear a propósito para hacerme enfadar.

—Claudine, ya basta de hacer comedia o te juro que te arrepentirás.

Y la madre volvía a cerrar la puerta. Entonces, era Pauline la que empezaba a

canturrear:

—Te crees muy dura, pero no eres más que una blandengue.

Durante la ausencia del padre, Pauline empezó a cantar, convencida de que, si hacía algo lo suficientemente bueno para él, volvería.

Cada miércoles, críos por todas partes, una anciana les enseñaba a decir unos «pluma, pasta, pera» chasqueando los consonantes, a estirar la voz hacia arriba hacia abajo y a desgañitarse manteniendo el tono.

La anciana sentía afecto por Pauline, la hacía quedarse después de clase: «Tienes que practicar en casa, no te olvides. Tienes una voz preciosa, debes trabajarla a diario, es tan importante como tus deberes».

Y la cría no se olvidaba. Cantaba lo mejor que sabía, cada día mejor, con el vago convencimiento de que su padre volvería por ello.

Y volvió. Tres años sin verle. Abrazaba a la madre, le decía que sólo existía ella y que debía perdonarle. Y durante dos largos meses demostró cierto enamoramiento.

Había puesto esa cara viendo otra vez a Pauline, de pie delante de él, incómoda, a punto de llorar y de precipitarse a sus brazos, esa cara extraña: «¡Cómo has cambiado!». Y una cara muy distinta viendo a Claudine, haciéndola girar sobre sí misma y admirándola de pies a cabeza: «¡Cómo has cambiado!».

Una de las dos se había vuelto huraña en ausencia del padre, y, en plena adolescencia, renunciaba a ser coqueta como se renuncia al envilecimiento. Pauline se había encorvado un poco, comprimida sobre sí misma, desconfiada y poco risueña. No le gustaba lavarse el pelo, no le gustaba llevar falda, le gustaba poco sonreír. Prefería las peleas, los insultos y los follones. Y le gustaban poco las chicas, las encontraba demasiado fieles a su caricatura: hablaban de trapos, de chorradas, y se quejaban por ridiculeces.

Claudine, por su parte, no había perdido la ocasión de tener un cuerpo conforme a las modas para aprender a enseñarlo y recuperaba en la adolescencia varios años de desventaja.

Así las cosas, el padre siguió prefiriendo a una, pero había escogido otro blanco.

Algunas mañanas, a la hora del desayuno, cuando veía llegar a Pauline con sus tejanos rotos, sus zapatos planos y sus enormes jerséis destinados a disimularlo todo, suspiraba:

—Es horrenda, me pregunto si no lo hace a propósito sólo para joderme.

Y como ella se sentaba sin abrir boca, añadía:

—Además, eres un puro encanto, hijita, da gusto vivir contigo.

Unos minutos más tarde, Claudine bajaba, con las cosas más cortas y más de



moda que podía encontrar, los ojos ligeramente maquillados... El padre aplaudía, la cogía de la mano para besarla en la mejilla:

—¡Qué bien hueles!

Luego la miraba pensativo, manos cruzadas debajo de la barbilla, los ojos dirigidos hacia ninguna parte. Antes de seguir comiendo, declaraba:

—A mí me gustan las mujeres femeninas.

Nunca se molestó en ir a ver a Pauline cantar a donde fuera. Ella estaba consternada. Tampoco se daba especialmente cuenta entonces, pero todo lo que había aprendido de él y cultivado tan prudentemente en la hipótesis de su regreso, la arrogancia, la ira, la violencia vengativa, todo se denigraba cuando lo intentaba.

«Lo que me entusiasmaba en él, él lo despreciaba en mí».

Leyendo esas líneas, años después, las cosas se habían encarrilado y esa palabra daría la clave de todo.

Todo lo que a ella le entusiasmaba en él, él lo despreciaba en ella.

Había retomado el canto con mayor ímpetu, llevaba jerséis más anchos, porque un día las cosas se encarrilarían. La reconocería, a ella, su única hija, su único doble.

Nicolas debió de hartarse de verla llorar, ha ido a estirarse en el sofá y duerme. Respira por la boca, sin roncar. Está chupadísimo, parece un gato amodorrado. Extremadamente frágil. La ayudará. Ella les vio juntos, a él y a Claudine, una relación demasiado fuerte, podía dibujarse de un trazo en el espacio, sin que sorprendiera. Hará todo lo que pueda para que firmen. Ojalá pueda lo suficiente para conseguir un buen anticipo.

Ella aún no tiene un plan demasiado concreto, pero los doscientos mil de que hablaban antes del concierto no paran de darle vueltas en el coco. No le apetece ir a la tele, ni verse en los periódicos, ni bailar en un clip como vio que lo hacía su hermana. Lo que quiere es que Nicolas ponga el asunto en ebullición y consiga un buen checazo. Luego se irá con Sébastien, sin avisarle, y que se apañe.

Se levanta de un salto, otra vez esa subida inesperada. La boca llena de vómito, corre hacia el váter.

A la mañana siguiente, beben coca-cola con aspirinas.

—Suponiendo que quisiera ayudarte, no puede funcionar.

—Deja de hacer montañas con montículos. Desde pequeña, se piensan que soy ella, eso no puede cambiar de golpe...

No deja de encontrarles similitudes de carácter, que no salen de la misma manera, pero deben de tener el mismo origen.

Ella va por una libreta y vuelve al lado del teléfono:

—Antes de que te muevas, ¿podemos escuchar juntos los mensajes? Y, sobre la marcha, me escupes tu comentario sobre cada uno.

Se ha instalado, dispuesta a apuntar, y añade:

—También hay algunas cartas...

Él se sienta, dispuesto a obedecer. Pauline ha dibujado tres grandes columnas: trabajo, persona, desconocidos. Los rellena cuidadosamente, sobre todo las columnas del trabajo. Cuando han terminado, va por las cartas sin abrir, se las pasa a Nicolas y luego anota algo en la libreta. Atareadísima, coge las riendas con una tranquilidad apabullante.

A pesar de lo que dijo al principio, es increíble cómo se parecen, suena raro.

Y quedarse con ella, meterse en sus líos, tampoco es perderlo todo, resucitar a Claudine. Se decide como decides con la farlopa: convencido de que lo controlas todo, de que no se torcerá. Lo decides montando excusas completamente chorras: la dejo que crea que lo haré, pero la convenceré de parar todo este número, entrará en razón. Decide intentar creer que no lo hará.

Pauline apunta a conciencia lo que dice él:

—Esto es una postal de Julie. Claudine la quiere con locura, pero se ven poco. Tiene un hijo, es una tía legal, es bailarina de striptease. Creo que vive en el distrito trece. No estoy segura...

»Esto, es una carta de Laurent, un viejo amigo suyo.

—Reconozco la letra, y a él también le conozco, ya vale.

—¿Y cómo te lo piensas montar con la gente que conocíais las dos?

—Haré como si fuera ella, pondré cara de tonta cuando alguien abra la boca y, si me tocan el culo, diré: «¿Te pasa algo, tío?» y apenas suelten un tema de conversación, pondré la boca redonda y diré: «No estoy enterada, ni puta idea». En el fondo, ser tonta no es nada del otro mundo.

*Sol de mi vida, amor mío. Hace un poco de frío, lo siento en la punta de los dedos, acabo de hacer té, pongo la bolsita en el cenicero, si estuvieras aquí harías una mueca de «no puedes tirarlo a la basura». Aprovecho que estoy sola aquí para hacer cosas que te pondrían nervioso. Estos días sin ti no tienen ningún sentido. Pero no estoy demasiado segura de que sea una buena idea quejarme demasiado. Y, por lo demás, no tengo nada que contar. No hago absolutamente nada sino esperarte, descansar mucho y leer un montón. Voy tirando. Por favor, escíbeme pronto, dime si necesitas algo, luego te escribiré un poco más...*

*Pauline*

Nicolas dice que es imposible hacer un disco en menos de seis meses. Pauline no contesta nada, es imprescindible que lo hayan terminado todo para entonces. O más

bien: imprescindible que hayan cobrado un buen anticipo para entonces. Todo lo demás le importa un bledo.

Cuando salga Sébastien, ella misma se ha convencido, habrá cobrado pasta, la suficiente para dar la vuelta al mundo.

Visitas. Va con poca frecuencia. En sus cartas, Sébastien le dijo: «No pasa nada, no vengas, escíbeme cada día, pero no vengas. Me hace más mal que bien».

Y así lo hizo. Dejar de ir. De verle allí metido, con el tiempo fijado, y luego tener que dejarle allí detrás. Para volverse loca cada vez. Una inmensa rabia de tanta impotencia.

Ni siquiera mostrar hasta qué punto le resulta difícil, le echa de menos, ni siquiera mostrar, sonrisa, estar encantadora e inventarse ese ir haciendo donde «todo funciona».

Observa cómo se disfraza, se pinta los labios de rojo y se entrena para andar, se observa ocupada en seguir mintiendo. Y le guarda un poco de rencor.

Dónde estás mientras me estoy haciendo todo esto. Deberías estar aquí e impedírmelo. Debería haber estado aquí el día en que le dijo que sí a Claudine para el concierto. Debería haber estado detrás de ella para preguntarle: «¿Te has vuelto loca?».

No debería guardarle rencor, es como confundirlo todo. Como acusar a los demás de lo que uno es.

Tampoco pasa nada, porque todo irá bien. Nicolas acude a las citas y vuelve encantado de la vida. Porque todo va sobre ruedas.

Pauline está sentada a la mesa de la cocina.

Ha abierto el armario de los zapatos, ninguno plano.

Con sus veinticinco años, nunca se le ha ocurrido llevar taconazos, y ahí está, con ese grotesco vestido rojo, igual que un travesti, intentando andar en el comedor con los tacones menos altos de toda la colección. Intento absurdo de ir con un paso digno que se parezca a algo. El tobillo en peligro se dispara hacia un lado, la rodilla golpea la otra rodilla. Es necesario andar con sumo cuidado, reflexionar: qué apoyar primero, la planta o el talón. Reflexionar: dónde situar el peso del cuerpo para no derrumbarse. Mantenerse recta, lanzar la pierna. Pero no funciona, parece un cangrejo borracho, ni el más remoto parecido con una mujer.

Mira sus pies, destrozada. Excesivamente maltratado, el tobillo está rojo. Los dedos encogidos, sensación de huesos triturados, porque todo se estrecha y comprime en la punta del zapato, nada que ver con la forma de un pie.

Nunca funcionará.

Está que rabia. Claudine, pedazo de idiota, a quién se le ocurre llevar esas barbaridades para complacer a no se sabe quién, para parecer no se sabe qué, inmunda guarra patética.

El teléfono no para de sonar, diez veces peor que ayer.

—¿Claudie? Contesta, Claudie, sé que estás ahí, he llamado hace cinco minutos y comunicabas... Vamos, cariño, mueve el culo y descuelga... Claudie, tengo buenas noticias para ti, contesta... ¿No estás ahí? Oye, no entiendo nada, llámame, soy Pierre.

Se quita esos zapatos inverosímiles, alivio inmediato. En menos de una hora le han salido ampollas de campeonato, piel transparente insolidaria con todo lo demás.

Se ha metido en la bañera hace un rato. Frascos, botellas y tubos, todo había ido a parar al agua del baño, recuerdos de infancia cuando flotan juguetes a tu alrededor y te diviertes con ellos.

Contorno de ojos, hidratación, suave espuma limpiadora, peeling pulverizante, mascarilla con ácidos de frutas y vitamina C, con ceramidas por aquí, cosas de mil colores, cremas para nutrir por allá, piel sedosa, cabello brillante, tez resplandeciente... Lucha implacable contra uno mismo, no ser nunca lo que eres.

Al salir del agua, se olía el brazo, que desprendía perfumes extraños, todos esos potingues que había probado, un olor excitante, irritante por querer relajarse tanto. Como cuando te empeñas en dormir mucho, te obsesionas con el insomnio, y terminas dando cien vueltas en la cama, con rabia. Un frenesí de serenidad.

Vestido rojo y pecho al descubierto, parece una vaca exhibiendo sus ubres, se ve el nacimiento del culo, esa zona que nadie debería ver. Da vueltas sobre sí misma desconfiada ante el espejo. Le da un vuelco el corazón, ya va dejando de parecerse a sí misma.

Hojeadas las publicaciones amontonadas que leía Claudine. Consternación. Con un tono de connivencia divertida, abundancia de pequeños consejos para ser una puta al día. Y se meten en todo para encasillarlo perfectamente, cómo hay que correrse, cómo hay que abandonar a la pareja, cómo largarse, incluso cómo hay que teñirse los pelos de la almeja, y cómo hay que ser desde fuera hasta dentro. Un tono falsamente amable, propaganda imbécil para ser como se debe.

Después de siglos de prohibirles enseñar nada, esas mujeres se ven obligadas a exhibir unos cuerpos conformes a las normas y perfectamente homologados: ahí van mis piernas infinitas, depiladas y bronceadas, mi trasero correctamente musculoso, mi vientre plano ombligo pierceado, mis enormes pechos firmes y bien dibujados, mi hermosa piel joven y sana, mis pestañas larguísimas y mi pelo brillante.

En contra de lo que siempre había creído, no se trata de una sumisión al deseo de los hombres. Es pura obediencia a los anunciantes, hay que pasar por el tubo. Ellos manejan el asunto a lo largo de las páginas: aquí lo que vendemos, y así hay que ser.

—¿Has visto qué bien me lo monto?

Él asiente:

—Sí, y no debe resultar fácil.

La observa agitándose. Da vueltas sobre sí misma, pega saltitos, idas y venidas con algún tropiezo, consigue dar media vuelta sin arquear el tobillo. Se sube a una silla, las manos en la cadera. Y añade:

—Aún no lo domino. Hay cosas que nunca podré hacer.

—No llevas precisamente los zapatos adecuados.

Un magnífico progreso, al principio daba risa.

Pero lleva una semana empeñándose y Pauline empieza a saber andar con tacones altos. Aun teniendo las mismas piernas que Claudine y un modo de andar parecido, algo las diferencia claramente: es el modo de exhibirse.

Pauline se entusiasma:

—¡Un poco más y ya podré salir!

En quince días desde el cambio no ha bajado ni una vez. Dice que sería poco prudente, que nunca se sabe.

El sentido común no le sobra. Otro parecido entre las dos. Tiene sus pequeñas costumbres, sus ritos muy personales que hay que seguir a rajatabla «para dar el pego».

Nicolas observa:

—Esto no funciona, las piernas mejoran..., pero tal vez deberías afeitártelas. O ir a depilarte.

—¿Estás zumbado?

Él se rasca la cabeza, a ver si se ha explicado:

—¿Es que piensas bajar así? ¿Con vestido, tacones y las piernas sin hacer?

—Mis piernas están hechas, mi madre me parió con ellas. Es bárbaro afeitarse, francamente, bárbaro.

Es como si le hubiera propuesto afeitarse el pubis para enseñárselo a todo el mundo. Una propuesta francamente indecente. Pero en esos quince días él ya se ha acostumbrado a sus extrañas reacciones.

Es como una mujer de los bosques. Lleva años viviendo a puerta cerrada con su amigo, que parece divertido a más no poder. Nunca le ha engañado, ni se le ha pasado por la cabeza, no tiene amigos íntimos, a nadie en sus recuerdos, no tiene tele porque transmite demasiada mierda, y no lee revistas por los mismos buenos motivos. Perfectamente a salvo, reacciona con salidas extrañas.

Se queda pensativo, seguro que no es en los libros que ella lee donde se va a enterar de que las mujeres nunca salen a la calle con pelos en las piernas. Intenta una pequeña demostración:

—¿Te has paseado por el centro de la ciudad en verano alguna vez? En Bar-le-Duc alguien habrá en la calle, ¿no?

Dice que sí. Algo testaruda, es un tema concluido: ya ha hecho bastante y no quiere oír hablar de finales pesados. Nicolas continúa:

—¿Has visto alguna vez a una chica que lleve vestido y tenga pelos en las

piernas?

—Yo no miro las piernas de las chicas.

—¿Pero tu tío nunca te ha pedido que te depilaras?

—No. No es un tío, debe ser por eso.

¿Por qué estará él pensando que, fatalmente, sólo porque ella es una chica, debería andar siempre con trucos para que alguien se interese por ella? Querría con todas sus fuerzas que Sébastien estuviera allí para mostrarle qué es ser diferente.

Nicolas se levanta para ir a hurgar en los armarios, saca azúcar y agua. Está de buen humor, la reticencia de la otra le divierte. Jovial, propone, como para un juego:

—Ven, te lo hago con azúcar. Se lo hacía a mis hermanas de pequeño.

—Te he dicho que no.

—Oye, a mí, personalmente, me la trae floja. Pero como, al parecer, te importa que se crean que eres ella, quiero ayudarte, nada más. Aunque si no llevas vestido, en el fondo...

—Sí, quiero ir con vestido.

Nunca los ha llevado. Salvo en casa, con camisetas enormes. Además, nunca ha salido con las piernas al aire. El mismo ejercicio de siempre: estar en el lado opuesto de Claudine, enfrente, distinta.

Y luego, cuando sale con Sébastien y se cruzan con una chica que enseña las piernas, a él siempre le parece una lástima que las tías se sientan obligadas a pavonearse, a exhibirse para gustar. Y dice: «No habéis nacido sólo para gustar. Es como si quisieran colaborar. No entiendo su actitud».

Ahora que hace lo que no hay que hacer, a ver qué pasa, por curiosidad. El vestido no se lo quita nadie.

Hay más: las piernas, delante del espejo, tobillo tensado por el tacón, la pantorrilla recta hasta arriba de los muslos..., las tiene igual que su hermana. Y son las mismas que las de las mujeres de las películas clásicas que veían de pequeñas.

El vestido no se lo quita nadie. Y puesto que Nicolas insiste tanto, lo deja preparar su dichoso caramelo.

Es la primera vez que hace algo para que las cosas funcionen sin que esté obligada a empujarle. Se relaja poco a poco. Es más agradable.

Los tacones repiquetean contra el parqué, acaban provocando pequeños huecos en la madera. Se está acostumbrando, dispuesta a salir, sólo le falta encontrar las llaves. Pauline entra en todas las habitaciones, primero se lo ha tomado con calma, pero termina con los nervios de punta, mira en los rincones, levanta revistas, remueve los trapos finalmente apilados a fuerza de ser probados, los tira hechos una pelota, nueva

búsqueda y llaves inhallables. Un poco tontamente, da vueltas en el cuchitril y empieza a sentir calor.

Va vestida de rosa integral, con una falda que le llega hasta las rodillas, auténtica joya de la colección. El cabello echado para atrás, horas frente al espejo intentando domarlo para que no se le dispare por todos los lados. Por más empeño, no tiene buena pinta, no se parece a nada. Incluso con las cosas bien hechas, hay algo que no funciona. Había cajitas en el cuarto, piedras rojas, azules, ámbar como el agua, incluso de un lila extraño, metal dorado o plateado, para llevar en el cuello, en las manos, en las muñecas o en las orejas, hasta extraña bisutería para ponerse en la nariz. En un cajón, por ahí, perfectamente ordenado en cajitas, otro botín: las pinturas, colores para labios, pestañas, párpados o mejillas, texturas distintas, verdaderos colores de pintor, que nunca conseguiría saber utilizar. Nicolas lleva días inclinado sobre ella, girando la cabeza, concentrado en lo que está haciendo, manipulando su cara en busca de la luz, explicándole que no debe pasarse ya que no tiene práctica y qué se gana con según qué colores, y se va a buscar unas revistas que hojea, con gestos seguros, para mostrarle cómo lo hacen las otras. El gran arte de los trucos. Su cara ha ido cambiando poco a poco, como si se alejara de ella. Comprendió enseguida que él deseaba, más de lo que podía él mismo imaginarse, con bastante más dedicación, que fuera pareciéndose a Claudine. Se sorprendía de verle buscándola tan profundamente, intentando desmontar sus trucos y saber cómo conseguía hacer que sus ojos parecieran tan grandes y su piel tan suave como la de una fruta. Se lo ha enseñado todo suavemente. Pauline entornaba la mirada: «¿Y cómo es que sabes utilizar una brocha?». Él contestaba: «Durante años se lo vi hacer a mis hermanas, de pequeño», y revoloteaba a su alrededor.

Hoy, por fin, está lista para salir.

Ha quedado con Nico lejos de casa de Claudine. Incluso tiene que coger el metro, cruzar un buen trozo de esta ciudad. Finalmente, las llaves cuelgan de un clavo. Seguro que Nicolas las habrá colgado ahí sin pensarlo, de tanto verlas siempre en el mismo sitio.

En la escalera, eso de los tacones es bastante más complicado que en el piso. No es la misma madera, ésta parece más resbaladiza, y les toca otro ejercicio a los tobillos, bajar los peldaños. Pegada a la barandilla, Pauline se pone en marcha, cuidadosamente, paso a paso, llegar hasta abajo. Olores de comida mezclados con cera, ruidos detrás de algunas puertas. En la planta baja, la portera corre un poco la cortina. Pauline le hace un gesto con la cabeza.

Se equivoca de interruptor al salir, quiere abrir la puerta y enciende la luz. Por fin en la calle. Después de días encerrada, imaginaba que le resultaría raro unos minutos, pero tampoco pasa nada.

Sólo que la calle que ha venido observando algún tiempo desde la ventana no resulta igual cuando se pisa. Enfrente, en la acera, dos mujeres altísimas y

exageradamente robustas; una de ellas, de color naranja, la empuja cuando se cruzan, deliberadamente, le encaja un potente golpe de hombro. Y sigue su camino. Pauline se aparta a un lado, baja de la acera y se apoya contra un coche. Una vez Nicolas le recomendaba, generoso: «Haz como si estuvieras patinando, hay que aprenderse unos trucos, y luego todo va sobre ruedas».

Es difícil caminar por la acera. Demasiada gente, colas paradas delante de los colmados, con las cestas llenas de cosas inverosímiles, otros charlan en el medio, y los demás parecen estar a dos de presión.

Avanza con la mirada clavada en el suelo. Se cruza con un tipo y le sigue con la vista, instantáneamente le localiza. Es el primer blanco que ve desde el inicio de la calle. Una extraña ocurrencia. Está tan poco acostumbrada a esos zapatos que por vez primera nota la diferencia de consistencia entre una parte de la acera y otra, también se percata de que nadie en la calle la mira, como si fuera transparente. La mujer de antes la había empujado, como decidida a atravesarla, en un gesto que significaba: «Ni siquiera estás aquí».

Ojeada a una tienda, productos de belleza, pelucas. Pasa delante de una peluquería, luego delante de una carnicería, por fin llega al metro.

Debe tomar un bulevar cuesta abajo. Con zapatos normales ni se hubiera dado cuenta, apenas hace pendiente. Con taconazos, el desnivel resulta alucinante, un ejercicio altamente peligroso. Posa los pies uno detrás de otro, concentrada como en una viga, no caerse delante de todo el mundo.

La gente la mira. Los hay incluso que se vuelven. Y otros que se permiten primeros planos, impunemente, sus piernas, su culo, su pecho, su boca, algunos le sonríen, o pequeños ruidos para atraerla, silbidos. Quisiera arrancar todo eso, esa multitud envolvente, sólo puede avanzar con pasos cortos y medidos fingiendo no darse por aludida.

A un lado, un señor vende maíz en un carrito, olor a carne asada, la llama, una especie de entusiasmo amable, como cuando quieres jugar con un perro. Una mujer con velo de pies a cabeza espera su mazorca, observa a Pauline, sólo se le ven los ojos y la desnudan, desprecio mezclado con rabia. El vendedor sigue excitado, y aunque Pauline haya caminado varios metros, le sigue dando al rollo. Es totalmente pública, asequible, totalmente hecha para que todos se metan con ella. Lleva los trapos adecuados.

Ojeada al escaparate de una joyería, llena de oro y despertadores. Vaya pinta que tiene. Entre espantosa y divertida. Se parece a otras chicas como ella. Antes, nunca hubiera pensado que fuera posible salir así a la calle sin escandalizar a nadie: «Pero ¿qué jodida impostura es ésta?». Ese aire que tiene, piernas sublimadas, silueta transformada. Y nadie se da cuenta de que ella no es así en absoluto. Es la primera vez que entiende que, en realidad, ninguna chica es así.



Una vez ha llegado al final del bulevar —los tobillos destrozados por los zapatos—, espera para cruzar, gente a montones. Una mano le baja por el espinazo. Contacto especialmente obsceno por su lentitud, tocamiento pesado, paso furtivo, una mano insistente en su trasero. Se vuelve, imposible saber quién ha hecho qué, igual el otro se está tronchando y, de todas formas, qué decirle, Pauline siente que una palmada le haría tambalearse, no son sólo los zapatos, sino también esa falda demasiado estrecha. El semáforo pasa al verde, ella sigue a la gente hasta la acera de enfrente. Mira furtivamente hacia un lado, todo el barrio apesta a miseria, como estar en otra ciudad, en otra época. Y al mismo tiempo hay algo vivo, risas y griterío sin el menor complejo.

Estación Barbès, las palomas arrullan y se cagan sobre las columnas, dos tipos venden melones, mucha gente, a su lado una mujer canturrea, hermosa voz grave, un hombre distribuye cartones de color rosa, tarjetas de santón que cubren el suelo, tarjetas verdes, azules o amarillas.

Encuentra un paso abierto y se da cuenta de que por ahí no se paga, se entra directo al metro sin pasar por los torniquetes. Pauline se cruza con dos chiquillas con los pechos a medio desarrollar y pantalones pegadísimos, enormes taconazos cuadrados y tops por encima del ombligo. Cuando la ven, la llaman puta. Se para, se vuelve hacia ellas, que se percatan y reducen el paso, una de las dos está nerviosa: «¿Qué quieres, saco de jodienda? ¿Por qué coño me miras así?». La gente empieza a pararse alrededor de esas tres chicas que suben el tono, a ver si se hostian o..., gente que se apiña en bloque.

Un tipo vende hortalizas, las interpela riendo: «Cuidado, chavalas, cuidado...» y le comenta al colega «cuando pelean, son verdaderas furias» con la socarronería del que no se lo perdería por nada.

La que se mete con ella es una tía cuadrada, decidida y brutal. Sorprendente, con joyas en las muñecas, los ojos pintarrajeados, ropa de princesa y un modo de hablar y moverse de boxeador. Empieza por gritar que no piensa permitirle, puta asquerosa, que le hable en ese tono. Clavada, Pauline balbucea: «No tiene sentido hablarse así entre mujeres». A la otra le da la risa: «Desgraciada puta blanca, ¿quién te crees que eres?», su amiga la estira de la manga: «Déjalo, ¿no ves que está zumbada? Vámonos, larguémonos de aquí, llegaremos tarde». Pequeño círculo dibujado a su alrededor, por el momento nadie se mete, es una atención blandengue. El teléfono de la más tiñosa suena en su bolso, se toma su tiempo para mirar a Pauline, escupitajo a la pupila: «Entre mujeres..., tortillera de mierda».

Y se va. Pauline se queda sola, un tipo se acerca al momento, un señor tranquilizador, sienes grises, algo más alto que ella, le posa la mano en el antebrazo: «No debe quedarse aquí, señorita, venga conmigo...», y se la lleva, ella se apoya en su brazo para subir las escaleras, le duelen los tobillos. Comenta: «Con lo guapa que es, éste no es el barrio adecuado, podría ser peligroso, sabe... ¿No es de aquí?».

Como si fuera tan natural que existan barrios que no sean para ella. Le pregunta adonde va, la sigue hasta el andén. Le gusta su compañía, no la suelta ni un milímetro y dice: «Voy a acompañarla a donde vaya, así se ahorrará malos encuentros». Como si fuera de lo más natural que precisara estar con alguien.

Pauline dice que no con la cabeza, le pide que la deje, dice: «Me apetece estar sola». «Usted no se da cuenta», y el tipo empieza a insistir, a soltarle cumplidos, como si ella debiera tomárselo bien, cumplidos sobre su ropa: «Es raro, hoy día, una mujer que intente complacer a los hombres», como si fuera una lástima, como si fuera una obligación.

Ella mira hacia adelante, evita clavarle la mirada. ¿Será que su mamá lo adoraba, a ese viejo galantísimo, hasta tal punto que luego crea que todas las mujeres están ahí para ser amables con él, para intentar «complacerle»? ¿será que le resulta placentero que se haya disfrazado de puta?, ¿debería quedarse satisfecha? Repite que quiere estar sola, cada vez más antipática, a él no le sienta mal, incluso se divierte como con una niña. Ella le rechaza violentamente, «ahora te las piras», y el otro se deja de galanterías y, entre dientes, sin moverse de allí, «luego no irás a quejarte si te pillan en una esquina, ¿eh?». Ella le repite que debe irse, ese estúpido vejestorio le quita el aire, su amabilidad únicamente destinada a follársela, su asquerosa polla retorcida, y ella debería ser amable, sigue ahí plantado, con la mirada cambiada, ahora suelta un poco más de lo que opina: «¿Por qué merodeas en la Goutte-d'Or, eh? Te he seguido desde allí, ¿te gusta que te la metan los negratas, eh?». Le empuja con las dos manos, se olvida de los tacones y de la falda, la gente la mira otra vez, el tipo no se desanima y murmura: «¿No quieres ver la mía? Si te gusta que te atraviesen tíos bien dotados, estarás servida, ahora lo verás... Es eso, ¿verdad?, te gustan los pollones de los negratas».

Entonces interviene un tipo más joven con coleta y una mandíbula que le da un aire animal, pero superbién vestido, pleno de autoridad, que le pregunta a Pauline: «¿La está molestando este señor?». Le gustaría poder contestarle: «Que te folle un pez», pero le tiene miedo al otro y asiente con la cabeza. El tipo más joven se lo quita de encima como a un perro sarnoso, y ese al que no había manera de largar huye ipso facto como un ladrón.

Pauline no da las gracias, el Zorro se siente feliz de protagonizar la situación y pregunta: «¿Todo bien?», lleno de torva benevolencia y suavidad, «¿seguro que se encuentra bien?». Mira hacia el cielo: «A veces me avergüenzo de ser un hombre, me avergüenzo de cómo nos comportamos».

Ella piensa: «Me avergüenzo de ser yo misma y de no asustarle, de que ni me escuche y ahora llegas tú y asunto liquidado». Balbucea: «Estoy bien, ya pasó...».

El tipo no se mueve de su lado, ha sustituido al otro, la llevará a buen puerto.

Suben al metro, otra chica que lo ha visto todo comenta: «Es de esas putas que lo enredan todo, sólo les interesan las peleas».

El tipo sonrío «puros celos», se inclina hacia ella: «Es usted preciosa».

La rabia sube primero contra Claudine, cómo es posible rebajarse hasta ser tratada de ese modo, exhibirse y arriesgarse...

Luego la rabia cambia de registro: ¿por qué no pueden dejarla en paz?

El tipo está en la fase «Parece que no se encuentre bien, ¿quiere que salgamos y tomemos un café? La veo tan pálida».

Y ella contesta tranquilamente: «A ver si revientas. Gilipollas. Me subirían los colores».

Se levanta y la deja, último intercambio de miradas, parece sinceramente herido, nada estilo gallito, más bien herido y avergonzado. A ella le sabe mal haber herido a un tipo que a lo mejor es legal.

Mira a su alrededor, un tipo le dedica una gran sonrisa. Otros están concentrados en sus libros, un crío saluda a la gente del andén opuesto, la madre le dice que se siente.

Ojeada a su reloj, no hace ni quince minutos que ha salido. Promete un montón, esta historia.

Una barra a todo lo largo del local, tonos rojos. Dispensadores de pajitas, mostaza y ketchup como en Estados Unidos. La camarera es monísima, embutida en sus tejanos negros. Largas zancas frágiles y algo vivo y vulnerable, como un Bambi escapado de la gran pantalla.

Nicolas la mira y ella le sonrío discretamente. Todas dicen que él tiene ojos de ángel. «Los hay con suerte», piensa satisfecho.

A su lado, tres muchachas con rayas negras en los ojos charlan pegadas a su móvil. Hay una que da consejos: «Tienes que ponerle a tono», y la otra machacando: «Tienes que darle algún toque para que te respete». Y se ponen a pensar a quién podrían llamar que supiera qué hacer esa noche. Llevan camisetas demasiado ceñidas, sujetadores modernos que hacen sus pechos casi agresivos.

Pauline entra, una de las chicas le da un breve repaso insistente, luego se inclina para decir algo en voz baja y las otras se vuelven antes de estallar de risa.

La gemela se sienta, se baja la falda para disimular las piernas al máximo. Luego suspira, abandona la idea y se hunde en la silla, los brazos colgando, la boca abierta:

—Es la última vez que salgo vestida así.

Nicolas abre su hamburguesa, saca los pepinillos y añade un chorro de mostaza. Ella reconoce:

—De acuerdo, hablé sin pensar, me he equivocado: no es tan fácil parecer idiota.

—Te sale estupendamente.

—Hasta ahora, cuando veía a chicas emperifolladas pensaba que no era nada práctico y que requería un gran esfuerzo..., pero nunca me hubiera imaginado un follón de tal magnitud.

—Si se esfuerzan tanto, es para que las respeten.

—Conque hacerse respetar, ¿eh? Joder, vas por la calle y es una aventura cada quince metros. Todos te observan. Y es un coñazo sin el menor sentido: no me dirás que, con el pretexto de que llevan falda, las otras chicas incitan a que las violen en grupo doce veces al día. No consigo entenderlo.

—Podías haber tomado un taxi.

—Naturalmente, mejor no salga, todo solucionado. Visto así, la vida es una auténtica maravilla. Ya tengo bastante. Es la primera y última vez que bromeo con esto.

Mañana voy a comprarme trapos normales y tomo el metro sin que me jodan.

—¿Dijiste que querías un anticipo?

—Exacto.

—Entonces te quedas con esa ropa. Y te vienes conmigo a la cita.

—Ya vale, no soy una puta.

—No, pero si te pones en plan mujer, duplicamos todas las cantidades.

—Son chorradas. La otra noche fliparon sin que tuviera que...

Él levanta la mano, significa que no hace falta que siga.

—De acuerdo, es inútil. Les da absolutamente igual. Además, Claudine les importaba tres pitos. Los que llaman para verla sólo son tipos que quieren conocer su punto de vista sobre Heidegger o las tendencias del movimiento grunge...

Llega la camarera, libreta en mano. Pauline abre la carta negando con la cabeza, aún no sabe qué va a comer, la chica se aleja ipso facto. Parece obstinada, la frente pequeña, el cabello brillante y perfectamente ordenado. Nicolas observa cómo mueve el culo mientras limpia la mesa.

—¿Vas a dejar de mirar así a las chicas? Joder, es insultante.

—¿Tener un buen culo?

—Que te miren como si fueras un bistec en un escaparate.

No le da tiempo definir la idea, la voz estalla a sus espaldas:

—¡Claudiiine!

Nicolas ha reconocido a alguien, se ha puesto lívido. Ha mantenido el frío en la sangre, murmurado en voz baja antes de que se presente el tipo:

—Ha llegado el momento de ver cómo te las arreglas.

Una mano le salta al cuello, la palma es calurosa, el abrazo insistente. Labios que la besan próximos a los suyos, la boca se pasea, abusa de su piel.

Ella espera que terminen, que el otro se levante para ver qué aspecto tiene. Su jeta es repugnante, da lástima de lo feo que es. Sus ojos son demasiado pequeños, como los de un animal tontorrón. Deja caer una mano en su hombro, tiende la otra a Nicolas:

—Philippe, Mamamúsica.

Nicolas devuelve el apretón de manos:

—Nicolas. Compongo para Claudine.

Destaca el nombre del resto de la frase, como poniéndolo entre comillas. Pauline se pregunta por qué coño pegan su trabajo al nombre con tanta espontaneidad.

Philippe le desliza la mano por la espalda, una caricia húmeda y posesiva, exhibición de familiaridad. Ella se lo piensa dos segundos, luego pregunta:

—Oye, ¿tan colegas somos, tú y yo?

Risa ahogada. Como si le hubiera hecho cosquillas. Le coge de la muñeca y le aparta brutalmente:

—Deja de tocarme si quieres que sigamos siendo amigos.

Él se frota las manos, adopta una sonrisa cohibida, medio balbucea:

—¡Pues vaya un cambio!

Lanza una mirada de socorro a Nicolas, ahora hundido en la carta, dos dedos en la frente, concentradísimo. El gilipollas de pie se encuentra desarmado como un crío abofeteado por su mamá sin comprender demasiado el motivo. Entonces se queda allí, cerca de la mesa, buscando algo que decir para arreglar las cosas pero no se le ocurre nada...

Pauline acaba sugiriendo:

—Mejor que te largues.

—¿Pero qué te habré hecho yo?

Él ni se molesta en disimular, hacer como que lo encaja. Se le ha demudado la cara, de la frente hasta la barbilla huele a vulnerable herido. Eso la enfurece, sacude la cabeza, señala a Nicolas y ruge:

—¿Ni se te ocurre pensar que pueda ser mi novio y que no tenga ganas de que me trituren como a una puta delante de sus narices?

—Pero yo no te he...

—Has armado un cirio. ¿Estás satisfecho?

Auténticamente furiosa. Nicolas carraspea, no sabe si troncharse. Espera que el tipo se largue, con la espalda tan encorvada como abombado tenía el torso cuando llegó. Nicolas comenta:

—Seguro que la quería. Parecía hundido.

—Seguro... Debe sobre todo joderle no poder pajearse como un puerco entre sus dos tetas. ¿Has visto cómo me fisgaba el escote?

Él asiente:

—Para una primera impostura, todo un exitazo, pero más vale, de vez en cuando, hacer gala de cierto tacto. Es importante no insultarles a todos. Además, me convendría que empezaras a espabilarte sin reclutarme para tus mentiras. No tengo especial interés en que me den por el culo.

Pero, en el fondo, le ha encantado esa manera de señalarle afirmando brutalmente: «No toques el territorio de mi hombre». Era estúpidamente cómodo adoptar ese papel.

A su lado, un tipo sentado en un taburete la mira con insistencia, la vista clavada en el escote. Pauline lo siente y se retuerce, huraña.

Perverso, aunque muy amistoso, Nicolas pesca lo excitante que es verla así sometida a todas las miradas y a la vez deseosa de evitarlas. Empalmadora y recalcitrante, aún más encantadora.

Desvía la conversación hacia otra cosa:

—¿Te has asustado?

—Estoy acostumbrada. Ya jugué a este juego durante toda mi infancia. Ocurría casi todas las semanas, alguien me paraba en la calle pensando que era ella. Ella nunca decía que tenía una hermana gemela. Entonces la gente no podía sospechar que la misma persona era otra distinta.

En la mesa de al lado las tres chicas leen los horóscopos con risas y gritos descontrolados. Se ríen con ostentación, para afirmar que están ahí y que hacen lo que les parece.

Luego Pauline hace la única pregunta que en el fondo le interesa:

—Entonces, ¿te has visto con la gente de las discográficas?

—Dos citas ayer, dos hoy. Tengo el móvil como loco... Estoy metido a fondo en ello, ni yo me lo creo.

—¿Y?

—Se están poniendo histéricos. Todos quieren que lo hagamos con ellos, y yo digo: «Vale, chicos, pero no podemos estar en todas partes... Entonces, ¿qué proponéis?».

A ella le hace gracia. Se le ve encantado con todo eso. Se ha puesto en marcha para explicarle con lujo de detalles a quién ha visto y de qué han hablado, ella corta su impulso:

—Entonces, ¿cuánto sueltan?

—No es tan fácil.

—¿Pero te habrán dado una cifra?

—Deja de comportarte como una bestia, como si no hubieras comido en dos meses. ¿Tanto te apasiona ese anticipo? Hay otras cosas que considerar.

—Para mí sólo cuenta el anticipo. Quiero saber cuánta pasta esos cabrones están dispuestos a patearse cuando les da un capricho.

—Mucha. Les vuelve tarumbas ser varios queriendo lo mismo. Todos lo quieren como sea. Creo que podemos subir hasta unos cien mil.

—¿De golpe?

—Oye, no es seguro... Podría conseguirse, con un poco de tiempo, si hay suerte, si siguen entusiasmados... Y sobre todo si te decides a venir conmigo.

—De momento no.

—Tienes que venir, se les tiene que empujar, y no voy a ser yo quien les produzca ese efecto.

—La verdad, podrías arreglarte un poco.

Nicolas ha llegado a uno de sus temas predilectos: cómo gastarán el anticipo. Qué material, qué estudio, qué ingeniero de sonido, qué saxofonista... Siempre que se

ven, no habla de otra cosa, como si se estuviera construyendo una casa y tuviera miedo de pifiarla con los planos. Como si llevara mucho tiempo esperando eso.

Sobre la marcha, ella va asintiendo y hace unas preguntas: «¿Para qué sirve un ecualizador?». «¿Y con quién ha tocado antes?».

Se sorprende de sí misma, por fin ha ocurrido, dejar de sentir vergüenza y compasión. Sin la menor hostilidad proyecta mandarlo todo al garete. Ese disco que a él tanto le importa. No tiene la menor intención de grabarlo. Sólo sueña con el anticipo y con apalancarse en algún sitio esperando a Sébastien.

Nicolas puede seguir repitiendo «Cien mil parece mucho, y lo es, pero para la industria del disco tampoco es...», a ella le importa tres pitos. Se imagina en la orilla del mar, y Sébastien a su lado.

## VERANO

Con ese calor sofocante, no importa la ropa que lleve, siempre es demasiada.

Cada sábado el follón de la calle alcanza niveles extravagantes. Normalmente distraída por picos de ruido, Pauline se asoma a la ventana, explosión de colores en las aceras, gente que camina lentamente, se reconocen y se encuentran, cinco o seis en la esquina de un edificio, con cestas a los pies. A ratos se pelean y montan broncas, puede ir para largo.

Al instante, un clamor especialmente furioso, toma posición al instante, a ver qué pasa. Un coche de la policía parado, rue des Poissonniers, dos de la bofia se llevan a una mujer que vendía tela sobre un capó de coche, gente apiñada alrededor, cabreada, y la mujer resistiéndose. Los polis están nerviosos, y serán unos diez, pero eso no les impide sentirse igualmente gilipollas en un barrio hostil con demasiada gente en las aceras. Desde una ventana, han tirado un vaso. Pauline ha visto como se vaciaba la calle, cómo se alejaba la gente primero lentamente, luego corriendo, por el picor ha comprendido que habían lanzado gases lacrimógenos y ha cerrado las ventanas. La peste llegaba hasta las calles vecinas, ese repugnante olor a poli asustado que puede ser peligroso. En dos minutos eran veinte, uniformes azules apretando los codos, arrogantes a pesar de su inquietud, un tipo con sus niños ha ido a quejarse, exaltado, de que no era manera de hacer las cosas, le han acribillado a insultos. Pauline ha esperado que se diluyera el olor para abrir de nuevo las ventanas y asomarse otra vez, como tantos otros vecinos, y como la mayoría, para mirar a la bofia abajo, esperando que alguien se decida a acabar con ellos.

Bocabajo en la cama, ojea el correo de la hermana.

Cada mañana, la portera desliza algún sobre por debajo de la puerta. Es sorprendente la abundancia de cartas. Algunas son largas, otras simples notas, hay letras elegantes, otras encogidas o torpes, algunos giros conmovedores, otros estúpidos y hasta ridículos. Pero todas las cartas hablan de amor, a la hermana no le hablaban de otra cosa. Y no sólo de sexo, como pensaba Pauline. Amantes o pretendientes, tenía una buena colección.

Ella, que fanfarroneaba «Conozco a mengano, gano tanto, salgo con fulano», omitía hablar de todo un capítulo de su vida, nunca alardeaba de «Si supieras cuánto me quieren», y, sin embargo, era el único terreno donde hubiera podido alardear a tope lo que fuera. En un armario, Pauline ha encontrado enormes cajas de cartón llenas de esas cartas, de palabras de amor o de rabia, montones de sobres sin abrir, igualmente enterrados con los demás. El ardor de los amantes toma singulares acentos apilados de ese modo unos encima de otros. Las letras difieren, también ciertos pasajes, pero, línea tras línea, las cartas son idénticas de un hombre a otro, se repite el mismo estribillo «y nunca con otro mejor que conmigo», «le temes al amor, no debes», palabras, promesas y tiernas amenazas, «derrumbaré tu puerta si no me



contestas», y duros reproches a mansalva, «¿cómo puedes hacerme eso?», o quejas desdichadas, «si supieras cómo me pones», o amenazas, «has jugado conmigo, ahora sé cómo eres, te juro que me las pagarás».

Imposible encontrar el menor rastro de castidad en ellas; aunque no suelen confesarlo, sus piernas son magníficas, o bien sus ojos, luego viene el pecho o incluso su gracia o su cabello, ahora fascinan sus manos, embrujan, cuando no es su fuerza o su fragilidad. Algunos evocan su tibia almeja, tesoro escondido entre sus piernas. Nostalgia de ese castillo. Vaya gancho tenía.

Cada uno la toma para él, es evidente: está hecha para el que le escribe. La ve mejor que el vecino, la sabe, la conoce, ella le necesita. Y de diez en diez, repartidos a lo largo de años, se convencen de su verdad: está ahí para ellos. Y de uno en uno, mejor que los demás, cada uno sabría arreglárselas para hacerla feliz.

Siempre vuelve la misma frase, «¿Por qué tenerle miedo a la felicidad?», incapaces como son de comprender que ella rechaza esa ganga: pertenecerles y dejarse manejar. Incapaces incluso de plantearse que tal vez le repugnan, con tanta acumulación, que tal vez tiene buenos motivos para desconfiar, al encontrar siempre las mismas frases, en un hombre y en otro, y el mismo empecinamiento.

En algunos, perfectamente asumida, existe esa voluntad de «tenerla», poder enseñarla a todos los demás hombres de la ciudad, para que sepan quién manda, quién se jode a la más buena, y que ellos trempen por ella pero ella es para él.

En otros, igualmente asumida, casi como un regalo, existe esa voluntad de cambiarla a su aire para transformarla en su sueño más antiguo.

En todos, por fogonazos, existe esa conmovedora impaciencia, obsesivo deseo imperativo, de tenerla cerca. Hay cosas hermosas, giros magníficos, relativos a sus amores, alabanzas sublimes. Cada hombre ve a su Claudine y la describe magnificada. Hay miradas hermosas.

Y los hay más sórdidos. Y otros ingenuos hasta la exasperación.

Pero a ninguno, en los dos días que lleva con el correo, se le ocurre sospechar que su carta terminará clasificada en medio de tantas otras.

Esas cajas de cartón llenas de cartas acaban dándoles un tono especial.

Al leerlas todas de un tirón y viendo cómo llegan otras cada día, que alguien mete por debajo de la puerta, y oyendo ciertos mensajes dejados por ciertos hombres, Pauline imagina a su hermana acechada por todas partes. Y esas abrasadoras atenciones que provocaba tan a menudo debían de precipitarla en su soledad mucho más que la indiferencia.

Pauline palpa esa tristeza por primera vez, ser excesivamente codiciada y no codiciar a nadie.

Llaman a la puerta. Pauline se acerca discretamente, comprueba en la mirilla que se trata de Nicolas, le abre.

Él pregunta:

—¿Qué harías si no fuera yo?

—No abriría. Ocurrió precisamente ayer. Un tipo al que nunca había visto.

—¿No oyó que te acercabas para mirar?

—Sí. Le hablé desde dentro, dije que quería estar sola. Insistió, dije que no tenía las llaves, que estaba encerrada, que tenía que irse. Continuó insistiendo, le puse a parir y se largó.

Viendo la hora, Nicolas propone:

—¿Bajamos a comprar ahora que hay poca gente?

—No tengo ganas. Pediremos pizzas.

—Estoy harto de esas pizzas grasientas y de la bazofia de los yanquis. Muévete un poco, te vendrá bien tomar el aire. Además, tengo un montón de cosas que contarte.

Se ha puesto de pie y espera que le siga.

Pasada la puerta del súper, la temperatura es algo más fresca. Un niño llora, de pie en un carrito, a su lado el padre no le hace ni caso.

Nicolas le cuenta a Pauline lo ocurrido por la mañana entre él y la discográfica con quien han firmado.

Un individuo bien vestido procura torpemente llenar su bolsa con manzanas, no parece muy diestro.

Una señora manosea albaricoques, pone mala cara.

Otro husmea las bandejas de carne, muestra la misma repugnancia desconfiada.

Un niño ofrece su coca-cola del Kentucky Fried Chicken a todos los que pasan.

A la altura de las cajas, Nicolas escoge la menos concurrida.

Pauline pregunta, sólo para confirmar:

—Entonces, ¿funciona? ¿Lo ingresarán todo en la cuenta? ¿Cuándo crees que lo harán?

—No, finalmente hemos decidido hacerlo en varios plazos. Si no, corremos el riesgo de despilfarrarlo todo de una vez y lamentarlo luego.

Ha soltado su chorrada con la mayor seguridad del mundo.

—¿Has hecho eso?

—Sí. Pagarán en nueve plazos mensuales, así estaremos un tiempo tranquilos. Parece un pastón, pero se gasta tan rápido...

Detrás de ellos, una viejísima mujer jorobada habla sola. Lleva la cesta llena de natillas de chocolate de todo tipo y de comida para gatos. Está enfadada por algo, refunfuña, su pelo blanco parece algodón de azúcar.

Pauline tiene la cabeza hecha un lío. Nueve plazos mensuales. Ni por un segundo se le ha pasado por el coco que Nicolas pudiera tener una idea tan disparatada. Él le sonrío a todo el mundo, incluso lleva champán en el carro.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido hacerlo sin consultarme?

—Lo he hablado con el jefe esta mañana, me ha dicho que era lo mejor. Y como salíamos beneficiados, he decidido que...

—¡Qué pelota llegas a ser, una auténtica joya...! Te lo juro, desde que te conozco, empiezo a comprender por qué las cosas caminan patas arriba... ¡Joder!

Cuando se pone así, empieza a girar sobre sí misma y mueve los dedos. Lo mira todo a su alrededor para evitar verle a él, como si temiera no poder evitar pegarle a alguien. Le da a ratos, y él no sabe de dónde le viene. Le asustan un poco sus arranques y le jode bastante tener que soportarlos. Entonces espera que se le pasen esas incontinencias intestinales. Ella farfulla unos insultos más, luego decide:

—... de todas formas, que te zurzan con tus gilipolleces, yo no quiero regalarles nada, quiero mi pasta en metálico y de golpe... Mañana vas y cambias el contrato.

—De paso, aprovechas y te lo metes por el culo.

Ella ve que se ha pasado, rectifica ligeramente el disparo:

—Joder, Nico, ¿por qué lo has hecho sin decírmelo?

—Oye, guapa, haber venido... Hace tres meses que cargo con todas las citas porque a la señora no le apetece rebajarse, tres meses que hablo y, además, yo solo, y hoy no apruebas lo que he hecho... Si soy demasiado gilipollas para ti, no tenías por qué haberme metido en este lío.

Mientras habla, Nicolas va dejando la compra en el mostrador. El cajero sigue con sus gorgoritos, hoy anuncia un tubo de Lio. Luego exhibe un bote de salsa y le pregunta a su colega si sabe el precio.

Pauline murmura:

—Allá tú, te espero fuera.

En la acera, quiere encender un pitillo pero no encuentra el encendedor. Un tipo pasa y la saluda, ella ni caso. No quisiera echarse a llorar porque, francamente, daría la nota.

Hace diez minutos que ha entrado en el súper. Flipada total, cada cosa en su sitio. Todo había ido como augurado en sueños, incluso la suma había mejorado. Nicolas había hecho subir la subasta, se las había apañado como un jefe. Lo ingresarían todo en una cuenta abierta especialmente para eso, les parecía más práctico...

Ya sale, bolsas por todas partes. Sonrisa tímida, espera que esté calmada. Un tipo eternamente conciliador. Cuando a ella se le cruzan los cables, poco importa el motivo, lo toma como una especie de hipo, ya se le pasará.

Ella alarga la mano para ayudarle con las bolsas:

—Pásame la mitad.

Él no quiere:

—Deja, ya lo llevo yo.

Ella va detrás, ni una palabra. Nueve plazos. Eso ya no tiene ni pies ni cabeza. Sébastien estará en la calle en menos de tres meses. Es increíble cómo una simple noticia puede hacer tambalear todo de golpe. Son dos o tres palabras mal juntadas y todo se salpica, derrumbado.

Apoyado contra la pared, un hombre canoso chilla en su móvil, todos pueden oírle, se ha puesto morado de excitación, a ver si explota y se desparrama en la acera.

El ventilador sigue girando, Pauline se incrusta delante para recibir las caricias del aire.

Quinta cerveza sacada de la nevera, se siente un poco menos abandonada. Ya se le ocurrirá la manera de cambiar esa dichosa cláusula. La historia de siempre, cuestión de paciencia.

Nicolas corta ajos en rebanadas transparentes, como se lo vio hacer a los veteranos de *Uno de los nuestros*. Como de costumbre, se tira horas para cualquier cosa que haga. Ella renuncia a todo comentario, ya es algo que prepare la comida. De todas formas, la jode esa maldita lentitud para cortar cuatro verduras.

—Hay que encontrar a un mánager, para los conciertos... ¿Tú ya has estado de gira? Para mí, la peor nostalgia es ir en camión. El típico chisme que sólo aprecias con los años. Primero, te revienta que sea tanto tiempo, que estés incómodo, y siempre sale el soplapollas de turno que se precipita para sentarse delante... Pero años después lo único que te vuelve son los recuerdos de haberlo pasado pipa y de esos juegos estúpidos a los que sólo puedes jugar en un camión.

Es imparabile, casi se tambalea de entusiasmo. Ella asiente y se sienta frente a la tele. Y piensa: No pienso ver nada de nada, imbécil, te haré soltar toda esa pasta, de un modo u otro, y me las voy a pirar bien lejos de ti, te olvidaré instantáneamente, y tú, para consolarte de haberte tragado el marrón, podrás viajar en camión, ya que parece divertirse tanto.

Barullo en la calle, se asoma a la ventana para ver qué pasa. Siempre necesitas algún tiempo para enterarte, para distinguir entre el gentío quién tiene líos con quién, intentar adivinar por qué... Se ha escapado un canario, revolotea por toda la calle con aire asustado, se ha vuelto loco fuera de su jaula. Una infinidad de manos se alargan para intentar cogerlo, en su ventana la propietaria grita algo y luego dice que ya baja.

Ella vuelve a sentarse, manosea el contrato tipo conseguido en la discográfica. Lo lee otra vez. Nada de galimatías, de letra pequeña al final que te saltas sin querer. Todo está claro como el agua: te jodo por todos los orificios. Lo dice muy claro. Y el artista que se compromete a eso y el artista que se compromete a aquello. Y la empresa que se vuelve propietaria y no se compromete absolutamente a nada salvo a

ordeñar la vaca y beberse la leche.

Nicolas empieza a hacer una salsa donde echa sus tomates. Comenta todo lo que hace en voz alta, «fuego lento, si no se achicharra». Siempre que cocina se involucra a fondo. A ella, hay ratos que le da pena, pero enseguida cambia el chip: «¿A quién se le ocurre ser tan ingenuo y pedir las putadas a gritos?».

Un verano más bien desagradable. La blancura del cielo te destroza la retina y todo gira de golpe, trombas de agua se abaten contra el parabrisas y todo ennegrece en derredor como una noche que cae inesperadamente.

Sébastien está pegado a la ventanilla de la tartana, devora el paisaje. Sin distinguir exactamente si se muere por una enorme emoción o si simula para estar de acuerdo con la idea que se hacía de él en libertad cuando aún estaba dentro. Bosque a la izquierda, con árboles inclinados-tumbados en sentido único porque el viento sopla demasiado.

Hay más gente circulando, les adelantan regularmente. Como un ruido de olas mecánicas. La radio chisporrotea, destroza los graves, hace puré estilo groove.

El tío que conduce va demasiado pegado a los otros coches. Gilipollas. Acudía a la cárcel. Es lo suyo, visitar a la gente. También estuvo dentro, pero de eso hace mucho. Ninguna recaída, pero no ha recorrido ningún otro lugar de su vida. Una vez fuera, entendió que algo se había roto entre él y los que nunca habían ido. Ya no les respetaba demasiado, la impresión de que no entendían nada, que ignoraban lo esencial, que no habían visto nada. Podría hacerlo, no hablaría de otra cosa: la mujer, los guardianes, los otros detenidos, los vicios... Nada pasa por encima de su dolor, la niña de sus ojos.

Le ha propuesto llevarle en coche, todo un detalle. Además, a Sébastien le gustaba verle en el locutorio, por lo menos pasaba algo.

Una vez fuera, casi te jode conocerle. Letrero a un lado, ciento cincuenta kilómetros hasta París. Tomárselo con calma.

Cuántas veces, demasiadas, ha imaginado ese día. El exterior, retomar el curso de las cosas, reemprender ese mundo que funciona sin él. Estar fuera. Debería estallar de alegría para darle la bienvenida a su liberación.

Y se ha convertido en «eso». El tiempo es un asco y la tartana que no tira y que apesta a pies.

Tal vez sea eso, precisamente, lo que te hace sentir bien. Poder quejarse de las pequeñas cosas sin importancia que forman parte de una vida, estar algo mosqueado sin llegar a la desesperación.

—¿Así que tu mujer te espera en París?

Acritud al oír la pregunta. Sébastien se disculpa:

—Tengo pocas ganas de hablar. Espero que no lo tomes a mal...

—No, lo entiendo muy bien... Lo entiendo perfectamente.

Pero Pauline no le está esperando. No la ha informado de que le han acordado la condena, se supone que para sorprenderla. Pero, para ser sinceros, en realidad quería tomarse dos días. Y sabe muy bien para qué, lleva semanas dándole vueltas al tarro, imágenes extremadamente netas, mezcladas con recuerdos, que le sacan de quicio. Cada vez lo mismo, y de mal en peor.

Cuando lo haya hecho, se sentirá aún peor que ahora. Lo sabe por experiencia. Con todo, no puede evitarlo.

Se imagina con la jeta en el suelo, la cabeza pisoteada, disparos. Le gustaría que alguien le cogiera, le incrustara un cañón en la sien y le disparara a bocajarro. Eso le libraría de ser como es.

No quisiera tener que esperar.

«Es normal ser así, no deberías comerte el coco». Se lo decía un tipo de su celda, con los brazos cruzados en la nuca. Horas de charla juntos. No había sido necesario explicárselo con detalles, el otro lo había pescado en tres segundos. «¿La pequeña de rojo que vimos en el clip el otro día?». No había soltado el menor guiño de complicidad soez, ningún sucio comentario de tíos que hablan entre ellos del mismo orificio. Apenas había sacudido la cabeza, resignado: «Todo el mundo es igual, si no, ¿por qué iba a haber tantas putas?». Eso no tenía remedio.

Pauline está acodada en la ventana de su habitación.

Hay un jersey tirado, con la manga doblada, en la acera. Una mujer con velo está cruzando. Hay una bici atada al panel de sentido prohibido, lleva días ahí, sin ruedas. Las persianas mugrientas enfrente, los rótulos APUESTAS LOTO METRO del estanco, frutas y verduras en el número uno y un tío con boina barriendo delante. Los transeúntes dibujan montones de líneas diversas, trayectorias siempre distintas.

Nicolas se ha ido hace un rato. Mucho antes que de costumbre. Como ella no decía ni mu, ha acabado prometiéndole: «Iré a verles cuanto antes, para decirles que hemos cambiado de idea y que queremos cobrarlo todo de golpe». Ella apenas ha sacudido la cabeza: «Haz lo que quieras», como si el problema fuera otro. Ataque repentino de paranoia, nunca hubiera debido darle esa calada al peta, siempre le pasa lo mismo. Convencida de que sospecha algo, incluso de que se la ve venir. Así que ha procurado no alargarse sobre el tema. Lo retomará mañana, o más tarde, mantenerse prudente, no precipitar nada. Primero asegurarse de que no sospecha nada. Y sólo entonces verificar que hará todo lo necesario. Si mantiene la guardia, las cosas irán como ella quiere.

Suena el teléfono, tres veces, luego el mensaje, el mismo de siempre, señal, y arranca la voz, nerviosa histérica.

Ella corre las cortinas y vuelve a sentarse. Empieza a sonar otra vez el teléfono. Pinzamiento de cabreo en medio del vientre. Jura que descolgará apenas hayan grabado el mensaje, busca el enchufe a lo largo del zócalo, pero el nombre le salta al

tímpano:

- Soy Sébastien, ¿estás ahí?
- Sí, estoy aquí... Pero tú ¿dónde estás?
- Abajo. ¿Puedo subir?
- ¿Seguro que estás abajo?
- ¿Me das la clave de la puerta?

Le espera en la puerta, se pregunta qué coño estará haciendo abajo y cómo habrá adivinado que estaba en casa de su hermana. Primero se asusta. Que le vea con esos pelos ahora que no le da tiempo a cambiarse. ¿Pensará que está loca? Y lo que ha hecho, pensaba que no tendría que explicárselo nunca. ¿Se sentirá decepcionado? ¿Se pondrá triste? Le sabe mal estropear ese momento, el día del encuentro, que debía ser diáfano y alegre.

Recuerda sus labios pintados. Cuarto de baño, se limpia con la toalla, ojeada al espejo, demasiada pintura para él, una barbaridad. Y ya está aquí llamando. Se lanza hacia la puerta.

En sus brazos. Ese cuerpo entero que conoce, siempre recordado, se han hundido el uno dentro del otro, es como respirar de nuevo.

Agradecida de que primero la tome en sus brazos y se quede tanto tiempo pegado a ella antes de las preguntas. Que no piense nada antes de saber a qué suenan las cosas que ella pronunciará. Sólo se le ocurre decir: «Qué alegría verte de nuevo».

Luego vienen los gestos bruscos, deseo alimentado por tantas esperas, es la explosión. La coge en sus manos como nunca lo había hecho, igualmente enloquecido por tanto tiempo sin ella.

—Ven, Claudine, vamos a tu cuarto.

Se la lleva de la mano, se dirige sin dudarle hacia la habitación.

Ella le sigue. Eso empieza por la nariz luego el paladar la garganta medio pecho y hasta el fondo del vientre, la raja de pies a cabeza. Es una máquina que la golpea por dentro, desprendimiento que todo lo arrasa y anula, se ha despedazado contra el suelo, los miembros descuartizados y los huesos quebradizos.

Está callada. En la habitación él se sienta en la cama, la observa, destello de fiera en la mirada, media sonrisa, alegría brutal, la atrae suavemente hacia él.

—Hace tanto tiempo que espero este momento, Claudine.

Que vaya haciendo. Seguro que se dará cuenta de su error. A ver qué pasa. Demasiado incómoda para intervenir.

Ella se deja manejar. Él la desnuda muy lentamente, con precaución. Cada parte del cuerpo que descubre la devora cuidadosamente, con la mirada, los dedos, luego siguen la boca y la lengua. Ella nunca había visto esa cara. Atravesada por un deseo

frenético, una alegría devorada por la ira le estalla en la mirada.

Habría tenido que hablar antes. Ahora ya no es momento. No quiere que ocurra todo lo que tiene que ocurrir. No quiere saber más. Qué más da, se deja adorar como si fueran a despellejarla.

Aquello que ignoras del otro. Todas las cosas que ha callado.

Ella está de espaldas en la cama. Él de rodillas a su lado. Con una mano, le sujeta la cabeza para que se la chupe. Ha pegado la otra en su pecho, lo tritura febrilmente hasta hacerle aún más daño y, cuando ella intenta liberarse, siente su polla moverse más violentamente en su boca, la excitación un punto más alta.

Él la hace cambiar de posición, regularmente, sin decir nada. La coge para colocarla como le apetece en cada momento. Ella se siente como un parque de atracciones. Está a gatas, él corrige su curvatura y golpea en su vientre hasta tocar el fondo. Le abre bien el culo, ella echa un vistazo por encima del hombro, él está fascinado por ese trasero que palpa y le pertenece. Ahora tiene la mirada oscura y atenta, como si tuviera que enfrentarse a un nido de víboras.

Ella es una especie de ojo en el techo. Siente los vaivenes, los cachetes de la mano en sus nalgas. Pero es como estar ausente, o verlo de lejos. Piensa en otra cosa, en lo que dirá luego, en cómo él suele ser cuando le hace el amor. Piensa: «Se folla a mi hermana, está acostumbrado a esto. Y ella le vuelve así, loco de remate, irreconocible». Ella nunca le ha puesto así. No le gustaba que se lo hiciera con la boca, le ponía la mano en el cuello y la levantaba al rato, con una sonrisita incómoda. «No me apetece demasiado que me lo hagas».

La coloca otra vez de espaldas. Sube sus piernas a cada lado de su cuello, empieza muy lentamente, vaivenes en su vientre, mirada clavada en la suya. No es posible, mirándola como la mira, que no se dé cuenta enseguida. Luego acelera el movimiento, la machaca metódicamente, ahora sólo le mira los pechos, que se mueven de un lado para otro y, cuanto más tiemblan, más se la mete. Sale y entra tan rápidamente que le provoca un ardor casi doloroso.

Sigue con la cabeza en otra parte, «¿la visitaría a menudo?», cuando siente su cuerpo —imposible decir que fuera contra su voluntad porque ni se le ocurrió resistirse de lo impensable que era— ceder a sus avances. Él ha bajado el ritmo, a ella se le ha alzado la pelvis, y sus dos manos unidas en la espalda le han vuelto a colocar hasta el fondo. Él levanta la cabeza, como un corredor cerca del triunfo, y ella le oye decir: «Venga, zorra, te ha costado, pero siempre hago que te corras». Ella jadea. Durante un tiempo que más tarde no sabrá definir, está pegada a sus riñones, algo se le ha abierto por dentro que no conocía, un gran espacio infinito sensible y absorbente, formado por mil grietas. Él ha dejado de respirar, apnea, suda a chorros,



se la mete como loco.

Entonces ella reacciona, se libera de nuevo mentalmente de lo que está ocurriendo. Él suelta una especie de gruñido. El que ella conoce, el de siempre. Pero con ella es un leve estertor y hoy es un aullido. Por fin le cae encima. Derrumbado. Tiene el cuerpo sudado, pesa demasiado. Ella se libera lentamente, él pregunta: «¿Ya quieres que salga?», y ella dice que sí, se desliza hacia un lado.

Con Pauline también le gusta quedarse dentro un buen rato después del asunto.

Él le coge un seno, lo besa y murmura: «Tus tetas me vuelven loco». Sonríe y se levanta para ir a lavarse.

También suele hacerlo, limpiarse la polla en el lavabo e incluso echarle un vistazo.

Ella le oye cantar a voz en grito, al otro lado de la pared: «Estoy loco por ti», haciendo payasadas.

Ninguna dificultad para encontrar el baño. Igual que en su casa.

Asoma la cabeza en la puerta:

—Comería algo, ¿puedo echar un vistazo?

—Tú mismo.

—No te muevas, ahora vuelvo.

Ella está tumbada, los brazos en cruz. Sin embargo, tendrá que hablar. Conoce esa sensación, cuando la hermana coge lo que más importa. Es una vieja historia que había dejado de visitarla, se creía a salvo. Ahora que está volviendo, es familiar, nada especialmente agradable pero no lo puede remediar.

Se levanta, sin que él la vea, le observa moverse en la cocina. Prepara café, sabe dónde están los filtros y lo que hay en cada bote, también cuál es el del azúcar.

Vuelve a la cama. Él trae una bandeja llena de comida. Todo sonrisas. Se sienta a su lado, la besa en el cuello:

—Ya está, he salido. Antes de llegar a tu casa, no lo tenía muy claro... Pero ahora estoy fuera.

Y extiende los brazos, como para disfrutar del espacio y de todo ese aire respirable. Luego se inclina hacia ella:

—¿Cuántas veces te he hecho correrme?

Como una pregunta habitual. Pauline le atrae hacia ella, las lágrimas le suben a los ojos, le besa como lo haría si fuera simplemente ella con él. Él la rechaza, algo sorprendido, pero conservando toda su chispa:

—Espera, me muero de hambre. Atacaremos luego.

Y rompe a reír:

—Deja que me recupere un poco...

Él ha comido, ha hablado, sin darse cuenta de que ella ni se ha movido. Ella tiene

ahora un nudo en la garganta, imposible soltar una sola palabra.

Él habla de ella:

—Tendré que llamar a Pauline, mañana, antes de salir. ¿Has tenido noticias tuyas?

Ella niega con la cabeza. Él traga el último trozo de bocadillo:

—¿Habéis reñido?

A ella le apasiona la pregunta. Sigue sin poder decir lo que tiene que decir.

Él se estira otra vez, pegado a ella. De golpe, ella recuerda perfectamente cómo ha sido privada de ese cuerpo y de esa presencia para conciliar el sueño. Y que lo es todo para ella, la única dulzura de su vida. Siente llegar su mano directamente a la entrepierna. Ella se aparta, él la retiene riéndose:

—¿No pretenderás excitarme aún más, eh? Déjate de juegos, seguro que estás toda mojada.

—Quita.

Ella se endereza y enciende un pitillo, carraspea como si necesitara aclarar la voz. Y dice, sin la menor premeditación:

—Sabes que la señora Lentine, ya sabes, esa vecina tan legal, se ha muerto de golpe.

Al parecer, le importa tres pitos:

—Bueno, ya era vieja. ¿Cuándo te lo ha contado Pauline?

Ella sonríe, como si fuera una pregunta estúpida:

—A Claudine no le cuento los chismes de los vecinos, vamos. Sabes que hablo poco. Se derrumbó en la calle. Tiesa.

Él hace una mueca, como cuando no aprecia demasiado una broma:

—Nunca me habías hecho una putada como ésta. Y te recomiendo no pasarte.

Ella se frota el ojo, hace como si no lo oyera. Y continúa:

—Aparte de eso, esos gilipollas de la compañía del gas nunca mandaron a nadie para cambiar el calentador. Cada día me cagaba de miedo al abrir el grifo del agua caliente. Son la hostia, en serio, la hostia...

Él la coge del brazo. Ella tampoco conocía esa cara, a ver si le pega un meneo:

—Déjalo, Claudine. Si quieres que tengamos una conversación, escupe lo que tengas que decirme... Pero deja ese rollo.

Casi le tuerce la muñeca, ella baja la mirada:

—No sabía muy bien cómo decírtelo. Hace dos meses que ocupó su lugar.

14 de julio. Los críos se cargan un fusible con los petardos. Llevan tres días tonteando. Deflagraciones encadenadas, más o menos bruscas. Al principio te sobresaltabas: «¿Será un disparo?». Luego te acostumbras, como a cualquier cosa, y, además, con rapidez.

Tumbada en la cama, cae la tarde, las cortinas de la habitación siguen corridas.

Los muelles del colchón se le clavan en toda la espalda, en amplios y duros círculos. Así pasa días enteros, sin hacer otra cosa que escuchar cómo se pone en marcha el contestador, cómo se abroncan los transeúntes y cómo juegan los niños en la escalera. Su madre les llama otra vez, no escuchan, hasta que sube y reparte bofetadas. Ella permanece allí, bebiendo té con leche, encendiendo cigarrillos, poniéndose boca abajo para quemarlos.

La imagen emerge entre las otras, se despliega con toda claridad, se hace más presente que el presente. Ella está a gatas sobre la cama, él sigue con su camiseta blanca, la hace tumbarse de espaldas para que se la chupe con la cabeza hacia atrás. Parpadea para tragar, no pensar en nada, quedarse en blanco, ahuyentar esa clara sensación. Cada vez, ella nota que se crispa, ha dado en hueso. Esa vergüenza terrible, dura como una pared de un negro ruborizado.

Esta vez tampoco funciona, la cabeza le devuelve la imagen, la misma de antes, él le abre los muslos de par en par y guía su mano para que se masturbe, los ojos clavados en ella. Fascinado por su entrepierna.

Ella gira la cabeza hacia la pared, como queriendo mandar físicamente la imagen al carajo, que se vaya a obsesionar a otra.

Capas de emociones compartiendo un mismo cuerpo, pero aisladas unas de otras. La rabia y ser destruida, necesidad de él y vergüenza, un alivio, una agobiante tristeza.

No lleva las uñas pulidas, están desiguales y algo negras. Se levanta para lavarse las manos, fantástica espuma de la pastilla blanca, qué bien huele, deja que el agua tibia corra por sus manos.

El teléfono, otra vez, mordisqueo de náusea. Sébastien no para de llamar, no habla en el contestador, tampoco cuelga.

También llama a la puerta, se queda helada al oírlo, el corazón a mil por hora, no quiere abrir. Espera que se vaya.

Ya nada tiene sentido, las hormigas invaden el mundo.

Cuando se lo dijo, el otro día, él se quedó perplejo un rato. Antes de hablar, se ha puesto el pantalón y una camiseta. Una precaución bastante curiosa.

Ella aprovechó su silencio:

—Sería mejor que te largaras de aquí. Nuestras llaves están en casa de Armand. Ya te escribiré cuando estés allí.

—Espera, un momento... La verdad es que me gustaría enterarme...

—Por lo que a mí respecta, ya me he enterado bastante. Terminaremos la historia otro día, ¿te parece?

Clavándole la bolsa en las manos, le empujó hasta la entrada. Ninguna resistencia. Ella sintió cómo le subía la desesperación y su deseo de tantas cosas en el mundo, pero sobre todo de que no se fuera. De todos modos abrió la puerta, evitó su mirada y esperó que saliera. Se moría de ganas de retenerle y hacer como si no hubiera

ocurrido nada extraño. Cuando bajaba la escalera, ella se inclinó por encima de la barandilla para gritarle:

—Enhorabuena por el golpe de riñones, gilipollas, todo un récord.

Portazo.

Está sentada en el sofá. En realidad, se lo estaba oliendo. Lo más inaudito es lo que se disfraza de absurdo. Nunca lo ha sospechado con claridad: «¿Habrá ido a visitar a mi hermana?».

Pero ahora que lo sabe, incluso puede recordar cuándo empezó y llevar la cuenta de las veces que vino. Además, su coco siempre se las arregló, a sus espaldas, para no atar cabos, para no enterarse. Imprescindible no saberlo.

Estaba mejor así.

No les dio de repente. Naturalmente, las primeras semanas en que Sébastien y Pauline estaban juntos, la hermana hizo lo de siempre. Mariposeaba a su alrededor. Cuando tenía que agacharse para pescar algo que él tenía al lado, ella, por casualidad, llevaba una camiseta escotada. Cuando él hablaba de un grupo que le gustaba, de casualidad —«¡Es increíble!»—, y se le iluminaba la mirada al decirlo—, era su grupo «favorito». Si hablaba de un país que quería visitar —«¡No puede ser, Pauline te secuestra!»—, ella también quería ir, y hacía tiempo. Le mimaba, le pasaba libros, le dejaba una cinta, una película que no podía perderse.

Puras artimañas. No exclusivamente cocinadas para joder a Pauline, para robarle a su novio. Ponía la primera siempre que aparecía un hombre. Le entraba una inquietud que debía aliviar imperativamente. Ella tenía que existir, por lo menos en una de esas miradas tenía que desviar una erección, comprobar que seguía allí.

Y hasta Sébastien esos tejemanejes siempre habían dado resultado.

Un día, aún no tenían quince años, Pauline se acuerda perfectamente, era su primera historia de verdad. Con un chico dulce y tristón, que parecía hecho a su medida. Llevaban varias semanas cogiéndose la mano. En el jardín de los padres, una mesa blanca de plástico con sillas destrozadas. El chico no caía en la trampa, parecía no enterarse, o tal vez pasaba. Claudine perdió los estribos, exasperada, acabó suspirando «joder, qué calor» y quitándose la camiseta, luego clavó su mirada en él, sonrisa de puta. Él se puso colorado, desvió la mirada. Ella se había tumbado en la hierba, se acariciaba los pechos como si fuera algo natural, se acariciaba delante de él, exhibiéndose.

Algo más tarde, hacia el atardecer, charlaban, Pauline la oía decir: «A mí me gusta hacer el amor con hombres mucho mayores porque conocen bien a las mujeres...».

Y eso que nunca se había ido a la cama con nadie. El chico no sabía qué decir, acabó proponiéndole a Pauline: «¿Vamos a dar una vuelta a la ciudad?».

Les había dejado unos cinco minutos, el tiempo de subir a ponerse un suéter y cepillarse el pelo. Les vio sin querer desde la ventana de su habitación. Ella tumbada en la mesa y él entre sus piernas, con los pantalones en los tobillos.

Pauline se entretuvo un poco, cuando bajó, el chico se había ido y la hermana se encogió de hombros:

—Se ha cansado de esperarte. De todas formas, no es ninguna joya, ¿no te parece?

Era el primerísimo tío con quien hacía el amor.

Y a partir de ese día a Pauline le pareció normal que su hermana se hiciera a todos sus tíos. Tenía lo que ella no tenía, tenía aquello que necesitaban los hombres.

Empezó a llevar a casa por su cuenta a todos los amiguitos nuevos para que conocieran a la hermana y se fueran con ella. Hasta Sébastien, el primero que no quiso tenerla.

Con él, Claudine lo dejó correr enseguida. Tenían mal rollo. No se les podía dejar sentados en la misma habitación sin encontrarles insultándose.

Él no soportaba a Claudine: «¿Es que no puede cerrar el pico? Esa guarra imbécil sólo sabe fastidiar. Y además es espantosa, huele a puta de cincuenta francos».

Los dos primeros años, se veían raras veces, ella y él, nada había ocurrido.

Y luego Pauline se fue a un cursillo. La primera noche llamó a casa, todo iba bien excepto que el coche ya no arrancaba ni por casualidad y, precisamente, Sébastien hacía una sustitución en un barrio muy apartado. Le sabía fatal, por una vez que encontraba un curro no podía ir y ya había hablado con todos sus colegas, nadie podía prestarle un coche.

—Llama a Claudine.

—No.

—Deja de obsesionarte con ella. Es para pedirle su tartana, no para irte de vacaciones con ella.

—Me lo pensaré, ya encontraré una solución... Joder, por una vez que tengo un plan.

Los días siguientes, cuando ella le llamaba, nunca le encontraba.

A su regreso, le preguntó: «¿Dónde estabas todas esas noches? Nunca había nadie». Sólo por preguntar, por nada. Y él se puso furioso: «Iba a dar una vuelta, puedo ir a tomar un trago sin que me sometan a interrogatorio, ¿no?».

También dijo:

—Al final Claudine me prestó el coche.

—¿Habéis reñido?

—No, no... Tu hermana ha cambiado, es menos gilipollas. Por cierto que tengo que pasar por su casa. Me hizo un par de favores y le prometí cambiarle el faro. Creo que iré el lunes.

—Qué pena, el lunes es mi día de trabajo, no podré acompañarte.

—Ya, pero yo, si no, nunca tendré tiempo.

Y todo seguía como antes, salvo que durante semanas ya no podía besarle cuando coincidían en casa. Le ponía nervioso: «¿Nunca te cansas de no soltarme ni un minuto?». Por lo visto llevaba meses teniendo bastante, cuando antes siempre había sido cariñoso con ella. Le atacaba los nervios por cualquier cosa.

En aquellos tiempos, ella creía que estaba nervioso porque no encontraba trabajo. Tenía sus pequeñas crisis, desagradables.

Ahora lo veía más claro, las escenas caían justo después de las veladas pasadas con los amigos, noches blancas, naturalmente: «¿Te crees que nos tomamos dos copas y que luego nos retiramos? Pues no, pasamos la noche bebiendo y organizando el mundo para volver a colocarlo en el orden en que debe estar».

Y luego pasó todo. Los dos amantes dejaron de verse.

Recuerda también cuando Claudine se fue a París, noche de despedida para celebrarlo. Sébastien no quería ir, pero Pauline había insistido:

—Nunca vamos juntos a ninguna parte... Anda, pasamos un rato, sólo a tomar una copa, ver a la gente y también despedirnos de ella.

—No me apetece.

—Por favor.

Una vez allí, ella se encontró mal, una repentina migraña. Se había llevado aparte a Sébastien:

—Me voy a casa, pero tú quédate.

—Voy contigo.

—Quédate, me meto en la cama enseguida, tú, aquí, te diviertes.

Él volvió al día siguiente, ni una palabra. A partir de ese día, muy, pero muy precisamente, un espantoso decaimiento.

Y luego viajes para allá. Iba a París, por «negocios». Nunca le decía que se encontraba con Claudine.

Pero ahora lo sabe, siempre que volvía se ponía enfermo, algo verdaderamente físico, anginas o rabiosos dolores de muelas y desastres por el estilo, siempre que volvía.

Pero se llevaban bien. Entonces, ella no quería saber nada. No quería tener que cambiar nada.

Otra vez el teléfono. Nicolas, con una vocecita:

—No tengo la menor intención de romperte el contestador, pero estoy al borde del

pánico de tanto preguntarme a qué te dedicas...

Pauline descuelga por primera vez en tres días:

—Necesitaba descansar. ¿Y tú? ¿Todo bien?

—Mucho mejor ahora que te oigo.

—Puedo quedarme unos días tranquila sin tener que justificarme, ¿no? ¿Qué desgracia temías que me ocurriera?

—Que de pronto te volvieras amable. Me he acostumbrado demasiado, echaba de menos tus broncas.

Ella siempre finge mearse de risa ante su humor de cretino. Suele mantener la ilusión de que les va bastante bien, aunque Pauline siga refunfuñando.

Con tanta comedia, sin embargo, llega el reflejo. Olvida recordar que no le encuentra divertido, que no es feliz al oírle, que no tiene ningunas ganas de verle. Las réplicas se liquidan por sí solas, sin llamamientos al orden de la lucidez: lo hace adrede.

Nicolas carraspea, adopta el tono del tipo preocupado:

—Tendríamos que hablar...

Fulgurante subida de adrenalina: se nota que sospecha algo, invadido por un pánico enorme, le explota el pecho. Bloqueo total, máscara hermética. Adoptar la postura exacta de quien no tiene nada que reprocharse. Ella propone:

—¿Quedamos esta noche?

Él acepta. Como si nada, preguntas para saber más, averiguar motivos de preocupación. Ella se informa:

—No te veo muy fino, ¿tienes que decirme cosas pesadas o qué?

—Poco agradables de contar. Tampoco tiene por qué preocuparte. ¿Paso sobre las ocho? Me quedaré sólo un rato, luego tengo una fiesta.

—¡No me digas! ¡Puedo ir contigo!

Breve silencio al otro lado, luego un suspiro de Nicolas:

—¡Llevo tres meses insistiendo para que me acompañes cuando salgo y te decides ahora!

—Llegó el momento, me harté de no ver a nadie. ¿Por qué es más inoportuno hoy que ayer? ¿Sólo para joderme?

—Nos vemos luego, ya hablaremos. Ya veremos si seguirás con ganas de acompañarme.

—¿Quién sabe?

Él suelta una risita de lo más verdosa asquerosa y cuelga.

Ella no sabe cómo tomárselo. Se inclina más bien hacia la opción: falsa alerta, quiere hablarme de otra cosa. Pero sin perder de vista otra posibilidad: es bastante tramposo como para tranquilizarme, sólo para putearme esta noche. Sobreestimar al enemigo, no dejar de pretender que puede ser tan listo como ella. A ver si sólo pretende hacerse el listo...

Debe sacar de algún sitio la voluntad de ir a la fiesta con él esta noche. No le

apetece lo más mínimo. Sólo que debe salir de aquí. Romper el círculo cuyo núcleo es Sébastien, obligarse a estar distraída, interrumpida en su delirio.

Desearía que Sébastien estuviera allí y matarle a insultos.

Repite en espiral todos esos reproches que quiere hacerle. Los chilla en voz alta, como si él estuviera presente. Alivio, inmediatamente seguido por una nueva subida de frustración que excita la puta herida. Más o menos consciente de sí misma, Pauline sabe perfectamente que deberá pillarle de otra manera. No consigue hacerlo, la atenazan y persiguen las sucias ganas de volver a lo mismo y de revolcarse en lo que duele. Como el que gusta del alcohol, que debería saber que le pone violento, no hay que beber, incluso él, francamente, preferiría no hacerlo. Pero si le dejas una botella al lado de la cama terminará dándole. Irremediable.

Su propia botella está llena de pesares, de remordimientos, de dolor de estar abandonada. No consigue evitarlo, mientras quede, seguirá dándole. Irremediable.

No tenía que haber estado allí. Ese dolor como todo un mundo que se derrumba brutalmente. Esas cosas tan sólidas que nunca iban a desaparecer se convierten en borrosas de golpe, te atacan repentinamente.

Mejor no haber estado. Ella se lo ha buscado por no avisar a Sébastien. Es ella la culpable del desastre.

Y ella, también, cuando la follaba como a una zorra, se puso a jadear y él la oyó.

Tanto el uno como el otro, echándose en cara cosas que debían mantenerse en secreto.

Se pinta frente al espejo. Piensa en Nicolas, en cuando llegó ella, en cuando le daba consejos mostrándole las chicas de las revistas. Tiene ganas de verle, no deja de sorprenderla. Espera impaciente su llegada, que cuente sus chorradas.

Pensando en ese famoso anticipo, se le ocurre una idea, la única razonable en ese momento: ese disco lo hará de verdad.

Mejor que largarse con la pasta ella sola y sin demasiadas ganas de plantarse en ningún sitio, se quedará en ese piso, irán al estudio este verano. Grabarán algo bueno, los dos.

La ventaja de la inocencia es que les permite a los demás cometer errores sin hacer sufrir, y eso les deja tiempo para recuperarse un poco.

Se concentra para pintarse los labios, dibujar bien el de arriba, sin salirse. El color le parece francamente asqueroso, se lo quita al momento. Abre todos los pintalabios, uno detrás de otro, para intentar encontrar el bueno.

En voz alta, para sí misma, comenta:

—Pero, si lo hacemos de verdad, habrá que cambiar un par de cosas...

Le ha dejado decidirlo todo pensando que era una broma. Él y sus gustos de mierda, siempre ideas excéntricas, sólo que los demás tienen exactamente las



mismas. Para el título y la portada, para unos trozos de canciones.

Hace el balance, mentalmente, de todo lo que ha dejado pasar cuando aún pensaba...

Se mira en el espejo, está lista. Lo ha hecho todo como es debido, se ha tirado toda la tarde.

Y pintar las uñas, y afeitar las piernas, pulir las durezas de los talones, lavar-secar el pelo luchando para estirarlo, depilar las axilas, extender el maquillaje, pintar los ojos, perfumar el cuerpo... Curro general, debe estar perfecta.

Después, escoger lo que mejor le sienta al cuerpo, al tiempo, a la moda, a la ocasión.

Un último vistazo, todo perfecto.

Retorciéndose para todos lados para verse de espaldas, de perfil, comprobar que todo funciona, constata en voz alta:

—Puede ser la hostia, eso de grabar.

Qué estúpida no haberlo pensado antes.

Él llama a las ocho en punto. Pack de cervezas en la mano, va directo a la nevera para enfriarlas.

—Vienes poco locuaz hoy.

Va con aires de listo, pero se nota que no las tiene todas consigo. Con toda evidencia, hubiera preferido encontrar a otro en su lugar para hacerle largar el rollo. Pauline le deja apañarse para tomar impulso y sacar eso tan pesado que debe decirle. Ya sabe que no tendrá nada que ver con: «Entonces, pequeña zorra, ¿has planeado plantarme y escabullirte con el anticipo?», porque no se esfuerza en parecer incómodo.

Se sienta y abre una lata. Ella enciende la tele y empieza con el zapping. Topa con una peli en blanco y negro, un panadero que ha perdido a su mujer. Es el final de la historia, ella ha vuelto. Un sacerdote le pega un sermón. Y la manda a casa del marido. Que se muestra muy cariñoso. Pauline está fascinada. Ni siquiera triste. Lo recuerda, cada vez que ha visto a gente llorar por eso, o ponerse enferma: «Los estoy viendo a los dos...». Y por qué da tanta pena si a todo el mundo le pasa alguna vez.

El panadero se mete con el gato y la mujer llora. Parece inmensamente desolada. Pauline comenta:

—¡Qué suerte, tener un marido así! ¡Tan cariñoso!

Nicolas no está convencido:

—Tal vez se lo hubiera montado mejor quedándose en su gruta con el guaperas. De todas formas, a las chicas nunca les gustan los tíos que las miman. Si no, tienes que machacarlas antes. Y entonces se acabó la ternura.

—Deja de decir chorradas y déjame ver el final de la peli.

—¿No la has visto nunca?

Es el temor al engaño, en el sentido corriente del término. Lo que se ha roto, entre Sébastien y ella, es toda la confianza que ella tenía en todas esas cosas que sabía de él, que nunca cambiaban y que le gustaban. Todo ese respeto hacia quien pensaba que era. Su confianza le debe de haber pesado toneladas. Esas ideas forjadas por ella, que le ha endosado, y quieta ahí, si no te quedas sin nada. Y gracias a eso ella iba trampeando, le dejaba en paz mientras le mentía. Mientras respondía al fantasma que ella imponía.

Titulares, zapping. Nicolas trae dos cervezas más.

Anuncio de una película, en una oficina, un tipo lo deja todo patas arriba. Chilla: «La he estado esperando toda la noche». Un colega intenta calmarle. El tipo enfurecido explica: «Le he preguntado: ¿Me engañas con alguien? Y me ha contestado: ¿Ahora te enteras?». Pauline declara:

—Me la tienen jurada. ¿Lo has montado tú?

—¿Por qué? ¿Qué te pasa? ¿Es que llevas cuernos?

Vuelta al zapping, no contesta. Las cosas se están poniendo feas, a qué viene tanto rollo. Imprescindible no hablarle de Sébastien. Por suerte, Nicolas está bastante obsesionado con su historia de lo que debe decirle y no está para más preguntas.

En la pantalla de la tele un negrata con estrellas en las gafas y subido en sus botas de montaña canta meneándose de un lado para otro. Las cámaras filman por detrás a unas chicas que bailan, vistas por debajo y con el culo encuadrado a tope. Pauline pregunta:

—¿Qué coño te pasa? Cuando nos vemos, no puedo ni respirar de tanto que hablas.

—Me siento más débil que de costumbre.

—No me estoy quejando: en realidad, te prefiero relajado...

Pensaba que eso le pondría en marcha. Es adicto a los rollos idiotas y vacila a la primera. Pero no acaba de arrancar esta noche. Finalmente, se le ocurre decir:

—Vas mejorando tu sentido del humor últimamente. Por lo menos, habré servido para algo.

Lo pronuncia en tono de broma, hay que mantenerse digno, pero no consigue esconder su preocupación. Entonces Pauline decide facilitarle las cosas:

—«Por lo menos, habré servido para algo», ¿qué quieres decir?

—Te he tomado el pelo.

Unos segundos más sin atreverse a decirlo, pone cara de pena, seguro que sabe que le sienta bien y que no es la primera vez que utiliza el truco. Lo suelta todo de golpe:

—Son chorradas: no tenemos discográfica, tampoco grabación, nadie ha querido firmar, así que nada de anticipo, en realidad estamos exactamente igual que el día que nos conocimos. Eran historias, no sé decirte por qué, y además era evidente que te enterarías en algún momento...

Y enmudece, mira el piso entero como si tuviera que hacer obras, detalladamente,

las ventanas, el techo, el fregadero. Le deja a Pauline un tiempo para asimilar lo que acaba de decirle.

Ella quiere detalles:

—¿Cuánto tiempo llevas con tus historietas?

Aunque sólo sea para hacer el balance del desastre, un breve estado de la cuestión, por si quedara algo recuperable ahí dentro... Él está derrotado, pero no le abruma los remordimientos: ahora que ha cantado, no le importa divertirse un rato. Recapitula:

—Justo después del concierto, estaban todos decididos, un negocio acojonante... Luego, en un momento, empezó a joderse. El lunes había cinco que querían firmar. El lunes siguiente, ya no tenían tiempo. Tenías que haber venido. No te lo digo para disculparme, te lo digo porque es evidente: si hubieras venido, otro gallo habría cantado. Fue entonces cuando empecé a pegártela cuando venía a verte. Primero, sólo un poco, cuando un tío me contestaba «Debería veros en el escenario», yo te decía «Tiene que discutir del presupuesto con el encargado».

—Tu «sólo un poco» me inquieta por lo «mucho» que nos espera.

—Hace casi un mes que nadie me contesta cuando llamo.

—¿Por qué me dijiste hace una semana que ya estaba todo firmado?

—Deben ser mis tendencias megalómanas. Te quedas anchísimo cuando explicas lo bien que te lo montas, incluso sabiendo que son farfollas, te sube la moral... Tenía buenas intenciones, creía a machamartillo que todo iba a desbloquearse de un día para otro.

—Y, entonces, ¿de dónde sacaste la pasta que me diste?

—Me la dejó mi madre. Tranquila: no la necesita para pasar el mes.

—¿Por qué me lo cuentas todo esta noche?

—Lo decidí la otra noche, cuando te cabreaste por los plazos. Recapacité. No puedo seguir llevándote al huerto mucho tiempo...

—Estoy harta de tanta sinceridad, en serio, prefiero las mentiras.

—Te informo que me pasa lo mismo. Si no hubiera estado seguro de que acabaría mal, podría haber seguido con mi rollo durante diez años sin cansarme.

Va a por dos cervezas, se regodea, y sigue:

—Te lo digo, para mí era una situación perfecta. Tú aquí encerrada, y siempre dispuesta cuando paso. Llego, te cuento lo que quiero, te doy cuerda un par de horas. Luego, te suelto unos cuantos consejos sobre cómo vestirte, comportarte, maquillarte.

Le pregunta, con el tono del que sabe que se lo perdonan todo:

—¿Estás enfadada?

—No. Te encuentro ridículo, deshonesto y patético. Pero no voy a fingir que me extraña lo más mínimo. Y la fiesta de esta noche, ¿estamos realmente invitados o forma parte del gran circo?

—No, llevo las invitaciones. Aún no somos definitivamente indeseables.

—¿O sea que no pasamos de una leve desgracia? ¿Voy bien?

—Uno pasa de moda en un tris.

En realidad, le costó bien poco hartarse de ese coñazo de contrato. Se ocupó seriamente del asunto un par de días, convencido de que soportaría el esfuerzo. La cabra siempre tira al monte. Y su monte es no dar golpe. Se olvidó de una cita a la primera, llegó completamente zombi a la segunda, y contestó fatal en la tercera. Se quemó en un visto y no visto. Sin extrañarse ni comerse la olla.

Ella va hacia la nevera, se agacha:

—¿Ya hemos vaciado todo el pack?

—Si quieres, bajo a comprar.

—De acuerdo. Mientras tanto, voy a ponerme otro vestido.

—Ése está bien, te sienta estupendamente.

—No es lo bastante vistoso. Éste es un vestido que llevas cuando ya has firmado.

La sigue hasta la habitación, preocupado:

—¿Qué tipo de historia quieres ponerte?

—Un traje de cosmonauta, les parecerá elegantísimo.

Hurga en la pila de vestidos. Levanta la cabeza, sorprendida de que siga en la puerta:

—¿Puedo ponerme en pelotas sin que estés aquí?

—Vale. Ya bajo. Francamente, eso no cambia, te encuentro imprevisible. Pero no deja de ser un cumplido.

Es alucinante lo bien que ella se lo toma. Él da un portazo, va pensando que son una estupidez todas esas mentiras que te montas y encuentras espantosas, y apenas las escupes, nadie se sorprende. En cambio, otras cosas que parecían insignificantes provocan enormes catástrofes.

Ella se va poniendo los vestidos y observa. Aparta los seleccionados. Ha captado un par de trucos sobre lo que impresiona y deslumbra.

—Una noticia de la hostia, en serio.

Se lo había tomado a cachondeo, pero era la pura verdad: ha perdido todo lo que tenía, todo lo que era. Lo ha dejado todo atrás. Siente voracidad por todo lo que la espera. Ahora que es una nueva ella.

Suena el teléfono. No cuelgan, tampoco dejan mensaje. El contestador decide cortar cuando tiene suficiente. Nuevo timbrado a continuación. Desenchufa.

Derrumbamiento instantáneo de cualquier buen humor y deseos infinitos.

Taxi, en la salida de París circulan en medio de hierba, árboles, y los olores del paisaje. Por primera vez, Pauline reconoce tener morriña. Lugares sin diez mil

coches, donde el cielo se extiende nítido y transparente. Su ciudad, donde tomas el vermut en el bar de siempre, te encuentras con la gente sin necesidad de teléfono, citas o confirmaciones. Incluso sin rencores, sospechas o valoraciones.

Acaba de llegar a la fiesta y ya lamenta llevar ese vestido. Miradas clavadas, directas o disimuladas, encono total.

Se queda pasmada un rato: debe de ser una broma inmensa. Hay cámaras escondidas en los zarzales. Caricaturas apiñadas, zumbados y tiburones de todas las edades.

A su alrededor, todo es: «Oh, cariño, ¡qué guapa estás!», y dale con monerías y risotadas a cada paso, gente encantada de verse, escandalosa. Carrozas a montones, algo pasados de rosca. «¿En serio? ¿No conoces a fulano? Ven, que te lo presento». Se odian con ganas. Le hincan el diente al mismo pastel, entonces deben tratarse, pero sólo tienen en común esa voluntad de mangar, ni humor, ni religión, ni ideas, ni orígenes. Ningún parecido que permita disfrutar del placer de la compañía. Han caído ahí por pura obligación, hostiles y desencajados. Pero ojo con el pacto: el primero que toca mi parte, a ese le mato.

Una superfiesta de mierda, con un lago y barquillas en medio, un buffet con mil colores, y bebercio por la jeta a voluntad, un montón de jovencitas engalanadas para embellecer con vicio el decorado.

Con tanto mogollón, Pauline y Nicolas aún no han conseguido tomarse una copa en el bar y te tronchas viendo cómo se comporta toda esa gente engalanada, pura chusma ante la manduca. Ella le avisa:

—Te pareceré imprevisible tirando a pesada, pero no pienso quedarme más de diez minutos.

—Allá tú. Si quieres, te llevaré a casa.

Es la historia de siempre: cinco copas y se siente mejor. Tiene menos ganas de irse, les suelta cosas a los que pasan, tampoco están tan mal. Un poco contraídos, eso sí. Algo les paraliza la garganta, nada sale directo.

La flor y nata de los negocios, gente con trabajo, con pasta y vidas supuestamente de la hostia. Hay que tomarse una buena distancia para tener la impresión de que resplandecen.

Un tipo acaba de llegar y llama a Nicolas:

—Entonces, ¿esa maqueta?

—Sin novedades.

Pero el tío no escucha la respuesta, se impone:

—Y la señorita que está contigo, ¿no quieres presentármela?

Observa a Pauline, se la come con la mirada, a conciencia. Nicolas está esperando que la otra le mande a paseo, un rato más y se lo pasará pipa.

Pero es otra Pauline la que aparece. Francamente amable. Con lo bien que la conoce, Nicolas pilla entre dos sonrisas un leve fulgor de maldad en la mirada, le encantaría descuartizarle vivo.

Incluso cuando el tipo le exhibe su currículum, un modo de decirle: «Tengo los medios de conseguirte, sabes», ella permanece exquisita y amable. Poco propensa a usar el arma de la adulación discreta, que Claudine consideraba esencial en cualquier seducción, Pauline se muestra capaz, también ella, de tener al tío bien amarrado. Utilizando una distancia algo más fría, una paradoja, con su vestimenta. Un estilo que le pega.

Ahora que han sido presentados, el tipo se las ingenia para dar la espalda progresiva y cuidadosamente a Nicolas, excluirle sin más y dedicarse a la chica. Le pega un rollo mortal:

—Usted nunca pasó por el despacho. Nicolas siempre vino solo...

—Pensaba que nos haría hacer un disco y que no faltaría tiempo para vernos...

—Y puede que lo hagamos. Sigo muy de cerca todo lo que hace. Tiene talento, es poco frecuente.

Nicolas se aleja, cruza los dedos para que ese gilipueñas olvide contar en detalle su última visita a la discográfica. Acababa de fumarse un porro estupendo y se quedó carcajeándose estúpidamente justo cuando le presentaron al gran jefe. Ése le había alargado una mano varonil y responsable, afirmando: «Espero que sea pronto de los nuestros», y a él le entró risa. Imposible parar. Dejó el despacho partido por la mitad, sin siquiera despedirse.

Le da tiempo a oír al gordinflón en plan sutil y exótico:

—Con esos ojazos que tiene, merece la pena desplazarse para hablar de negocios...

Y captar la sonrisa que Pauline le dedica como respuesta.

Mentalmente, Nicolas comenta: «Como se ponga a interpretar, vais todos listos».

Fuegos artificiales. Se hace tarde. Nicolas no sabe qué hora es, pero con lo tieso que está, debe de llevar un buen rato rondando por ahí.

Una morena con aire de mujer fatal a la italiana ha decidido plantarse a su lado. Primero se ha roto los sesos para recordar dónde la había conocido. En vano. Ella remolonea a su lado, como les gusta hacerlo, va dando leves golpes de hombro a hombro, incluso le busca con la cadera. Él, sin embargo, intuye que si la tocara con la mano, ella daría marcha atrás, atemorizada, «ni se me había pasado por la cabeza». Eso es lo que le desanima cada vez e incluso le vuelve malvado. Quiere que la folle, salta a la vista. Pero no se sabe qué más quiere, que todo lo complica.

Entonces la deja con sus meneos. Él sigue disponible, a veces cortante y otras

tierno. Acaba por conocerlas. Siempre terminan cayendo. Cuando ya no soportan acercarse para ser cogidas y poder decir «Pero ¿qué pasa contigo?», entonces se le echan encima.

Ahí les hace la perfecta réplica de David Lynch. Apenas ha podido meterles la mano entre las piernas, sin tener que currárselo demasiado, hacerlas balbucear «Tengo ganas de que me folles», por el placer de apartarse disculpándose «Otro día, hoy, realmente, no tengo tiempo».

Sólo llega hasta el final con las chicas fáciles. Es lo único que se la pone tiesa. Que estén dispuestas a irse a la cama en apenas diez segundos, simplemente porque tienen ganas. Y sin querer aprovecharse.

Tiene esa obsesión desde muy pequeño, por haber crecido entre su mamá, una mujer hermosa, y dos hermanas. Las charlas que ellas mantenían, tan estúpidas y viciosas como suelen serlo cuando confundes el culo con un instrumento de un poder retorcido.

La morena le habla de sus pechos, financiados por el ex. Para que los mire, incluso está dispuesta a que se los toque.

Pueden llegar muy lejos cuando un tipo no reacciona ante sus encantos. Las hay que se revolcarían por el suelo, frustradas.

En el fondo, Pauline entra en su campo de visión. La gente se ha puesto en fila para mirar los chismes que estallan en el cielo. Está pegada al gran jefe. Llevan un buen rato hablando.

Nicolas piensa: «Buen trabajo», porque el tipo no parece fácil de abordar. Y la observa a distancia.

Tiene el cuerpo de Claudine. Un parque de atracciones para tíos, lleno de promesas de inolvidables vueltas por el sexo. Pero, poco acostumbrada a la compañía de los hombres, se olvida de remolonear y de pensar en su mercancía. Eso crea un defecto como una grieta, incita a sumergirse dentro. Una especie de aspiración de aire.

Van a buscar al jefe, le tiran discretamente de la manga, debe ir a un sitio, le murmuran unas palabras al oído. El jefe asiente, de acuerdo, luego se vuelve hacia Pauline y, antes de abandonarla, le apunta algo. Sin duda su número directo. Luego le alarga la nota y ella apunta a su vez, seguramente su propio número.

Al rato otro tío la pilla.

Nicolas se siente aliviado. El resto de culpabilidad que es capaz de inventarse desaparece al instante. No es tan grave que lo haya jodido todo con la discográfica. Tampoco es grave que no le apetezca nada pasarse horas pegado a un ordenador para componer otras canciones. Esa chica se apañará sin él. Posee el tipo de clase que crea el acontecimiento.

Más dotada que Claudine para abrirse camino «ahí dentro». De un lado, porque

sabe soltar su rabia sin problemas, mientras su hermana la cultivaba, dejaba que le golpeara las entrañas en lugar de enseñar los dientes.

De otro lado, porque Pauline mantiene la cabeza fría. Recibe los cumplidos como una deuda, un empeño ligeramente repugnante. No se entera de que gusta ni de casualidad y no pierde de vista lo que quiere. No espera nada de la mirada de los demás, les desprecia firmemente.

La está observando, de perfil, escuchando lo que le dicen y contestar con vehemencia, seguro que no está de acuerdo. A su alrededor algunos levantan la cabeza sorprendidos, ahora se está poniendo a cien. Luego irrumpen a carcajadas, asienten. La adoptan.

El chorras que la acompañaba hace un rato se acerca a Nicolas. Ha captado que la estaba mirando.

—Joder, ¡qué tía más buena!...

Nicolas no dice ni mu. El otro, pensativo, prosigue:

—Una pena que sea tan tonta.

Luego se vuelve hacia la morena y Nicolas aprovecha para estirar las piernas.

Unas horas más tarde, ya conoce al pequeño grupo que está con ella, se la ve totalmente a sus anchas. Se ha codeado con todos los conocidos de Claudine para aprovecharse. Se han cruzado delante del buffet. Nicolas le ha preguntado: «¿Cómo lo llevas?». Y ella le ha contestado: «Cuanto más gordo, mejor pasa». El desprecio la protege de todo.

Se va con ellos de la fiesta. Nicolas la ve desaparecer. Ella ni le busca con la mirada, ni se acuerda de él. Eso le entristece, pero conoce su revancha: «Si te hubieras acercado, ya te habría dicho adonde vais».

Noche, coche, va completamente zombi. París le parece una auténtica maravilla. Incluso se emociona un poco.

Iban a llevarla a casa, pero primero quieren tomar una copa e insisten en que les acompañe.

Va al lado de una chica que no para de piar:

—Existe una sexualidad que sólo puedes vivir con el alcohol. Beber también es eso: recibir lo que debía esconderse. De nuestro propio deseo. Por cierto, resultaba de lo más práctico ignorar esas cosas de uno mismo. Pero beber es obligarse a reconocer, es aclarar lo oscuro.

Es una pelirroja resplandeciente, que debía de conocer bien a Claudine y parece adorarla. A veces pone la mano sobre la de Pauline, o se la deja sobre el muslo. Le dirige miradas encantadoras y sonrisas especialmente cómplices. Le habla con las manos al conductor.



Pauline bosteza, luego estornuda ruidosamente en sus dedos. En aquella fiesta no paraban de darle vueltas a un compact con rayas de coca encima. Ha probado, primera vez, sin saber exactamente por qué. Ningún efecto, salvo estornudar.

La pelirroja sigue teorizando:

—Yo nunca habría sabido que me gustaba ser tomada como una perra si no hubiera probado el alcohol. El sexo con alcohol no es el mismo sexo que en ayunas, te aceptas mejor. De hecho, es una salvajada.

Ella insistió para que les acompañara: «¡No vamos a ir sin Claudine!». Y Pauline detrás, ya estaba harta de la otra fiesta. Ahora le duele la cabeza.

De pronto, le pide que le apoye:

—¿Verdad? Claudine, no dices nada, ¿qué piensas?

—Pienso que hablas demasiado. Si no...

Aprovecha las risas de los otros dos para callarse y que la olviden. La chica sigue dándole al pico:

—La primera vez que me corrí, estaba trompa perdida: el alcohol les abre el vientre a las chicas.

Nuevas carcajadas. Pauline suelta alguna, mejor no desentonar. Hablan todos de la jodienda con una soltura tan forzada que vulgariza cualquier chiste. Hubiera preferido que la llevaran a casa. Tal vez el bar quede cerca y podrá volver andando.

En realidad no era un bar, más bien una boîte.

Apenas han llegado, su nuevo amigo —cuyo nombre no conoce aunque él conozca perfectamente el suyo porque conoce a Claudine y parece apreciarla— le ha propuesto ir al váter para «otra rayita».

Finalmente, empieza a sentir algún efecto. Los pequeños detalles que hacen las grandes diferencias.

Cuando vuelven, los otros dos han desaparecido. Pauline pregunta:

—¿Dónde se han metido?

El otro entorna los ojos, en plan ultralúcido, y contesta:

—Se habrán unido a un gran club de encaje de bolillos.

Y se echa a reír, ella siente que debe seguirle el juego y se ríe.

Se quedan ahí callados. No hay casi nadie en ese antro y la música es una puta mierda. Debe de haber otras pistas de baile porque la gente va y viene sin parar. Es extraño que gente tan preocupada por estar en la cresta de la ola termine en un local como ése. Es como estar donde Cristo perdió el gorro en los años ochenta... Desde luego tiene delito. El tipo se levanta:

—Voy a dar una vuelta. ¿Te quedas aquí?

—Te acompaño.

No es que le apetezca moverse, pero un tipo se ha sentado a su izquierda, además

con su mujer, y no para de mirarla. No piensa quedarse ahí esperando a que se la meta.

Él enfila por un estrecho pasillo, hacia donde deben de estar las otras pistas de baile.

Se para en el rellano, mira, sigue su camino pidiéndole que le siga:

—Aquí no pasa nada.

Ella le pisa los talones. Nueva parada, esta vez un poco más larga. Ella decide acercarse para saber qué está mirando.

La primera vez que se masturbó, la primerísima vez, ya conocía la palabra y su significado, pero le costó unos días relacionar ambas cosas: lo que estaba haciendo y la palabra.

Ahí pasa lo mismo. Conoce la palabra: antro de guarrerías, y tenía una ligera idea de lo que significaba. Pero necesita unos minutos para entender dónde está y qué está ocurriendo.

A primera vista, ahora que está a su lado y que también mira, le recuerda más bien un cementerio de elefantes. Cuerpos enfermos, sufriendo y sollozando, miseria de muerte cercana, cuerpos blancos, deformes, en busca de alivio. Lamentaciones y murmullos saliendo de todas partes.

Necesita un buen rato para comprender que están follando. En fin, que va de sexo. Cuando lo has entendido, salta a la vista. Sólo parece extraño de entrada.

Merodean, alargan una mano dudosa, mujeres tumbadas y lánguidas sin convicción. Sólo gris, por todas partes, ninguna luz, nada de música. La gente se mueve lentamente, se abre camino entre los cuerpos.

Francoemente, esto es la guerra, justo después de la batalla, cuando los cuerpos siguen sufriendo y algunos piden agua cuando ya no queda nadie para ayudarles.

Primero, su ojo no había distinguido nada. Pero luego, poco a poco, reúne los gestos y comprende los detalles. En realidad, no es ni una juerga, ni tampoco jodienda. Es un asunto de partes genitales. En contacto. Exhibidas.

Una chica apoyada en la cama. Lleva corpiño y se le salen las tetas. Se la chupa a uno mirándole. Él no se ha quitado la camisa, pantalones bajados hasta las nalgas, planas y peludas. Lleva mal sus cincuenta tacos, carnes blancas y fofas, barriga redonda, parece enfermo y tiene las piernas flacas como las de un viejo. Se cimbreo hacia adelante. Poco empalmado, pero contento. Tiene la minga delgada y abovedada.

A su lado, tres tipos están mirando. No hacen nada, no dicen nada. Llevan el traje puesto y les cuelga el pito, que machacan apáticamente. Uno empieza a tocarle las tetas. Ella se pone a masturbarle, luego gira la cabeza y comienza a chupársela, sin

dejar de acariciar al otro.

Sentado a su lado, otro tipo se la hace chupar por una chica despampanante, la espalda de ella forma un triángulo impecable, está arrodillada entre sus piernas, succionándole a conciencia. Y él, nada de nada. Les observa una pareja. El tipo empieza a ponerse a cien. Va empalmadísimo. Pero no se atreve a participar. Busca la mano de su mujer para que le haga un favor. Ella lleva un traje beige de los que se ven en las comuniones. Dice que no con la cabeza, parece que no acaba de estar convencida de querer estar ahí. Y aún menos excitada. Él insiste, amable y firmemente. Quiere que entre en el juego. Le parece que si su mujer participa, él podrá tocar a las demás.

Pauline les está observando. Tiene un sobrino como ése. El chico debe de tener nueve años y siempre quiere que jueguen con él a unos juegos amuermantes y, además, es un plasta. Pero no se rinde, quiere que jueguen con él y puede tirarse horas insistiendo. Jodidos mocosos y jetas hostiables, algunos hombres siguen ahí.

La chica arrodillada lleva una larguísima melena que le llega hasta la cadera. Se pasa un poco, al estilo lo mío son las felaciones. El tío sigue blandengue pero juega con su cabeza, su pelo, sus tetas. Con las piernas abiertas, está entretenido.

Ritmos lentos, gritos reprimidos, gemidos sórdidos. Blasfemia obstinada y blanda, es una fiesta muy, pero que muy contenida. Subterránea.

De pie en la entrada, igual que ella, un tipo lleva cinco buenos minutos mirándola. Otro acaba de llegar, empieza a hacer lo mismo pero más insistentemente. De resultas, el primero se decide, se acerca, le mete mano a la teta, vaya gesto, decidido pero prudente: ¿cómo se lo va a tomar? Le rechaza, da la vuelta para salir. El segundo tipo la agarra al paso, le lanza una mirada suplicante. Parece un vagabundo pidiendo limosna de verdad, y a punto de atacar sin contemplaciones, de tanto que quiere lo que quiere.

Pauline le murmura al oído:

—¡Quítame las manos de encima o te mato!

En un tono severo, nada reposado. El otro se pone un dedo en la sien, le dice que está zumbada y se larga.

Antes de llegar la escalera, a su izquierda, una reducida sala oscura. Reconoce a la pelirroja, de pie y dejándose chupar por un viejales jorobado arrodillado entre sus muslos.

Cuando Pauline alcanza la puerta, la rubia anciana, tan amable al recibirles, le dice que lo siente pero:

—No puede salir sola de aquí.

—¿No puedo hacer lo que quiero?

Anonadada. Tal vez estrangule a la vieja, es lo más probable si las cosas no ocurren como quiere. El alcohol ha ido bajando, pero siente mejor la coca. Empieza a chillar, mueve las manos y amenaza:

—¡Ahora mismo me devuelves mi chaqueta y mi bolso, me las piro de aquí, y no tienes ningún derecho a retenerme!

La vieja quiere saber con quién ha venido, le sienta fatal que levanten la voz en su cubículo, Pauline no tiene ni idea del nombre del tipo con quien ha venido, no conoce a ese tipo que la conoce tan bien.

Con tanto alboroto, él termina apareciendo, les pide disculpas a todos, deja unas propinas alucinantes, la coge del brazo.

Calle, no está cabreado, incluso le divierte el número que ha montado, por una vez ocurre algo imprevisto. Propone acompañarla. En el coche, antes de arrancar, hace dos rayas más, le pasa una:

—No sabía que la coca te ponía tan lela.

—No es la coca. Si quiero salir, hago lo que quiero. No es un trullo, ¿qué se han creído?

—Como si no estuvieras acostumbrada. Podías decirme que estabas harta... ¿Tanto coñazo te daba?

—Sí.

Feliz como un niño, cambia de marcha y conduce haciéndose el loco:

—Es la primera vez que te veo inactiva cuando vamos de marcha...

Luego pone música, un sonido increíble, la pieza transforma el escenario.

La ciudad es enorme y elegante, llena de luces y gente un poco irreal por todas partes, aire por la ventanilla, fresco.

Eso sí que es vivir en la gran pantalla, tumbada en el asiento.

Claudine les acompañaba allí, y allí hacía cosas. En un ambiente tan apagado, ella, tan rubia y bulliciosa.

Y follaba con Sébastien. Él se la metía por todas partes, por todos los orificios, en todas las posiciones.

En la fiesta, hace un rato, un tío se le ha pegado y se ha puesto a hablarle de cosas que habían hecho juntos, cómo le había dado por el culo y metido una lámpara.

Hace exactamente tres meses que murió. Ya no siente ninguna rabia, al contrario, está descubriendo la gratitud. De cualquier manera, Claudine no podría estar más cerca.

Pauline no consigue entender por qué hacía todo eso con los hombres. Es una humillación para sí misma, una desgracia no saber protegerse. Para acabar sólo consiguiendo una porrada de malos recuerdos que vas arrastrando como una desgraciada.

El tipo la deja justo en la puerta de casa. La calle sigue desierta, queda medio raro. Está amaneciendo, ella sale del coche y él le alarga una bolita que acaba de encontrar en su bolsillo antes de despedirse amablemente. Debía de quererla un montón, a la hermanita.

En el rellano encuentra la puerta destrozada y ligeramente entreabierta. Primero se asusta, no sabe si entrar. Tal vez esperen a Claudine para hacerle quién sabe qué.

De pie frente a la entrada, inmóvil. Han arrancado el pestillo, una visión aterradora, por un momento se cree que ella es la puerta. Agarrotada, abierta, fácilmente destrozable.

De golpe, lo entiende todo. Le da un vuelco el corazón cuando le parece haberlo adivinado.

Entra. Estirado en el sofá, Sébastien con la ropa puesta. Va a sentarse sobre su vientre, le pone una mano en el brazo y espera a que se despierte.

Cuando abre un ojo, ella le pregunta:

—¿Vamos a la cama?

En el mismo tono con que se lo ha preguntado cien veces. Y él la sigue como lo ha hecho cien veces, grogui, frotándose la nuca, como si se hubieran dejado la noche anterior.

Acostados el uno contra el otro, se pone en su piel, es una vieja costumbre, sabe al momento dónde colocar el brazo, no es un extraño, es su propio sueño. Sólo lo ve a él, en primer plano, punta de hombro y punta de nuca, la envuelven su aliento, su olor y su piel, ella ha penetrado en su interior. Él dice:

—Me he vuelto loco esta noche, tenía que verte.

La honestidad de su cuerpo inmenso, todo bondad hacia ella, la coloca en esa única intimidad familiar:

—Te he echado tanto de menos.

Luego:

—Mañana hay que encargarse de una puerta nueva.

Luego se hace la dormida, él le acaricia la espalda con la mano, la apacigua. Ella en su interior le va suplicando: «Nunca más me dejes sola ni hacer lo que hice: cualquier cosa, nunca más me dejes libre de ir a ver qué pasa fuera». Piensa en las heroínas de los cuentos de su infancia, que seguían a los lobos con pinta de buenos, está saliendo del bosque, ha arriesgado algo muy serio, que no distingue muy bien, pero que presiente, unas cosas horribles que le sonrían. «Nunca me dejes volver ahí».

Le tiene confianza, sabrá retenerla, protegerla siempre, como lo hizo en el pasado.

Por la mañana, será el colocón, se acuerda de Claudine, que no tenía a nadie con quien dormir, despertarse y comportarse. Nadie a su lado preocupado por salvarla de lo peor.

«¡Qué calor! Cada vez hace más calor...».

Todas las ventanas abiertas de par en par y en la calle los mismos ruidos que en casa. Como si vivieran en la terraza.

Pauline está bocabajo, babuina sumergida en la almohada, con una pierna estirada y la otra doblada. Lleva un picardías de satén azul que le descubre el nacimiento de las nalgas.

Al lado de la cama, un zapato tirado, una camiseta hecha una pelota, un libro abierto y un envoltorio de Miko.

Sébastien cuenta los pitillos, da un vistazo al reloj y calcula si sería factible aguantar hasta el día siguiente sin bajar a comprar más. Suspira:

—¿No quieres ir al estanco? Te vendría bien tomar el aire.

Ella ni contesta. Él insiste:

—Siempre me toca a mí salir a comprar.

La otra pasando, revolcándose en su territorio:

—¡Mejor imposible!

Ella se da la vuelta, se sienta, coge la bandeja con todos sus trastos y enrolla otro peta. Hace la lista:

—También necesitamos pan. ¿Qué cenaremos hoy?

Sigue con sus cálculos, rascándose una picadura de mosquito:

—Vas y compras tomates y jamón.

Así transcurrió toda la semana, con destellos tranquilos, sin hacer otra cosa que ducharse, salir de la cama para ir a tumbarse en el sofá delante de la tele y beber coca-cola helada. Con el torso al aire, Sébastien se pasa horas en la ventana, no se harta de ver lo que pasa en la calle.

Y Pauline no se cansa de pasarle la mano por la espalda, por todos los relieves que tiene ese cuerpo de macho, sube hasta los hombros, es como acariciar su dicha. Una vena le sale de la muñeca y llega hasta el cuello, puede seguirla con los dedos durante horas, y luego apoyar la mejilla en su torso.

No se lo puede creer: tanto calor. Podía esperarle todo el tiempo, pensar en él todas las noches, incluso llorar de tanta ausencia, pero había olvidado la profundidad del bien que le hacía.

No volvieron sobre el tema. Salvo que no deja de besarla en la comisura del ojo o justo detrás de la oreja, la colma de atenciones, sobre todo que no le falte nada, y le repite cien veces al día: «Me volvería loco si te perdiera».

Tampoco habla de la cárcel. Cuando se lo pregunta, él contesta: «Ya pasó, ni me acuerdo». Cuando ella intenta averiguar en qué le habrá cambiado, no encuentra nada. Es el mismo, exactamente el mismo de antes.

Él ha escuchado toda su historia y le hace preguntas sobre Nicolas, «no me fío de los amigos de tu hermana», con cara de enterado. A ella le da risa, saltaría a la primera. No le gusta que se meta con ella, pero él insiste: «Y, luego, ¿qué hiciste?».

Se lo cuenta, los tacones, el maquillaje. Olvida mencionar los hombres de la calle. Y sigue, Nicolas otra vez, y todas sus historias. También la pesadilla de la otra noche, con los chorras de la fiesta. Se salta la historia de la boite.

Él la coge en sus brazos como consolando a un niño: «Ya pasó, se acabó».

Luego se pone depre toda una noche cuando se entera de que Claudine ha muerto. Pero de ese tema no se habla. Ella le deja en paz, tiende la ropa y mira qué dan en la tele.

Le deja tiempo para digerir. Ahora que lo tiene todo para ella.

Él le hace el amor igual que antes, encima de ella con sus besos, cariñoso y atento.

Ella comenta el viaje que podían haber hecho, ese con que tanto soñaba. Quiere enseñarle fotos de los lugares que podían haber visto. Él la rechaza amablemente: «Olvídalo, niña, no te hagas más daño».

Están viendo la tele, hay unos tíos haciendo striptease. Sébastien se queda consternado ante el espectáculo:

—¡Qué ridiculez!

Rompe a carcajadas al verles en tanga agitándose por ahí:

—¡Fíjate! ¡Increíble!

Al rato pregunta:

—¿Son igual de ridículas las chicas cuando hacen eso?

Como si fuera evidente. Pauline sacude los hombros:

—¿Y por qué iba a ser distinto?

Él señala la pantalla con la mano: los tíos acaban su número con el culo al aire. Ella echa una mirada:

—Todo es acostumbrarse, dentro de cinco años nadie se escandalizará, sólo les mirarán el tronco...

Suena el teléfono, es Nicolas en el contestador. Ella corre para coger el teléfono. Sébastien observa:

—Ése llama todos los días.

Y luego recomienda:

—Explícale que he vuelto. Que deje de hacer el moscardón contigo.

Debe de estar bromeando. Como Nicolas está cerca, ella le invita a subir para tomar una copa. Y cuelga. Al otro no le apetece:

—¿No podíais quedar en el bar de la esquina? Yo no quiero ver a nadie.

Ella no contesta. Él insiste:

—¿Por qué no le llamas para anularlo?

—Llamaba desde una cabina.

—¿Tan seco está que no tiene ni móvil?

—Está seco por todos los costados, en realidad. A estas alturas, son prejuicios. Seguro que le encuentras enrollado.

Apenas Nicolas entra en el salón, se le olvida.

Aquello que era tan natural, verle moverse entre aquellas paredes, ahora es algo incómodo y extraño. Cualquiera de sus gestos, desapercibido hasta entonces, se hace pesado y fuera de lugar ante la mirada de Sébastien.

Por silenciosa que sea, su desaprobación lo corta todo.

Pauline acaba preguntándose qué se debían de contar aquella larga temporada en que se veían a diario.

Repentinamente, tiene ganas de que desaparezca.

Le agradece que haya pescado el mensaje sin remolonear.

Agradecida, también, de que la abandone sin más, sin intentar atosigarla con preguntas. De que la deje simular que todo es natural.

Cerrada la puerta, Sébastien se sulfura:

—Con esa pose de mariquita blandengue, es toda una virguería.

—No es ninguna pose, ni tampoco quiere decir que sea blandengue.

—Es tan cagado que si fuera pose no se lo tragaría nadie. ¿Es que no tienes ojos? Todo encogido, chupado, parece un viejales.

A ver si se le pasa. Acaban riendo juntos.

Domada por su brutalidad. Esa crueldad que tanto aprecia en él, que le da ganas de ser su mujer.

Más tarde y con luna llena, Pauline mira cómo duerme. Le ha dejado mal sabor recibir a Nicolas y ser tan incapaz de defender lo que existía entre ellos sólo porque Sébastien estaba allí y le da miedo disgustarle.

Vuelven los recuerdos de la madre, cuando el padre le pegaba a Claudine. Ella suplicaba que lo dejara, se echaba a llorar. No podías ni siquiera plantearte evitar su potencia, había que sufrirla tal como era. Iban en el mismo paquete. El hombre y su violencia.

Pauline no era especialmente hostiable, pero lo recuerda perfectamente. Acurrucada en el suelo, empotrada contra la pared, con un cuerpo estúpidamente enclenque y los brazos cruzados sobre la cabeza. Él solo es el cielo entero, desgarrado en tempestades, trueno y ruge su voz, es un Dios iracundo. No son los golpes lo que más hiere, sino el castigo de resultar tan poco favorecido. Esa oscura rabia de los grandes, no llevas nada dentro para defenderte.

Mientras tanto, la madre tenía hasta el coraje de retener un brazo levantado y cerrado con el puño, reducía la dureza del golpe. Y cuando el padre se iba, ella se acercaba a la niña, «¿por qué le pones así?», y como la ira del hombre siempre merece ser justificada, hay que arreglárselas para no provocarla.



Allí mismo, Sébastien respira profundamente. A ratos, deja caer la mano sobre ella, un peso tranquilizador.

Es evidente, ella le tiene miedo y también eso la une tan claramente a él. Y si le tiene miedo, es porque es un hombre.

Él acaba de subir con la compra y lo coloca todo en la nevera. Vuelve a sonar el teléfono, no lo soporta y empieza a gritar «¡Otra vez!» cerrando a patadas la puerta de la nevera.

Ella decide descolgar para que no espere los tres timbrazos antes del mensaje.

Llama el gran jefe, «con su voz aterciopelada», dice que no está mal del todo. Sí, escuchó la maqueta. Le ha parecido interesante, en serio, incluso diría excepcional, y ¿no podrían cenar juntos, porque está a punto de irse de vacaciones?

Quedan y ella cuelga.

Sébastien pregunta: «¿Quién era?». Ella contesta: «Un amigo de ella», y se sienta a su lado. Tal vez no irá. Pero no sabe qué excusa inventarse si finalmente decide ir.

Nunca le mentía antes. Claro que antes nunca hacía nada.

Una birria de restaurante, por el estilo del de la fiesta. Pretensiones de lujo, magnífica iluminación, un montón de vajilla y camareros llenando los vasos antes de que se vacíen. Lo que le faltaba a Pauline para ponerse tiesa enseguida.

El gran jefe le pega el gran repaso, ese tío quiere protegerla a tope. Adorna su discurso con «vosotros, los artistas», no tanto para adularla sino para alimentar sus propios fantasmas: mezclarse con artistas y hacer de mecenas.

La devora con la mirada y escupe un cumplido tras otro.

Le ha explicado historias a Sébastien y se ha inventado una gran amiga en París, que está loca por verla.

Aburrimiento total. Como de niña en las comilonas de los mayores, cuando no le permitían ir a jugar.

Está entusiasmado y rebosante de alegría:

—Tiene una voz excepcional. ¿Ha estudiado canto?

—He ido al conservatorio.

—Ya me lo parecía..., tiene un verdadero don, y cuando un don lo trabajas, entonces, forzosamente, se nota enseguida... Martin me sacó de quicio, no supo darse cuenta y tuve que darle un toque... Pero no me hago ilusiones, lo que no hace uno mismo no tiene remedio.

Levanta la copa y ella se hunde en su mirada para brindar como tirándose a un lago helado. Luego le dedica una gran sonrisa. No le gusta ni su grasienta afabilidad,

ni su jodida autosuficiencia y aún menos su elegancia mugrienta. Mira a su alrededor y allí dentro todos son refinadísimos, tocan jazz como música ambiental. Observa a las mujeres: ¿llevarán bodys debajo para luego irse a chupar a viejales en locales de alterne? Todos los tíos parecen viejos y estresados, como si les faltara aire.

Así que el gran jefe quiere hacer el disco. Ni la menor idea de por qué se queda allí sentada sonriendo como una imbécil en vez de vaciar su copa, pedir el abrigo y largarse.

Tampoco es tan difícil. Quiere viajar lejos. Quiere que le caiga un buen pellizco y pegarse unas buenas vacaciones.

Él lleva la batuta, le suelta el rollo paternal y dice:

—Tenemos que encontrarte a un buen letrista.

—A mí ya me gusta hacer mis propios textos.

Él se pone sarcástico, casi se divierte:

—Ya lo sé. Pero hay gente que se dedica a eso, es su trabajo... Ya te presentaré a uno.

Ella insiste:

—Mis canciones me gustan como están.

—Además rebelde, ¿eh?

Una broma cojonuda. Se le pasa enseguida, se pone tierno, pero añade:

—Estaba bien en los años ochenta el rollo de «levanto el puño, que se joda el sistema y arriba la anarquía...». Pero esa historia ha dejado de funcionar.

Ella va comiendo lo que tiene en el plato y sigue callada. Una ensalada repugnante, medio pasada y presentada con pretensiones.

Él tiene análisis taxativos para todo. Lo está viendo, todas las mañanas, pegado a la ventana de su mansión de Neuilly, los puños en las caderas, levantando la barbilla y decidiendo «no hay más que hablar, es así, así y así».

Se pone en plan precavido antes de soltar su otra historia:

—Tienes verdaderos problemas con el sonido. ¿Quién hizo las composiciones?

—Nicolas, un amigo. Le prestaron el material y tuvo problemas.

—Me temo que no sea una cuestión de material sin más. ¿Es tu novio?

—No, es mi amigo, no tengo otro.

Le quita un peso de encima, se le nota a la legua. Debía de ser el único punto negro del mapa: si se va a la cama con ese tipo, será un coñazo largarle. Pero si no sobrepasan el terreno de la amistad, entonces no habrá obstáculos... Amigo, para él, no debe superar el nivel de la primaria, de cuando corres detrás de una pelota de fútbol. Luego, ha tenido que pasar a las cosas serias: a los otros, a todos los rivales que deben eliminarse.

Los camareros llegan para cambiarle el plato, y él sigue hablando, ni siquiera les ve. Ningún esfuerzo, es natural: hay gente agitándose por ahí para servirle.

Se pone preguntón, triste de antemano por la brutalidad de la pregunta a la que debe someterla:

—Y ese Nicolas, ¿te importa mucho?

—Muchísimo. Gracias a él, de todas todas, hoy estoy aquí con usted.

Se queda aliviado, porque hay que estar enterado de ciertas cosas:

—Tal vez le debas el estar aquí hoy. Pero seguro que con él no llegarás mucho más lejos.

—A mí me gustan sus composiciones.

No se lo cree ni ella. Lo sabe perfectamente: son una porquería, una chapuza, no se aguantan y les falta marcha. Pero el gran jefe sigue lanzado. Es evidente que no tiene ni idea, va de moderno melómano pero es, ante todo, un formidable mafioso. Sólo le interesa que trabajen los de su banda y que todo quede en familia. La quiere meter en su maquinaria, con los demás, para alimentarla.

Se inclina hacia ella, esforzándose para convencerla:

—Lo tienes todo para llegar a ser una gran dama. Haré lo que sea para ayudarte. Debes entenderlo: no se llega a la cumbre en grupo, tienes que hacerlo solita, y los que se quedan atrás, ahí se quedan. Así funcionan las cosas.

Ella farfulla un poco:

—Le necesito por un montón de razones. Le necesito para este disco.

El gran jefe hace que no con la cabeza y siente tener que decirle que la vida es muy dura:

—No necesitas a nadie. Los afectos son los afectos. Y el negocio es el negocio. No hay que tenerle miedo a trabajar con los mejores, y yo te haré entrar en su círculo.

Ella asiente y encaja. Piensa que es la primera vez que se ven y que ya tendrá tiempo para aprovecharse de él, sin nada a cambio.

Ya le cargan sus tópicos. Tiene ganas de preguntarle: ¿Y tú, cómo lo llevas, para no dejar de darle al pico?

Se acabó la comida y el gran jefe hace la gran pregunta, con sus ojitos achispados, y aire de tipo liberado:

—¿Sales mucho?

Ella le dice que no. Él está que ni se aguanta:

—Unos amigos me han dicho... Gente muy cercana, gente bien, no era para criticar o..., en fin, parece que vas a los...

Está balbuceando. Ella apaga su cigarrillo, a ver cómo se las ingenia el otro. Ya ha dado con la palabra:

—... los clubs de alterne.

Ella asiente. Él explica que también, de vez en cuando..., en el mismo tono con que diría «yo también pongo bombas, a veces».

O sea que se trataba de eso desde el primer momento. De paso, llama al camarero, saca su tarjeta del billetero, se lo piensa, la guarda y saca otra. Ella quiere otro whisky, él rechista un poco pero acaba pidiéndolo. Luego se supone que le propondrá salir juntos, justo a dar una vuelta.

Y va pensando en la blanca arena de las playas de los folletos de agencia que se llevó. Quisiera apoyar el culo encima.

# OTOÑO

Pauline sale del metro. Luz blanca, abandona las cosas grises y frías. Venden flores allí mismo, tenderete atiborrado de colores, fuera de contexto. La adelanta un patinador, estilo grunge blandengue, bien limpito él. Pasa una señorita increíble, con poses de pantera, botas altas piernas finas chaqueta de cuero blanco parece de otra época. Pasando a su altura, la chica le sonrío.

Le duele la cabeza, demasiados cuelgues acumulados, sólo se te pasa con el primer trago de vino.

Esperar para cruzar, el frío le sube por los brazos.

Ahora ya está acostumbrada a esas miradas que la escrutan cuando pasa. La tienen sin cuidado, incluso le sorprendería pasar desapercibida mañana.

Sesión fotográfica. Un estudio de estar por casa en los recónditos de un patio cutre.

El fotógrafo está resfriado, tiene mal día. Cuando ella ha llegado, la ha examinado con cara de entendido. En diez segundos, tenía decidido cómo había que «tratarla», ha dado instrucciones a la maquilladora y a la modista. Sin siquiera mirar a Pauline: «¿Qué te parece?». Se ocupa de todo. Ha encontrado una casilla donde meterla. Sólo falta borrar todo lo que no encaja.

Ella se queda mucho tiempo, sentada en una silla de cualquier manera, mientras una joven le pinta una cara nueva con sus potingues. Ésa tampoco le hace caso y chismorrea con su colega.

Así Pauline se entera de que les pagan una miseria, sí que empezamos bien, que el tipo se enchufa coca, cuando no la tiene es un infierno, y que fulano presentó el otro día una colección de lo más hortera.

Luego, le toca un repaso con la modista, le dice que no quiere llevar esos zapatos porque son horrendos y demasiado pequeños. La otra levanta la mirada al cielo.

Finalmente, se encuentra de pie frente a él. Él empieza por mostrarse desagradable:

—Tenía entendido que dominabas el tema del objetivo... Por lo visto Marilyn, a tu lado, parecía un petardo. Entonces, haz un esfuerzo, ¡joder!

Se siente tan incapaz de quedarse más tiempo en esa luz absurda que decide mandarle a la mierda.

Pero están zumbados.

Una visita para el fotógrafo. Desaparece diez minutos. Y vuelve todo pimpante, se frota las manos, pone música. Le dice: «Baila un poco, que te vea», y eso sí que sabe hacerlo.

El tipo se va calentando, da vueltas a su alrededor:

—Dame tu mirada, ahora, dámela.

Él ordena y ella ejecuta, la anima sin parar: «Así, muy bien, sigue».

Se acabó, le alarga mecánicamente la mano. Por fin en la calle. Se le revuelven las tripas. Humillación, deseos de tirarse a la basura. Cómo ha podido llegar a hacer exactamente lo que él quería que hiciera. Por qué no se habrá ido. Lo estaba sintiendo, mientras que daba parte de su intimidad, incluso la excitó de un modo asquerosamente conmovedor entrar en ese juego.

Le salieron unos gestos que nunca había hecho. Unas posturas de mujer lasciva que se rebajó a imitar. Le bastó oírle murmurar: «Dale, sí, muy bien», y sentirle revolotear cerca para exhibirse como una guarra. Como si fuera su otro yo.

La hostilidad masiva que solía provocarle ver a una chica que «no se respetaba a sí misma». Entonces lo tenía clarísimo: lo que uno hace, él mismo lo decide. Aún no sabía lo fácil que es dejarse arrastrar.

Se había atrincherado hasta el punto de no topar con ningún falso guía, a salvo de cualquier bocazas.

Ahora que ha dado un paso fuera, siente que todo se le escapa.

El recuerdo de Claudine la visita a menudo. Sus ascos cambian con el tiempo.

Cuando estudiaban, la otra se transformó en chica de golpe. Una mutación tan rápida como radical. Aplausos generales para recibirla.

Claudine, que hasta entonces sólo recibía bofetadas y no tenía ningún interés, era finalmente «una muchacha hermosa». Lo suficiente para que la aceptaran. Y no le costó comprender que sería suficiente para que la adoraran.

Ella, que había cogido la costumbre de quedarse pegada a la silla y pasar lo más desapercibida posible, había encontrado de golpe un chanchullo genial: hazte la mujercita, y podrás levantarte.

Y se lo había tomado en serio: dedicación completa.

Pauline asistía a la metamorfosis y a la celebración que la acompañaba como a una desviación de la realidad. Estupefacta, primero había esperado que toda esa gente despertara y se comportara como Dios manda. Pero toda la parentela se había mostrado unánime y categórica: estímulos generales.

En contrapartida, Pauline se había transformado en el único testigo divino de la niñez de ambas. No perdía la menor oportunidad de recordarle a la otra lo que era, lo que nunca debía olvidarse de ser. Lenta, patosa, tontaina. Idiota. De un modo desolador. Profundamente imbécil.

Claudine no se quedaba atrás, pillaba cualquier oportunidad para que la hermana volviera a lo que era: nada atractiva, nada amable, un adefesio sin interés y ni siquiera agradable.

Para llegar a la discográfica, conoce el camino al dedillo. Con el tiempo que pasa allí dentro para ver eso, solucionar aquello, hablar con fulano y firmar historias.

La telefonista es siempre amable con ella. La cree idiota, como todos los de la casa. Nadie se molesta en hablarle, todos están al corriente: tiene un cuerpo que quita el hipo, pero le falta cerebro.

Al principio era desconcertante, captar miradas huyendo hacia el techo siempre que pronunciaba una frase, y risotadas mal contenidas apenas opinaba sobre algo. Siempre que abre la boca, la gente está pendiente de la barbaridad que por fuerza tiene que soltar. Incluso «¿Podría tomar un café?» es motivo de pitorreo.

Y eso que, en general, la casa no alberga precisamente lumbreras.

Sentada en el despacho de Martin. Siempre que pasa a visitarle, él está pegado al teléfono, dice tres palabras, suena, serán sólo quince minutos, luego tres palabras más, suena, y dale otra vez quince minutos más.

Está resentido. Lo hace todo como se debe porque el jefe está vigilando. Pero no le ha gustado que le impusieran a alguien. Siempre le toca a ella pagar el pato por los demás.

Hoy la observa en silencio, pensativo, luego frunce las cejas.

—Tienes que operarte la nariz.

—Mañana mismo.

—Hablo en serio, Chloé nos lo ha dicho. Hablaré con ella.

—Ya me contarás, me interesa.

Cuchichean sobre ella en su ausencia. Y cuando aparece sueltan sus «habrá que» y demás «no te olvides de». Les sobran las ideas fantásticas, exclusivamente originales. Les encuentra sencillamente tronchantes.

Le nota más cáustico que de costumbre, porque ayer el jefe se puso histérico. Ella dijo que sí al letrista, sí al tipo del sonido, y lo mismo a la modista. Tienen lo que ella quiere: mucha pasta, y espera el día propicio para meter la mano dentro.

No quería que sustituyeran a Nicolas. Pensaba que escogiendo un único punto de resistencia, podría aguantar. No soportan trabajar con semidesconocidos. Han encasillado el talento, lo han anotado en su agenda y no andan buscándolo en ningún otro sitio. Es una especie de reflejo: debe girar en torno a unos pocos, si no adiós fortunas.

Entonces la llamó el jefe, más cabreado que de costumbre:

—Escucha con atención, Claudine: si no se hace el disco, lo lamentaré profundamente, pero no estaré desesperado cuando me levante mañana.

Ella estaba sentada en su despacho, y el jefe mosqueado esperando que tomara la decisión acertada. Lo hace por su bien, entonces ¿a qué viene tanta historia?

Le dio la razón. Y llamó a Nicolas al llegar a casa. Tiene que verle esta noche.

Espera que Martin termine de explicarle algo sobre cómo funcionará todo en el estudio. Podría caber en cuatro o cinco frases, se extiende sobre siete u ocho párrafos. Un jodido incoherente.

Antes de que se vaya, Martin le dice que aún no ha terminado:

—El jefe quiere verte.

Con una sonrisa despectiva, para mostrarle que conoce el motivo.

Puede ponerse su sonrisa despectiva donde le quepa. Cuando se le sienta delante, el otro pierde el hilo de la conversación apenas ella decide mover una pierna.

Pauline atraviesa el local. Hay en medio una enorme sala con un montón de gente atareada. Algunos levantan la cabeza, insisten, y cuchichean a sus espaldas.

Están todos al corriente, por qué se ve con el jefe a menudo, y que ha firmado porque se la folla.

Ella llama antes de entrar, pero Martin había telefoneado para avisar que la mandaba. Cuando se dirige al jefe, habla de ella con sumo respeto.

A veces se inventa una excusa. Pero se ve obligada a pasar, regularmente, por el despacho del jefe. Le hace las mismas cosas que le hacía Sébastien a Claudine. Como si se conocieran o hubieran ido al mismo colegio. Llegado el momento, se repiten los gestos y las palabras, incluso se parecen las caras.

Es una sala inmensa, magníficamente amueblada, con su pequeño mueble-bar. Tiene una mesa de despacho amplia y maciza. Ella cabe ahí completamente estirada y con él encima.

—¿Alguna novedad?

Cada vez el mismo numerito. Un cuarto de hora de tertulia, se ocupa personalmente del disco, da consejos, órdenes, apunta todo lo que no debe olvidarse de hacer para ella. Que nunca se olvida de hacer. Cuida estupendamente a su nueva cantante. Le sirve copas, se preocupa por el menor de sus problemas. La trata como a una reina, forma parte del número.

Es la idea que tiene de las mujeres, el deber de ser galante con ellas. Porque son puras, bellas, respetables. Es de la vieja escuela, cuando ellas eran auténticas bestias inalcanzables, extrañas y alejadas de todo salvo de su placer.

Por eso la mima al máximo. Si no, no tendría el mismo sabor cuando se la mete por todos los orificios tratándola de puta guarra. Hay que venerar primero para, luego, poder blasfemar.

Breve silencio. Y empieza:

—Hace calor. ¿Por qué no te desabrochas un poco la blusa?



Mira cómo lo hace. Le gusta que sea lento, primero un botón, luego otro. Luego tiene que acariciarse el pecho, puede durar unos buenos cinco minutos, un espectáculo que le fascina.

—Echate un poco hacia atrás, acaríciate las tetas, así...

Ahora, quítate el sujetador, quiero ver esas hermosas tetas.

En ese momento, empieza con sus ruidos extraños. No es una risa, no es un quejido, es el ruido extraño que hace al enloquecer.

Ella obedece, siempre resulta desconcertante que, sólo por enseñarle el cuerpo, el otro se ponga así.

Es porque lo hace para él, es el impudor o quién sabe qué. En cualquier caso, tiene miga.

—Ahora ábrete de piernas, quítate las bragas, déjalas caer, así... Tócate delante de mí, acaríciate la almeja.

Ahora toca gemir un poco. Sólo con pensar que pueda estar excitada, se queda completamente lelo. Es cada vez una especie de gran milagro, algo que le hace volar: una mujer corriéndose, ahí mismo, impunemente, eso le teletransporta a otras galaxias.

Cuando saca su salchicha, una asquerosidad empalmada a pesar de los años, ella siente vergüenza ajena. Con su cosita delgaducha y rojiza se pega unos viajes de la hostia, hay que ver cómo se la menea, como si fuera un sable.

—Ven aquí, arrodíllate, ponte debajo de la mesa para darme un gustazo.

Es alucinante la falta de complejos que tienen los hombres. Por lo menos de momento. Lo tiene hecho una mierda, la naturaleza no le ha hecho ningún favor, pero se encuentra comodísimo, sólo piensa en su enorme placer. Tiene que ser fantástico ser así, gilipollas para aquellos que tienen que aguantarle, pero amante de la vida. Sólo pensar en la mirada que tú proyectas, y no pensar en la que te devuelven.

Luego, a cuatro patas, ella pega esos gritos que a él le gustan tanto, y se la deja clavar mientras oye:

—Haré que te corras.

Él le golpea las nalgas, y al final las tiene completamente rojas.

Está convencido de que a ella le encanta. Una vez, sin embargo, le preguntó: «¿No estarás fingiendo conmigo?». Ella contestó: «¿Por qué iba hacerlo?», quitándole un peso de encima. Su polla le enloquece, nunca se repone del hecho milagroso de tener una polla que se le empalme. Cuesta poco convencerle de que le funciona, de que a ella se lo remueve todo por dentro. Él ya se lo figuraba.

Piensa que si ella es capaz de hacerlo con él, es forzosamente porque a ella también le pirra. Debe de creer que las prostitutas han nacido con una marca en la

frente que las distingue de las otras mujeres. Debe de imaginarse que si no le molara, su agujero permanecería cerrado, o sus muslos completamente soldados. Porque se cree un montón de cosas, porque adora a las mujeres, esas bestias esplendorosas y diferentes.

Una vez llegó a decirle: «Hay gente que sospecha lo nuestro. Se imaginan que lo haces por interés». Sonrió, feliz, al tanto de los secretos ignorados por los demás: «No saben lo increíble que llegas a ser».

No es un cumplido cualquiera. La encuentra liberada, independiente, una auténtica mujer como a él le gustan.

Si supiera el efecto que le produce, en realidad, la punta de su nabo, daría por sentado que ella tiene un problema. Porque, de los dos, si alguien tiene un problema tiene que ser ella.

Las mujeres nunca están tan taradas como llegan a estarlo los hombres, siempre obsesionados en querer hacerlo con cualquiera y de todas las maneras. Las mujeres tienen un orificio, siempre funciona y siguen ahí, con sus vientres capaces de hincharse y de fabricar una criatura. No se pasan el tiempo preocupadas con su chisme y preguntándose si puede crecer y maravillándose cuando endurece.

Cuando está a punto de correrse, él, atemorizado, se sale, le hace darse la vuelta y se la pela antes de derramar la leche en sus tetas.

Convencerse, una vez más, de que algo les sale de dentro. Menudencias, mucosidades blancas. Todos locos por ver eso en algún sitio.

Luego se visten y hablan un rato. Es respetuosamente atento, la escucha, se interesa por ella, la tranquiliza.

Antes de que se vaya, le pregunta cada vez:

—¿Seguro que no necesitas nada?

Sébastien ya no soporta estar encerrado, se lo repite cada día. Ella procura que se lo tome con calma. Le propone que se tome unas vacaciones, pero cuando se lo dice, él empieza a lamentarse: «¿Y con qué pasta quieres que me vaya?».

Encuentra que la calle apesta. Un aire poco sano para respirar. Encuentra a la gente poco amable. Que todo está caro, se pone enfermo cuando pide un café, al día siguiente aún le dura: «¡Quince francos! Y en un bar cutre y sucio. Cuando vi el váter, decidí irme a casa a mear». El barrio le parece poco sano: «Joder, huele a miseria. Ya tengo suficiente con la mía para meter las narices en la de los demás».

Cuando llega a casa cada día, él está sentado delante de la tele.

Entre ellos, es la historia de siempre, con un pequeño cambio: es él quien se queda en casa y la deja dedicarse a sus tejemanajes.

Ella se las ingenia para distraerle. Es evidente que sin pasta no resulta fácil.

—¿Quieres que vayamos a ver una exposición? Creo que hay días que es gratis.

—Estupendo. Y de paso iré a clases de macramé, a pasarlo pipa.

Cada día, cuando llega a casa, él la deja fuera de combate: se preocupa por la ayuda para el alquiler. Igual con los del subsidio, no quieren tragarse que no viven juntos. Como si ella tuviera la culpa:

—Han dicho que harían una inspección.

—Diremos que duermes en el sofá, cuela.

—Eso es, cuela, como si fueran idiotas.

Y entonces ella le dice:

—No te enteras, pero todo llegará, el disco saldrá y funcionará, y luego nos largaremos. ¿Quieres que te enseñe adonde iremos?

Todos esos folletos que ha ido guardando, sólo era para poderse los enseñar, y él no quiere saber nada.

—Si tú eres cantante, yo soy fontanero, no entiendo por qué me rompes la cabeza con esos cuentos.

Él hojea un par de revistas, las exhibe de golpe, le muestra la foto de una chica con piernas inmensas, la exhibe:

—¿Es eso lo que quieres? ¿Es eso? ¿Enseñarle el culo a cualquiera? ¿Es eso lo que te mola?

Cuando se pone así, a ella le entra risa y va a buscar una de esas revistas porno que Claudine coleccionaba. Le enseña una de las fotos, eyaculación facial o felación, y dice: «Mi ambición, ves, es poder hacerlo algún día», imitando una voz de zorra. Él, primero, no quiere reírse, pero ella insiste el tiempo necesario. Hasta conseguir que participe en el juego, se tranquilice y cambie de humor.

No habla del disco casi nunca. Sólo para tenerle mínimamente informado. Siente que el tema le pone especialmente histérico.

—Eres demasiado mayor para ser cantante.

—Pero, cariño, si tengo veinticinco años... Eso no es ser mayor.

Él no tiene ni dos años más y ya se ve tirado a la basura. Ese año en la sombra le ha cambiado. Son esos pequeños detalles suyos, que le habían pasado por alto al principio y que se han agudizado. Como si las paredes le hubiesen aprisionado hasta ahogarle por completo, una rabiosa desesperación le tiene literalmente invadido.

Lo siente por él. Convencida de que está equivocado, de que el sol existe también para ellos y que está a punto de salir. Cuando estén de viaje, muy lejos de aquí, volverá a ser, poco a poco, el mismo de antes. Con la risa más fácil y unos deseos infinitos.

Salvo ella y el gran jefe, nadie cree en ese disco. Esperan un fracaso sonado. Ella se lo guarda bien callado. Pero lo sabe impunemente. Todo cambiará, todas esas cosas tan resabidas se irán a hacer puñetas. Y verá lo que es bueno, él, que se cree que todo está jodido y que van a pasar el resto de sus vidas en números rojos.

Una vida de la hostia, seguro.

Y precisamente porque lo sabe intenta darle día tras día todo lo que puede para que aguante hasta que lleguen a la otra orilla.

Por suerte tienen la tele para sentarse delante y no tener que hablarse.

Ella baja a comprar. Él descorcha la segunda botella, ella está hasta las narices y acaba desahogándose:

—No paran de joderme, sabes, y las letras, y los trajes, y las músicas...

Rara vez menciona el disco, intuye que a él le molesta. Ambos podrían tomárselo con distancia, como una suerte de experiencia. Esa noche va lanzada:

—Me dan miedo, te lo juro. No porque sean mala gente, debe ser una cuestión de cultura, de experiencia. Están metidos en eso desde pequeños, no les cabe otra cosa en la cabeza...

Y como el otro sigue callado y ella empieza a estar achispada, las palabras salen más fácilmente... Intenta explicar más. Se imagina en una especie de grabado y él al lado apoyándola. Continúa, directa y amarga:

—Te produce un efecto extraño ser tomada por una idiota. Porque consideran que tengo las tetas demasiado gordas, los labios demasiado gruesos, los ojos demasiado grandes, el pelo demasiado rubio. Ni te imaginas cuánto me desprecian.

Nunca había sacado el tema. El otro ni se vuelve, la mira de refilón, con dureza:

—No sé de qué te quejas. Has conseguido lo que querías, ¿no?

Es lamentable. Que termine hablándole así. Que no apoye la cabeza en su vientre para decirle que son todos un atajo de cabrones, que debería pasar olímpicamente, que es una tía estupenda y que la quiere.

Place d'Italie. Nicolas la está esperando. Hace un buen rato que ha terminado su jarra. No puede pagarla y se pregunta cuándo llegará, no sabe si pedir otra. Desde que se ha echado a ese novio imbécil que vive con ella, Pauline nunca queda en su casa con la gente. Es una especie de armario, de esos que se cargan las gafas en el recreo y que molan a las tías. Ella se encoge en su presencia, a su lado, un modo de marcar la retirada. Resulta menos divertida con las riendas puestas.

Cuando la vio con él, Nicolas pensó que se la tenía que follar.

Desde entonces, apenas aparece, se le empalma. No puede llevar cualquier pantalón y necesita ir al váter regularmente para hacer bajar la tensión.

Ya no encuentra el menor rastro de Claudine en ella, fin del miedo a herirla y el pacto mudo, sellado.

Traje blanco y moño rubio. Le sale de forma natural: la perfecta puta de lujo. Porte seguro, total dominio del terreno pisado. Desde que regresó su novio, mantiene las distancias. Pero se le pasa después de dos copas.

Ella no para de hablarle del disco. Todo le sienta fatal, se vuelve susceptible por nada a la primera. Poco le importan los motivos, a él le encanta verla histérica. Nada podría ponérsela más tiesa. Cuando está furiosa y despotrica como sabe hacerlo, se la imagina balbuceante, arqueada debajo de él y pegada a su espalda.

La escucha al mismo tiempo que se le empalma. Ella nunca había sido tan feroz como esta noche. Con el alma negra como el carbón y rojo candente por dentro. Y, con las manos cerradas bajo el mentón, parece rezar, con la mirada baja, recitando su letanía:

—No entiendo por qué no existe una palabra para decir misógino o falócrata al revés. Joder, odio a los hombres, quisiera tener palabras para decirlo bien claro.

Es sobre todo la inminencia lo que la pone a cien. Tiene tantas ganas como él, basta acercársele para darse cuenta. Se la clavará como un loco. Todo ocurre entre sus muslos, debe dejarla manejar el asunto porque les sentará de coña a los dos. Ella pegará su pelvis contra la suya, sujetando con fuerza las piernas alrededor de su cintura.

Él le mira lo alto de los muslos cruzados. Y esa manera de sonrojarse de rabia cuando pasa un fisgón. Siempre exhibiéndose a pesar suyo. Te vienen ganas de atarla y hacerle un par de porquerías, de esas que hasta ahora habría resultado ridículo hacer con otra chica. Ni le hace falta réplica, va lanzadísima:

—A los siete, ocho años, parece que se les va a pasar esa manía de hacer «mec mec» en las tetas, pero qué va, con cincuenta tacos los tíos son igual de tontos que los críos.

Para ella, todos los machos están condenados a un único y violento castigo, lo lleva metido en el coco. Y cuando suelta el rollo sobre el tema, aún es peor, a él le entran ganas de penetrar en su intimidad, a ver si hay manera de hacerla gimotear y menearse. Tiene un montón de ideas guarras en la cabeza que sueña con murmurarle al oído. Precisamente a ella, porque está convencido de que nunca las quiso gozar.

Ella está acojonada por la magnitud del desastre:

—Alucinas, el sexo masculino es un subgénero. Y por si fuera poco, eso les hacer perder el mundo de vista. Ni siquiera es que les exciten tanto las tías, es la idea de empalmarse. No consiguen superarlo, joder, a ver si nos vamos a pasar la vida dándole vueltas al asunto. Es su problema, que lo resuelvan ellos...

Aliviada, después de una hora de nervios, vacía su vaso de un trago, disculpándose con una sonrisa:

—No te dejo soltar ni una, ¿verdad? ¿Estás bien?

—Tengo ganas de clavártela, en serio.

Tenía que soltarlo.

Ella se ha quedado patitiesa. Intenta tomárselo a broma:

—Ya veo que me escuchas con atención.

—Eso no cambia nada. Quiero follarte.

Ella le clava una mirada mortal y cambia de tema. Él la deja en paz hasta que terminan de comer, como si no hubiera pasado nada.

La deja pagar la cuenta y vuelve a la carga:

—Si te has quedado aquí sentada conmigo, es porque sabes muy bien que lo haremos.

Ella se pone seria y se mira las manos:

—Preferiría no saberlo.

Se la ha llevado hasta la callejuela.

Han follado en el suelo absolutamente convencidos de que se revolcaban en la arena, a orillas del mar. Podía sorprenderles cualquiera, pero nadie les ha molestado. Se han tomado su tiempo, antes y después y en medio, cada vez.

Primero ha intentado apartarle cuando él ha querido lamerla, como si fuera una caricia sucia. Y luego le ha dejado. Sentía su boca mucho más conocedora de su almeja que ella misma, sabía amarla y activar todas sus zonas con su lengua precisa y suave.

Ha penetrado en su raja, buscando con la cadera, sin ayuda de las manos, y ha golpeado hasta sentir el fondo.

Le ha puesto una flor en el vientre, con un corazón palpitante y pétalos esparcidos en desorden. Largos, suaves y fluidos. Le ha introducido un mar en su interior, alimentado con sus vaivenes.

Le hablaba de su culazo, de lo caliente que estaba por dentro, decía que le llenaba el coño y que a ella parecía gustarle.

A ella le ha sorprendido correrse, con el tiempo que te lleva, con tanta subida y esa blanquísima explosión.

Sorprendida, pero aún más extrañada de no haberlo buscado antes, de haberlo conseguido solamente esa noche.

Caminaban luego por la acera. Bruscamente alejados, sin saber muy bien cómo comportarse el uno con el otro. Ella ha mirado la hora en un reloj. Otra vez la puta realidad. Tenía que encontrarse con Sébastien y le ha vuelto a engañar.

En la parada de taxis, el cuerpo de Nicolas buscando el suyo para despedirse le parece fuera de lugar.

Ha llegado a casa sin hacer ruido. Sébastien dormía. Ducharse. Y, tumbada a su lado, lamentar intensamente lo que ha hecho.

Desde entonces, ha borrado a Nicolas de su mente. La llama un par de días después, con voz amenazadora. A ver si lo olvida.

Una noche, ha vuelto tarde de la discográfica, el gran jefe quería hablar. Ahora le da por la sodomía. Había comprado un tubo de lubricante. Ella se ha negado sabiendo que no iba a hacerlo mucho rato.

Sébastien está pegado ante la tele. Ella pasea por el salón, pimpante y encantadora. Luego se estira:

—Voy a ducharme, me sentará fenómeno.

—Si es para disimular, ni te molestes... Hueles a jodienda a tres metros, como cada vez que vuelves de allí.

No está más alterado que si le dijera: Otra vez te has olvidado del pan. Pasa olímpicamente.

Ese olor a gente entremezclada. Ni siquiera el suyo, ni tampoco el del otro, es esa fragancia tan especial de los buenos revolcones.

Rebobina a toda pastilla para saber cómo defenderse y salvar la situación. Se encuentra completamente estúpida, lleva meses pegándose y el otro observando.

Él sigue con su zapping y esa cara hermética algunos minutos. Una hostilidad bastante peor que enfadarse o pedirle cuentas. Es demasiado tarde, ya no se siente involucrado. Un pequeño mosqueo, apenas una contrariedad.

Ella sigue de pie, allí plantada como una imbécil. La vergüenza le consume el corazón.

Cuánto tiempo llevará sabiéndolo, callado y escuchando sus mentiras.

Tiene ganas de sentarse a su lado, contárselo, confesar, librarse de ese peso y suplicarle que comprenda.

Pero existe ese olor y ella no puede acercarse.

Él acaba añadiendo, sin siquiera girar la cabeza:

—Pensándolo mejor, más valdrá que te duches. Antes de que me ponga a vomitar.

Su perfil impecable, tienes todo lo que quiero, eres todo lo que cuenta, mírame por lo menos, obséquiate con tu ira, dame cualquier cosa, sigamos unidos, siempre queda algo, enséñame, por favor.

Ducha. Completamente enjabonada se va frotando, como cada vez. Hay que lavarse incluso el pelo y cepillarse las uñas, unos gestos hostiles y maniáticos, quitar toda esa mugre. Solloza bajo el agua y se queda encerrada un buen rato, le da miedo salir.

Quiero que lo entiendas y sigas queriéndome, que me protejas de todo eso, que me protejas contra mí misma, que me impidas hacerlo, que sepas lo deprimente que es, ser capaz de eso, ofrecerme a otro hombre, a veces me he corrido, preferiría no saber lo que realmente soy.

La toalla está seca, es suave y huele bien. Se seca lentamente y llora menos. Intentará explicárselo lo mejor posible. Saldrá del cuarto de baño y encontrará todas

las palabras, una detrás de otra, para que se entere de todo lo que tiene que decirle.

Se está recuperando. No podrá hacerlo nunca más. Irá a ver al gran jefe y se lo dirá: se acabaron los juegos, he estado a punto de estropearlo todo.

Debe de haber pasado un buen rato encerrada en el baño. Cuando sale, lo primero que ve es que buena parte de las cosas de él han desaparecido. Tampoco eran tantas cosas, una agenda siempre en el mismo sitio, una pila de camisetas allí metidas y un viejo libro que se lleva a todas partes. Un par de objetos, poca cosa, pero el vacío que dejan le salta a la vista apenas entra en el salón. Va hacia la habitación: le ha dado tiempo de llenar la bolsa. Sigue sin mirarla. La aparta suavemente para ir al cuarto de baño y coger su espuma de afeitar, su maquinilla, un frasco de colonia y finalmente su peine.

—¿Pero qué haces?

Como si no fuera evidente, como si existiera una mínima posibilidad de oírle contestar: voy a hacer la gran limpieza, o estoy guardando la ropa de verano, o venga, prepara tus cosas que nos vamos de vacaciones.

Apretuja sus cosas para poder cerrar la bolsa. Y comenta:

—Si hubiera querido estar con Claudine, me habría ido con ella.

—No me digas que no venías a verla.

—Si te apetece que de vez en cuando venga para echar un clavo, tomar un café y adiós muy buenas, no tengo problema, te haré ese favor...

Otra vez brotan las lágrimas, siempre silenciosas, le calientan las mejillas y resbalan hasta el mentón. Él insiste:

—Me lo dices y punto. Ahora que te has transformado en alguien que no conozco, tienes que decirme qué quieres, no puedo adivinarlo.

—¿Por qué dices que he cambiado tanto?

—¿Me tomas el pelo, encima?

Se pone nervioso un brevísimo instante, resulta menos cruel que lo otro, pero se le pasa enseguida. Sólo suelta:

—Yo, hace un año, cuando me tenías loco, salía con una tía cojonuda, toda una señora. Nunca me engañaste, estoy seguro, nunca me faltabas al respeto, nunca te rebajabas. Me sentía orgulloso de ti y siempre te recordaba cuando veía a una tía en la calle, iba flipadísimo. Pero mírate ahora, mira cómo te vistes, mira cómo andas... ¿Y esos polvos por ahí? ¿Son muchos los que te la meten? ¿Te gusta que te la claven? ¿Te lo pasas mejor conmigo? ¿Te lo montas bien con ellos? Yo te respeto demasiado y tú has dejado de respetarte. Esta historia no da más de sí.

Ni le deja el tiempo de protestar, ya se ha puesto la chupa y está en la puerta. Se da media vuelta y le acaricia la mejilla:

—No sabes cuánto te he querido, pero ahora me das asco.



Ella oye sus propios gritos, cae de rodillas convulsionada. Ve por última vez esa mirada fija en ella, donde sólo puede leer un desprecio ligeramente entremezclado con una tenue lástima. Él da un portazo y ella se queda tirada en el suelo, dando patadas y curvándose, chillando como una loca. Ni ella sabe qué numerito está montando.

Se despierta sin motivo, en lo más profundo de su sueño, al amanecer, a su lado la cama está vacía y le cuesta varios segundos recordar el día anterior.

Imposible saber de dónde saca esa formidable capacidad de sufrir y desgarrarse. Probablemente tanto como cualquiera, pero ahí dentro es donde duele.

Brotan las muecas profundas del alma, las violentas ponzoñas de la mentira. Se ve ahí, en aquel despacho, jugando a esos juegos y haciendo esas cosas, es imposible que el otro la deje por eso. Resulta igualmente impensable que la crea cambiada por un asunto de pintalabios y un par de vestidos demasiado escotados. Son malentendidos y volverá. No puede perderle, sería insensato, y ninguna chica, en ningún lugar, estará hecha a su medida como ella, son malentendidos y volverá.

Sabe perfectamente que no lo hará. No quiere saberlo.

En la calle hay hombres gritando, borrachos, y otros intentando poner paz.

Cómo la miraba, antes de salir. Y ella en el suelo, agitándose como una loca. Aun sabiendo que él no lo soporta.

Nunca lo había hecho.

Claudine montaba esos números, ataques de histeria a la menor contrariedad, y Pauline la observaba aburrida y asqueada.

¿Le dolería igual a ella, cuando hace un rato...? ¿Se sentiría igual de impotente, testigo de su propio despedazamiento en mil trozos sin saber qué hacer con su cuerpo y temiendo acabar revolviéndose como una loca?

Su única hermana. ¿Se sentiría igualmente helada en manos de los hombres, viéndoles pirarse apenas se desnudaba, se sentiría igualmente helada, llevada por deseos tan potentes como degradantes?

Su única hermana. ¿Se despertaba igual, en esa misma cama, antes del alba? El armario está atiborrado de somníferos, justo al lado de los frascos de perfume.

Pauline se levanta y se toma dos. Y luego espera, estirada, impotente, destrozada y mareada. Existe la mirada del hombre amado, ese al que le duele porque te has roto y rebajado de esa manera. Y luego ese ojo que la sigue a todas partes y lamenta ver lo que ve. Es algo que te destroza, no ser esa con la que él goza.

## INVIERNO

La maquilladora tiene mal día. Está cabreada con sus colegas que no dan golpe y andan por ahí tirados en vez de currar. Levanta la cabeza así y gira la cabeza asá, mira hacia arriba y luego cierra los ojos. Ha soltado un suspiro cuando Pauline se ha sentado: «Vamos a tener trabajo para darle buen color».

Los cinco que deben pasar de golpe forman una fila delante del gran espejo. La chica del tiempo se deja caer por ahí de vez en cuando para fastidiar, va lanzadísima.

Peluquera. «¿Qué hacemos?». Sólo alisar el pelo. Le recomienda el aceite de almendras dulces en las puntas, hace milagros.

Pauline oye a Martin Gili que, desde el otro extremo del pasillo, llega chillando: —¡Cariño! ¡Qué guapa estás!

Doscientas mil copias vendidas del primer single. En menos de dos meses. No se lo puede creer. Eso le hace amable, incluso bastante respetuoso. La defiende cuando se meten con ella: «Vale, se fue a la cama para conseguir el contrato. Pero si crees que basta con una mamada para conseguir ese exitazo...», con aire de sabelotodo.

Le da masajes en el hombro, le pregunta cómo se encuentra. Ella, ahora, no para de sonreír. Es un auténtico reflejo, sonreír al menor ruido.

Camerino. Flores, bebida y bombones. Martin ha entrado con la jefa de prensa. Esa misma que preguntaba: «¿Lo mando a las guarderías, el single de doña gilipollas? Hay que cogerles bien temprano para vender esa basura».

Doscientos mil en plena jeta, guarra. Es el único idioma que entienden.

Ha venido para el segundo single. El tío de los programas es legal, tiene buena pinta. Dice de ella que es una «buena chica». Viene a echar un vistazo: «¿Todo bien? ¿Necesitas algo?».

Ella contesta: «No recuerdo dónde está el baño».

La acompaña. Una raya en la tapa del váter. Ella intenta aspirar lentamente.

Se encienden las luces, hace su número. No se lleva bien con el tío del sonido, el sustituto de Nicolas. A él le cabrea trabajar con ella porque sus colegas se pitorrean: «¿Ahora te dedicas a montar espectáculos para bollicaos?». Pero no le hace ascos a la guita. En cambio, puede que se le ocurra cambiar una parte sin avisarla, a ver cómo se las apaña. Vas listo, tío, puedes cambiar el trozo entero, que yo, cada vez, recuperaré el ritmo. No tiene el menor problema en soltar lágrimas de rabia a partir de la segunda estrofa, ni en ponerse a aullar, un grito enorme, inesperado. No hace falta escarbar demasiado hondo para sacarlo.

En el camerino, todos la felicitan. Se lleva las flores y rechaza la invitación de Martin: «¿Vamos todos a tomar algo?», sólo para ponerles verdes, pasar revista de

quién se ha puesto como una foca, quién vende cuánto, quién está hecho un asco, y quién ha firmado dónde.

Un coche la lleva a casa. El chófer es un anciano con acento español. Le cuenta cómo dejó a su mujer hace quince años porque se había encaprichado de una jovencita. Y cuánto lo ha lamentado. «Al cabo de seis meses. Supe que la había pifiado». Pero ella ya se había colocado. Y desde entonces la sigue esperando. «Mis hijos me dicen que estoy loco. Pero yo sé que es la mujer de mi vida y siempre lo será».

El mal rollo de la coca es el bajón, y cómo duele. Como para llorar. Le pregunta al tipo: «¿Y cree que volverá?». Está convencido: «Sigo esperando. He apartado un dinerito y podremos envejecer juntos».

Más tarde, en casa, letanía de mensajes acumulados en el contestador. Periodistas de la prensa escrita, periodistas de la tele, fotógrafos fulano y mengano, periodistas de la radio y de todo un poco pidiendo un poco de cualquier cosa. Les escucha desfilar, a ver si Sébastien llama de nuevo. Él ha vuelto allí, vive con una chica enrollada que ella conoce bastante. Desde luego no ha perdido el tiempo. Más práctico, imposible.

El gran jefe ha dejado mensajes de felicitación, con «mi queridísima niña», «sólo es un principio», y «estoy conmovido».

Después de irse Sébastien, al día siguiente ella llamó al gran jefe. «¿Podemos vernos?». «Sí, sí, naturalmente, pasa cuando quieras».

Llegó al despacho: «Vengo a decirle que no podré hacer ese disco».

Él pensó primero que estaba asustada, sólo faltaban tres días para la grabación. Se lo tomó a la ligera y le dio una palmadita en el hombro: «Es el gran salto, ¿eh? Ahora que está todo a punto, quisieras dar marcha atrás... Tranquila. Te tengo confianza. Ese día estarás ahí y estarás magnífica. Has nacido para eso, lo sé».

Ella negaba con la cabeza, incapaz de hablar y hecha un lío. Se puso a llorar, él se le acercó, y ella le empujó con las dos manos: «¡Deja de tocarme, cerdo asqueroso! ¿Te enteras? ¡Ya no quiero hacer esa mierda de disco tuyo ni tampoco andar metida en tus chanchullos!».

Fue entonces cuando él empezó a cambiar de actitud. Esperó que se calmara, anuló sus citas y le dijo a su mujer que llegaría tarde. Permanecieron en su despacho hasta que todos se hubieron ido. Las primeras horas, ella no podía hablar, quería irse pero después de dejar de llorar, para no pasar sollozando delante de toda esa gente y dejar que se pitorrearan. La gente la obsesionaba y no dejaba de repetir «les encantará saber que me han engañado».

El gran jefe la dejaba soltar sus incoherencias y todo su caos. Ella decía: «Se ha ido por culpa del disco. Por eso ya no quiero hacerlo. No quiero ser una mala mujer,

usted lo entiende, ¿verdad?».

Y mientras le daba al rollo, lamentaba estar montando el numerito en su presencia, y sin embargo era a él a quien había ido a ver. No se lo podía perdonar: «Me ha largado todo su vicio. Yo no era así antes, estoy segura. Me ha largado todo su caos, pero yo no soy ella, paso de esta mierda».

Lo captó él solito. Decía: «No sabía que salieras con alguien», «No es asunto suyo».

Finalmente, él se sentó a su lado y, antes de acercarse, levantó la mano: «No te preocupes, no quiero tocarte, no sabía que tuvieras novio». Y de pronto fue como si le estuviera hablando a su hija. Le pedía disculpas, sinceramente avergonzado de golpe: «Creo que estaba equivocado contigo, Claudine. Sabes, es difícil saber cosas sobre alguien que no dice ni mu de lo que piensa. Me alegro de que hayas venido a verme».

Luego sacó el whisky y brindó con ella: «Por el disco, será fantástico. Y tu novio volverá, no se abandona a una mujer como tú. Por todo lo que te espera, cosas muy buenas».

Nunca más le ha pedido que vaya al despacho, ni se ha propasado con ella. Ha seguido muy de cerca la grabación y la salida del disco, con sumo esmero, para demostrarle qué clase de tipo es. Un tipo de fiar.

Pauline está en casa. Nada de sueño. Intenta dar con su camello, pero sale el buzón de voz todo el rato. Es sobre todo para verle, es el único tío que ahora le cae bien. Siempre contento, cuenta sus misiones imposibles, o bien sus chanchullos con tarjetas del metro o sus historias de tabaco de contrabando o de pañuelos Hermès conseguidos en países increíbles. «Pasamos el peaje, veo a los de la patrulla aduanera, y tierra trágame. Entonces pensé: Estoy listo». Y cada vez sale de apuros.

Ya no pone la tele porque suele verse demasiado en la pantalla. Imposible acostumbrarse a su propia jeta asquerosa. No se vende tanta mierda así por las buenas. Está cercada por ella misma. Nunca habrá existido tan poco, una vida inexistente, vacío total. Pero está representada en todas partes. Hay palabras violentas contra ella, es la gilipollas a la que da gusto odiar.

Enrolla un buen peta de dos hojas, para atontarse, ahora lo hace todas las noches. No tiene el cuerpo como para andar dando tumbos por ahí.

—Claudine, contesta, es importante.

Plena noche. Estaba en un sueño hecho con filtraciones de agua, con las paredes de su casa largándose por placas y el techo descomponiéndose. Necesita tiempo para aterrizar y comprender. Tiene al gran jefe en el contestador. Se queda inmóvil. A ver

si la dejan dormir en paz. El otro insiste:

—Contesta, por favor.

Se levanta completamente grogui, todo el cuerpo le pide dormir y tumbarse sin oír nada. El contestador se ha parado, llevaba demasiado tiempo grabando. Mira la hora, son las seis y media. Él se levanta a esa hora todos los días, para tener tiempo de hacer gimnasia. Un cuerpo de viejo hay que conservarlo. Llaman otra vez, descuelga. Está preocupadísimo:

—¿Por qué no me dijiste que lo habías hecho? Lo habiéramos solucionado...

—Poco a poco, tómatelo con calma. ¿Que había hecho qué?

—¿No se te ocurre? Aquellas cintas... Han publicado un artículo tremendo. Mañana no hablarán de otra cosa en todo París.

—No sé de qué me hablas.

Se quedaría frita allí mismo. Un buen momento para las adivinanzas.

—Tu película porno, cariño... Tenía que salir en cualquier momento, ya te lo podías haber figurado. ¿Por qué no me lo dijiste? Una casa importante la ha vuelto a comprar, harán publicidad, eso nos va a perjudicar un montón...

—Mi película porno.

—¿No irás a decirme que no te acuerdas?

—Sí, sí. Claro. Son cosas que no se olvidan.

—¿La tienes en casa?

—Pues... No, no la tengo.

—Pediré que me la manden. ¿Nos vemos luego, a la una? Hay que estudiar un plan. Llamaré al abogado, para que venga. Voy a...

—¿Puedes enviarme una copia por mensajero? Para refrescarme la memoria.

Cuelga y se ríe, tiene gracia. Una risa nerviosa y algo desencajada. El asunto no deja de ser divertido.

Vuelve a la cama. Sigue con su sueño y las filtraciones de agua. El suelo ha bajado, el piso empieza a derrumbarse y el administrador pasa de todo.

Se titula *Maullidos y susurros*. Y hay un coño en la carátula. En primer plano, enorme. Detrás aparece la cabeza de Claudine, de perfil, mamándosela a un tío.

Pauline está más espabilada cuando la recibe. No se atreve a mirar.

Ya empieza, Claudine está en su casa. Su propio piso, allí donde se encuentra Pauline en ese momento.

Pegada a su minitel, sin bragas y con camiseta, tiene un aire concentrado y apunta un teléfono antes de pulsar la tecla «connection fin». Marca el número. «Entonces, guarro, ¿harás que me corra bien corrida?». Le da su dirección, la clave de la puerta y le dice que le espera, que se lo pasarán de coña.

A continuación vienen los preparativos. Se ducha y se coloca un ligero. Todo está grabado en su casa. Se la ve delante del espejo probándose lencería sexy. Luego maquillarse y perfumarse. Apenas ha terminado, llaman. Le abre al tipo, que al momento le mete mano, encantado de su suerte: «Vaya una con la que me he topado».

Ha traído una botella de whisky, quiere que se ponga a gatas para servírselo mientras él le va acariciando el culo, contentísimo: «No llevas braguitas, como te he dicho, estupendo, qué suave tienes la almeja, ya estás mojada, guarra». Luego le pide que se la chupe, pero sin las manos. Es importante: sin las manos. Mientras ella va haciendo, suena el móvil del otro, que contesta. Y explica: «Ahora me la están chupando. Espera, no cuelgues». Le dice a Claudine: «Lámeme un poco las pelotas», luego a su colega: «¿Quieres venirte? Es de esas putas que funcionan para dos».

Pauline está sentada delante de la tele. No piensa gran cosa. Hace un esfuerzo por ponerse histérica: «Cuando lo vean, todos pensarán que soy yo», pero total, tampoco hay para tanto. Y mira que está activa la hermanita.

Deja correr la cinta. Curiosamente, le recuerda cosas de críos, recuerdos gilipollas absolutamente aparcados y sin embargo diáfanos.

Claudine era buenísima en gimnasia. Hacía cosas increíbles en la barra de equilibrio y las asimétricas. Entonces eran unas niñas. Llevaban camisetas del colegio, amarillo canario, para hacer deporte. La hermana parecía un hada, hacía cosas complicadísimas bajo la mirada de las otras niñas. Siempre llevaba el pelo recogido con pasadores. La madre no quería que lo llevaran largo, era un coñazo cuidarlo. La hermana siempre lloraba cuando las llevaban a la peluquería una vez al mes. Ella quería sus pasadores. Cuando se subía a la barra de equilibrio, se ponía rectísima por instinto, como una gran deportista, a pesar de tener aún un cuerpo de niña, el pecho plano y piernas cortas. Se las daba de mayor. Y luego, increíble, de golpe y porrazo se lanzaba, giraba por los aires, saltaba hacia atrás y caía de pie, en una posición impecable, coser y cantar.

El famoso colega ha llegado, ahora están todos en la habitación. Como bien dicen, se la meten por todos los orificios. Es hermosa cuando se corre. A pesar de que digan cosas horrendas, que lo hagan fatal y que tengan jetas repugnantes. Cuando se corre, y cuesta creer que disimule, es francamente hermosa. Con la cara iluminada, relajada, la mirada lejana, una risa extraña, o quizá sea un llanto a punto de brotar. Está perfectamente situada y, a ratos, consigue una pizca de felicidad.

De pequeñas, tenían un perro. Apenas se quedaban solas, Claudine lo encerraba en una habitación. Se quedaba detrás de la puerta hasta que empezaba a llorar para que le abrieran. Entonces, ella se enfadaba, lo hinchaba a golpes, hasta que chillaba tanto que había que apalizarlo de nuevo. Luego volvía a cerrar la puerta, amenazándolo al menor ruido. Aterrorizado, el chucho dejaba de dar señales de vida. Entonces entraba para consolarlo, lo cogía en brazos, estaba tembloroso, y lo cubría

de besos, «pobre amorcito mío».

Castigaba a todas sus muñecas. Cuando se habían pasado de rosca, les arrancaba un brazo, soltándoles unos sermones envenenados: «¡Mira qué se les hace a las chicas como tú! No quieres obedecer, ¿verdad?». Y le arrancaba una pierna: «Acabarás obedeciendo, ya lo verás».

Luego se sube al coche de los dos tíos. Pauline no sabe si han dicho adonde iban. Está elegantísima, con su traje negro, incluso sin nada debajo.

Llegan a una disco, donde bailan un montón de quinceañeras que no llevan nada bajo sus ínfimos vestidos. Claudine avanza hacia la pista moviendo descaradamente el trasero. No sabe hacerlo. No tiene ni idea de cómo hay que moverse.

Apenas tuvieron la edad de ir a guateques, la hermana sólo bailaba lentos. Muy pronto dejó de interesarse por cualquier actividad que no estuviera directamente destinada a trastornar al macho. Nada de lecturas, tener amigas, hacer deporte o lo que fuera salvo gustar. Le salía tan bien que habría parecido irrisorio, incluso descafeinado, interesarse por otra cosa.

Algunos se quedaban fatal. Le escribían cartas increíbles, a veces muchos años después de que hubiera coqueteado con ellos. Ella miraba los sobres, reconocía algunas letras y las tiraba directamente a la basura. Agobiada: «¡Vaya un pelmazo de tío!».

Era además una ciudad muy pequeña, y ella la señorita del lugar.

Sigue en la pista y empieza a meterse con una chica, meneándose a su lado y acercando el pecho contra el de la otra. Es la pelirroja de fuego. Pauline la reconoce enseguida, busca su nombre: Claire. La que siempre colocaba su mano en la suya y le pedía consejo para todo.

Empiezan su juego, ahí delante de todos, y a su alrededor se forma un gran círculo de gente metiéndose mano. La mayoría tíos, un mogollón.

Claudine nunca tenía amigas. No se fiaba de las demás chicas y ellas se lo devolvían con creces. Decía que no le gustaban: «Todas unas guarras». Le era insoportable que otra fuera tan bonita como ella. Excepto las actrices famosísimas, a ser posible fallecidas. Se sentía anulada y exigía que le hicieran creer que era la única mujer del mundo. La única capaz de provocar aquello en los hombres, esas emociones.

Durante varios minutos, no hay nada pumo, se besan y se tocan, se acarician y se dicen palabras inaudibles que las hacen reírse, se medio mordisquean y se miran con los ojos brillantes. Luego se quitan la ropa y se introducen los dedos, ambas enloquecidas por las tetas de una y de otra.

La chica debió de encontrarla fría la otra noche, visto lo que habían compartido. Es aún más hermosa que al natural, la tele la favorece. Es blanca y alta. Una bruja. También ella es hermosa cuando se corre, resulta incluso conmovedor verlas una frente a la otra, lo hacen con los dedos, una contra otra, clavadas sus miradas, salvo cuando cierran los ojos balbuceando.

¿En qué estaría pensando cuando lo hacía? Y mientras lo hacía, y justo antes, y justo después. ¿Se miraría luego? ¿Se sentiría orgullosa de ello? ¿Le dirían alguna vez que era hermosa, como nunca, en ese abandono?

¿Se acordaba de cómo, siendo una niña, le apasionaba el asunto? «No tienes que follar nunca con un chico que no haya pedido tu mano. De lo contrario, deja de respetarte. Aunque te mueras por hacerlo. Tiene que esperar y casarse contigo. De lo contrario, te quedarás para vestir santos». Le costó poco cambiar el rollo. «A un tío, para conservarle, tienes que decirle que la tiene gordísima y que nadie te hace tan feliz. Hay que chillarle al oído, sin miedo. Aunque te aburras. Hay que chillar, chillar para que se ponga manso como un cordero».

Mientras tanto, en la película, está arrodillada y las cosas se ponen calientes. Con su amiga pelirroja, se han lanzado a la gran mamada de todos los tíos, uno detrás de otro. Están todos juntos, esperando tranquilamente su turno. Pauline intenta contarlos, pero llenan toda la pantalla y hay otros amontonados detrás. Y dale a la mamada, con las piernas bien abiertas para que nada se le escape a la cámara.

No se enamoraba nunca. Prefería los trapicheos comerciales, qué me das para conseguirme, y nunca nadie le importaba. Salvo, quizá, Sébastien. Pero qué iba ella a sacar con eso, llamarle para que le hiciera cosas, si luego ni siquiera le utilizaba para herir a su hermana gemela. Hurgando en el armario, Pauline ha encontrado unas notas desordenadas, un montón de textos. Sobre alguien que la otra espera cada día y que viene poco, se asoma a la ventana y mira si aparece. Y cuando viene, avergonzado, ella no se atreve a decirle: «Quédate conmigo, te necesito». Un texto, se lo cuenta, él le pregunta si lo haría, quedarse con él en serio, ella, ella contesta que no lo sabe, y él dice: «Yo sí lo sé. Pero contigo no tendría la menor seguridad. Me harías putadas de zorra, estoy seguro», y ella concluye que ha dado en el clavo.

Se encontraban enfrentadas, una y otra, vigilando aquello que una tenía y le faltaba cruelmente a la otra.

Ha llegado el momento del récord maratoniano. Estado lamentable. Chorreando sudor y esperma, ¿cuándo tiempo llevará mamando, pajeando, mamando y pajeando? La pelirroja sigue con lo suyo. Se las ve agotadas, intentan dar el pego y seguir pimpantes. No pueden más, no lo pueden disimular y resulta extraño. Sigue el desfile de pijos, que la meten en la boca, a la mayoría no se les empalma, pero ahí van.



Y así durante un buen rato. Pauline hace correr la cinta hasta el final. Ambas acaban encima de la barra del bar, con unos tíos rociándolas con champán. Se duchan bien juntitas y luego mandan un ligero saludo con la mano igual que una reina los días de desfile.

Pauline se levanta, mira la hora, llega tarde a la cita. Piensa en todo lo que debe hacer para arreglarse antes de salir. A ver si tiene medias limpias, y zapatos con tacones mínimamente llevables y qué va a ponerse hoy y hubiera tenido que hacerse un peeling pero le falta tiempo, tiene que lavarse ese pelo asqueroso y también maquillarse porque lleva unas ojeras del demonio. Comienza a agitarse, a removerlo todo de arriba abajo para estar decente y no llegar demasiado tarde.

Se acuerda de Nicolas. Le ocurre últimamente, desea su presencia. Delante del vídeo, excitación difusa, quisiera tenerle allí y hacerlo con él.

Se vuelve a sentar. ¿Dónde coño habrá dejado los pantalones que llevaba al llegar y el jersey deformado a juego?

El gran jefe se está subiendo por las paredes, igual que si se la hubieran pegado. Le pregunta:

—Y, ahora, ¿qué hacemos?

—Es difícil negarlo.

—¿Y qué propones?

—Hay que asumirlo.

Martin también pone cara de entierro. Le han roto su muñeca. La jefa de prensa alucina:

—Es fatal para la imagen, fatal.

—¡Sois unos carcas, tíos! Ahora esto lo hace todo dios, es lo que se lleva.

—¿Estás de coña?

Algo parecido. Ahora, su idea de la cantante fresca y dinámica se la pueden meter donde les quepa.

Martin lanza, desesperado:

—Hay que anular el Elysée.

—¿Desbarras o qué?

Ella recoge sus cosas y se levanta:

—Ningún problema, tíos: es una publicidad de la hostia.

El gran jefe pone cara de perros. En el fondo, lo que más debe de joderle es no haberla visto nunca así, como Claudine en la cinta, y que, con tanta jodienda, nunca consiguió hacerla correrse así.

La tía del quiosco de periódicos situado al lado de donde vive Nicolas sabe que conocía bien a Claudine, y siempre que sale algo sobre ella, le dice que se acerque.

Las primeras veces que él la ve en los periódicos, le da un vuelco el corazón. La violenta explosión del mono. Saber y poder ver que aún existía en algún lugar, pero que eso ocurría fuera de su campo de visión.

Ha acabado acostumbrándose y se lo lee todo detalladamente. Se entretiene clasificando las fotos: ¿Pauline o más bien Claudine? Seguro que ella encontró algunas de la muerta y que se las pasa a los fotógrafos. Él siempre sabe cuál es cuál.

Finalmente, no le sorprendió en absoluto que llenara las portadas de las revistas. Se emocionó menos que la quiosquera, que, en pocas semanas, le ha transformado en héroe porque «conocía a la cantante».

Hoy le llama con tal despliegue de energía que debe de haber pasado algo. Está descompuesta, «por su novia», y le alarga un paquete de periódicos. Al hojearlos, se entera de golpe. La cinta de Claudine. Primero tuvo un ramalazo y luego se quedó obsesionada: «Lo consigues todo haciendo cine porno». Pero después de la primera peli se había saltado todas las citas y nunca más se habló del tema.

Vio la cinta en casa de un colega, sin la más mínima erección. Algo definitivamente sagrado los unía a los dos.

Es su manera de distinguir a Pauline y Claudine en las fotos: el estado de su polla.

La quiosquera la defiende con toda su alma:

—¿Qué porquería, sacar viejas historias para perjudicarla...! ¿Quién sabe cómo se encontraría para acabar así...?

Pero se la ve muy decepcionada.

—¿Irás a la fiesta luego?

—Sí; tal vez me pase un rato.

Ha recibido una invitación para el concierto. Es la primera señal de ella después de aquella noche en la place d'Italie. La sala está atiborrada, sobre todo de bollicaos con piercings por todas partes.

Después de la historia de la peli, Claudine-Pauline lo tiene chupado para convertirse en estandarte de todas las provocadoras. Maneja su follón estupendamente.

Cuando supo que ella no quería verle, se abrió la nube que le iba transportando por los aires y le dejó caer como un tonto. Resultó insoportable de inmediato, apenas veía a una chica, la comparaba a Claudine-Pauline y sentía lo absurdo de toda una vida sin ella.

Sentía unas cosas que sólo debían haberles tocado a los demás. Esa ansia de alguien que excluye todo lo demás.

Y esa obstinación por follar empeoró después de haberlo hecho. Para él, ella olía claramente a sexo.

Luces que se apagan, gritos de circunstancia en las primeras filas, es la introducción. En la gran pantalla colocada detrás del escenario empieza la proyección de una película.

Él reconoce inmediatamente a Claudine tecleando en un minitel.

Para hacer su entrada, Pauline espera la escena de la felación.

Va engalanada como el día de su llegada. Pero se la ve menos tímida en el escenario.

Silbidos victoriosos del público, a las quinceañeras parece gustarles.

Y empieza. Le emociona oír su voz y no soporta estar aún tan separado de ella.

—Vaya unas poses, ¿no?

—Dicen que va de artista. Se les cae la baba.

—Y eso que no tiene ni idea.

—Mientras no lance una moda... ¿Has visto cómo va disfrazada?

La mayoría de los presentes hablan de otra cosa que del concierto. Pero los vecinos de Nicolas van lanzadísimos con su rollo. Él se ha colocado en la barra de la fiesta, se lo ha montado mal, justo allí donde nunca pasa el camarero.

Cuando llega ella, levanta una especie de oleada, «Ahí está», «Es ella», se vuelven cabezas, pasa de boca en boca. A nadie le importa un comino, pero es su fiesta y sale mucho en la tele, entonces quieren ver su pinta al natural.

Sujeta por la cintura a la pelirroja de la cinta, están resplandecientes. Visiblemente cargadas, arrogantes con la tensión subida.

Tienen gente alrededor, cumplidos, ella les sonrío a todos, dice sí con la cabeza y suelta apretones de manos.

El gran jefe revolotea a su alrededor para que todos se enteren: «¡Es maravillosa! ¡Maravillosa!».

Nicolas ha conseguido una copa. Se pone en un rincón para bebérsela tranquilamente. Le divierte su propio desorden. Tiene que esforzarse para no meterse y apartarles a todos gritando: «¡Esa mujer es mía, estoy solo con ella, largo de aquí!».

Ella desaparece de su campo de visión, arrastrada por una oleada de sonados.

Él deja la copa en la barra y se dirige hacia la salida. Pero cuando le llama quien le está llamando, se alegra de verdad. Ella le coge del brazo y juntos salen a la calle. Hay gente detrás: «¿Qué tal te va?». Ella le dice que ahora vuelve.

Frente a frente, tienen poco que decirse.

—Me ha gustado mucho el concierto. Más hard-core que grunge en su forma. Pero me ha gustado.

—Te equivocas. Era grunge total. ¿Qué es de tu vida?

—Sin novedades. ¿Y tú? ¿Qué tal tu nueva vida?

—Un caos total, yo sola me lo monto, te lo juro. ¿Has visto en qué follón me he metido? No sabía que me gustaba, pero, joder, me encanta.

—Sí, ya lo veo.

Martin Gili viene otra vez a buscarla, ni se molesta en ver a Nicolas:

—¿A que no sabes quién está abajo?

Excitadísimo. Debe de ser alguien importante. Pauline pregunta antes de irse:

—¿Puedo llamarte para quedar?

—Si no tienes nada mejor que hacer, adelante.

—Hola, buenos días, soy Claudine. ¿Por casualidad estás ahí?

—Francamente, ¿ni siquiera cuando me llamas dices tu verdadero nombre? ¿Te da miedo o qué?

—No, es que pierdo la costumbre. ¿Molesto?

—¡Qué va! Me han dejado una consola de vídeo, estaba matando a unos rusos.

—Nunca he jugado a eso.

—Así voy pasando los días.

—¿Puedo ir a verlo?

—¿Hoy?

—Sí, o cuando quieras.

—Yo no tengo la agenda llena. Me viene bien ahora, y mañana lo mismo.

—Nunca he ido a tu casa. ¿Dónde cae?

—Apártate, ocupas todo el sitio.

—Déjate de chorradas con la excusa de que pierdes siempre.

—No pierdo siempre, ¿qué dices? He ganado un montón de carreras.

—Has ganado una al principio porque has tenido suerte y ya no paras de caerte en la hierba o empotrarte contra las paredes.

—Tienes mala idea. ¿Hacemos otra?

Le da al *Reset* y se sienta otra vez. Y exclama convencida:

—Te voy a destrozar.

Fin de la serie de cuatro carreras, llegaba octava cada vez. Y dice:

—Este juego me tiene harta. Vale para los niños. ¿No podríamos jugar a otra cosa de dos?

—En James Bond puedes perseguir al otro y dispararle.

—A ver.

Ella mira hacia fuera, es de noche. Le propone:

—¿Encargamos unas pizzas?

—¿Con todo lo que te enchufas en la nariz, aún tienes hambre?

—Pues sí. Esnifo cada día y, a veces, también como.

—Te has quedado chupadísima, joder.

—Como un poco menos que antes. En realidad, suelo tener hambre, pero no me entra la comida. Entonces, ¿encargamos una pizza?

Cuando ha llegado, a primera hora de la tarde, no ha resultado especialmente fácil. Nicolas se rompía los sesos para que se le ocurriera algo que preguntarle o que contarle. El piso parecía minúsculo y el silencio agobiante.

A falta de recursos, Nicolas le ha propuesto: «¿Quieres probar la consola?», por cortesía y pensando que se largaría en menos de media hora, y ella ha aceptado.

Han empezado con una carrera y ella ha decidido sentirse a gusto.

Está un poco rota por dentro, tiene ramalazos de tristeza antes desconocidos.

Él está obsesionado con follársela. Desea el calor de su caverna, quiere que le abra todas las puertas.

Pero sabe que la iniciativa debe partir de ella. De lo contrario, acabará entregándose para acurrucarse instantáneamente y vuelta a lo mismo: «No quiero verte nunca más».

En realidad, ella ha ido para eso, pero teme quemarse. Él tiene que darle tiempo para afianzarse.

La observa jugar aferrada al mando. Se comporta como las chicas: no para de criticarse: «Joder, Pauline, qué imbécil», en lugar de insultar a la máquina. Él le hace una observación:

—Fíjate en lo que haces, los muertos vivientes te están quitando pedazos de vida...

—La recuperaré, esa vida, qué más da. Tengo la impresión de que pasas bastante de mis decisiones estratégicas, te equivocas.

—Debes matar al gigante, tiene municiones a mansalva detrás.

—No, yo no mato a los gigantes.

Salen con el alba para tomar café. Con sus caras de noche en blanco y risas histéricas por todo. Está entusiasmada:

—Me gustan esos juegos, son demasiado... Una pena no haber podido acabar.

—Si quieres lo guardo y te espero para terminarlo.

—Tengo mil cosas que hacer, no pienso volver antes de Navidades, no las

próximas, las otras. Será mejor que no me esperes.

De golpe y porrazo, él vuelve a la realidad. Desde la noche anterior, había olvidado que habían dejado de verse cada dos días. Sabe disimular perfectamente, pero siente una tristeza interior y podría proponer: «Quédate conmigo», en lugar de preguntarle:

—Entonces, ¿estás muy ocupada?

—De culo, como una mierda de ejecutiva. Ayer no podía más y dije que estaba enferma.

—¿Así que vas a grabar otro álbum?

—Hay que esperar un poco porque sacan dos singles más.

Y sonrío:

—Pero estoy negociando, eso sí, para el próximo.

—Si quieres, lo llevo yo.

—Y tú, ¿sigues sin dar golpe?

—Sí, doy lástima, pero no me quejo.

Ella mira el reloj, está horrorizada:

—Vaya, llego tarde otra vez... Me voy corriendo.

Recoge los tickets, paga y deja una generosa propina.

Después de comprobar la hora, pega un cambiazo, ya recupera el aspecto de mujer responsable.

Y corre hacia un taxi.

Nicolas vuelve a casa. Olor a tabaco frío. Quita de la mesita las latas vacías, las tazas del café, el bote del azúcar.

Se estira en la cama para dormir. Mañana jugará solo.

Solo no es lo mismo. Tampoco está mal, pero resulta un poco coñazo. Hay cosas que salen mejor entre dos.

Antes de irse a casa, Pauline pasa por el banco para recoger un talonario nuevo.

Va detrás de otra mujer. Debe de tener su edad, pero está con tres niños. Una niña con la cabeza llena de trenzas, que dibuja flores en un folleto. Se lo pasa a un señor que espera su turno. El hermanito está aterrorizado, pegado a la pierna de su madre, que lleva en brazos al último, un bebé pequeñísimo. Es una mujer hermosa, lleva un vestido de su país, rojo y dorado. Sigue esperando, el empleado comprueba algo y dice que no con la cabeza:

—El ingreso no ha llegado. Lo siento.

La señora no se mueve. No dice nada. El tío del banco repite:

—Pase mañana, tal vez haya llegado. No puedo hacer nada por usted.

Ella está indecisa. Se queda allí, como si le faltaran fuerzas para volver a casa sin

un céntimo, como si no pudiera creerlo.

Luego llama a su niña, coge al chico de la mano y sale lentamente. Sus ojos miran fijo hacia adelante, transformados en abismos.

El tipo del banco reconoce a Pauline, le sonrío, ella le saluda y dice qué quiere.

El otro pregunta:

—¿Cuántos talonarios quiere, uno o dos?

Cuando llega a casa, reflejo condicionado, mira el contestador.

Mensaje de Sébastien, ahora deja alguno a veces. Tiene la voz opaca y triste. «Tengo noticias tuyas, basta con poner la tele..., pero las quisiera tener de verdad».

La misma voz, esa que te desgarraba la carne, que hacía que todo se tambaleara y la sangre saltara de las muñecas hasta el cerebro, oírla ahora es como oír las otras, cuesta creer que sigue siendo la misma, total un mensaje más. Remanentes de palabras sueltas, recuerdos de emoción, restos de remordimiento escondidos en algún lugar. Totalmente sola y nada rencorosa.

Ella nunca le devuelve las llamadas. Aún le guarda rencor, le ha necesitado tanto con todas estas transformaciones, la cabeza hecha un lío, y todo habría sido distinto con él. Pero, sobre todo, ahora le da miedo. Su opinión. No la de él, sino la suya propia si algún día volviera con él. Mientras permanezca sola, podrá transformarse en el padre, ser egoísta, ambiciosa y agresiva, hacer lo que le dé la puñetera gana. Si fuera otra vez su mujer, se transformaría en esposa, en la que debe ayudar, perdonar, anularse.

Y, francamente, su transformación la satisface bastante.

Se acabaron los tapatripas para disimular la carnaza. Le gusta el dinero fácil, el que sale de las paredes, basta con introducir el chisme de plástico. Esa tarjeta de crédito con cifras blanquecinas porque sirve para cortar el polvo. Le gusta plantarse en algún sitio y sentirse como un imán, alguien a quien le toca un buen rayo de luz extra. Le resbala que la gente no la quiera por lo que es, ojalá todos hagan el paripé.

Aprueba incluso la hostilidad que provoca en el personal. La mierda circula fácilmente, le cuentan todas las porquerías que se les ocurre soltar sobre ella, y los intermediarios no dejan de añadir una cucharada de su cosecha.

Se siente portadora de tanto odio, que le encanta que la insulten. Y a ti, ¿qué coño te pasa y por qué te cabreas así conmigo? ¿Qué jodidas cuentas tenemos pendientes, tú y yo, para que estés tan acojonado, que sólo miras hacia otra parte, a los demás?

Se ve con gente que le dirige amplias sonrisas y, apenas llegados a casa, ponen la cinta de Claudine para ver cómo la folian.

Que comenten luego, entre ellos, lo que les apetezca, porque ella tiene un poder que domina y supera a tanto descerebrado. Hace lo que no se debe y eso facilita muchas salidas.

Se sienta, escucha un trozo antiguo, *Do the right thing*, le gustaría quedarse bien tranquila en casa y no salir en todo el día. Tiene una comida, para una toma publicitaria.

Según el gran jefe, sueltan un pastón. La guita le pone a cien, como se ponía cuando creía que a ella le gustaba follar con él. Ella sigue despreciándole vagamente, se la deja meter de cuando en cuando. Pero le sigue llamando, y aun sin tener nada que decirle, es a él a quien le cuenta sus cosas. Él también se sincera con ella, suele hablarle de dinero.

Su necesidad de pasta es un pozo sin fondo. Al igual que un tío obeso, le pone enfermo tener demasiado, pero es la única manera que conoce de afirmar su capacidad: seguir ganando más y más.

Tampoco deja de hablar de su edad. Ella no sabe qué decirle cuando el otro le cuenta qué significa envejecer, algo horroroso. Él le dice: «Lees la edad en la mirada del otro, incluso cuando has dejado de pensar en ello. Se te jode la piel, tu olor cambia. Se vuelve irreconocible el propio cuerpo, ese que debía ser tuyo para siempre, el único realmente conocido. Es una especie de lamentable error y no hay nadie a quien quejarse. Te ves irremediabilmente hundido en el terreno de los viejos, ese planeta desconocido hasta entonces y con el que no teníamos absolutamente nada que ver. Sin embargo nada cambia dentro de ese cuerpo, nada, sigues siendo el mismo desde hace veinte años, ahí metido en esa maquinaria cada día más enclenque. Incluso las penas del corazón, las desilusiones, decías que te ibas acostumbrando, con el tiempo que llevas acorazándote. Y ocurre precisamente lo contrario, duele más que nunca. A la larga, como siempre te dan en el mismo sitio, duele horrores, algo atroz».

Son esos ratos los que hacen brotar en ella el deseo de abrazarle y decirle me gusta tu cuerpo, aun mintiendo porque la pura realidad es ésa, lo recuerda perfectamente, él tiene un cuerpo de viejo. Mentir para suavizar cuesta tan poco. Siempre que sea por algo injusto y poco llevadero para el otro.

Contestador. Precisamente el gran jefe. Descuelga al instante, le tiene preocupado:

—Ayer te estuve llamando todo el día. ¿Estabas enferma? Iba a pasar. ¿Todo bien?

—En realidad no me pasaba nada, sólo me moría de ganas de tomar el aire.

—Podías haberme avisado.

—Ni pensarlo, te conozco, me hubieras convencido para acudir a todas las citas...

Luego escucha a medias. Para cualquier chorrada que tiene que soltarle, el otro se tira treinta frases. Se lía con tantas gilipolleces que recarga todo lo que toca. Dice que pasará a recogerla para comer, ella asiente y se viste.

Se siente inspirada antes de salir. Llama a Nicolas, le despierta.

—Perdona, pensaba que a estas horas estarías levantado.



—No tengo ningún motivo para no dormir y aprovecharlo.

—Oye, esa tienda de consolas que dijiste, ¿podríamos quedar allí más tarde y comprarnos una? Así me aconsejas, me ayudas a instalarla cualquier noche y jugamos un rato.

—¿No tenías el día a tope, hoy?

—Lo anularé todo. Tengo una comida que no puedo saltarme, pero me cargo el resto.

—Claro, hay que ser grunge hasta el final.

Cuelga el teléfono, no se lo puede creer, encantadísima. Nada mejor que organizarse un día bien largo y apretado para cargárselo a continuación.

No le dirá nada al gran jefe porque le montaría un cirio ipso facto.

Nicolas le ha dado la vuelta a la tele para toquetear los cables de detrás:

—Me pregunto cómo habrás enchufado el vídeo.

—No he tocado nada.

—Si es asunto de Claudine, entonces no me extraña.

—¿Sabes que eres el único que me habla de Claudine sin creer que soy yo?

—¿Y nunca temes que se enteren?

—Sí. Pero es la historia de siempre: un poco más de publicidad.

—¿Ahora transformas todo en publicidad?

—Faltaría más.

—¿Y nunca te has encontrado metida en un lío, con gente que conocía a tu hermana y a los que tú no reconociste?

—Sí, pero como ahora me las doy de importante, se creen que tengo mala baba. En realidad, me siento un poco como si fuera ella. Tampoco voy todo el rato con el rollo de la mitomanía metida en el coco.

—Ya está, funciona, podemos empezar a jugar. ¿Dónde has metido los juegos?

Ella señala la mesa, da una calada al peta, se le cae una punta roja en la blusa, se sobresalta y se limpia con la mano. Tiene un pequeño agujero. Pregunta:

—¿Y si bajaras a comprar cervezas antes de empezar?

—Eres la misma de siempre: no levantas el culo de la silla para nada.

—Ahora es distinto. Ya lo has visto, me reconocen en la calle. No puedo bajar así por las buenas.

—Siempre te sales con la tuya.

Hay varios mundos en este juego. Y también agua. Unas puertas que sólo se abren con llaves difíciles de encontrar, hay que nadar correr saltar por encima de los tejados, cargarse a unos guardias, matar perros, ratas y tarántulas. Cuando la chica

topa con algo interesante, se agacha murmurando «ja ja». Unos ruidos inquietantes avisan que habrá follón.

Juegan hasta tarde. Terminan bloqueados en la puerta de un ascensor, hay que liquidar a tres tipos medio moribundos que fallecen de uno en uno. Pauline se está desanimando:

—Aquí no debíamos haberles perdonado la vida. Ahora hay que empezar desde el principio.

—En este juego nunca quedas bloqueado.

—Se te ocurren unas ideas rarísimas. ¿Es que no ves que no podemos matarles?

—Hoy es por el cansancio y el colocón que llevamos. Pero mañana lo conseguiremos sin problemas.

—¿Te quedas a dormir? Podemos desplegar el sofá.

—¿No sales demasiado pronto mañana por la mañana?

—Tranquilo, no te despertaré. Basta con que cierres la puerta de golpe. Así, antes de irte, intentas conseguirlo.

—De acuerdo.

Ella le señala el sofá: «¿Sabes desplegarlo?». Él sigue jugando, dice que sí: «Estoy acostumbrado».

Ella lo deja, desea que insista para que se quede allí, pero es un alivio que no lo haga.

Ella cierra la puerta de su habitación, se quita la ropa y se acuesta. Está deseando que él entre sin llamar y se coloque entre sus muslos. Es un alivio que no lo haga.

Al día siguiente, a él le despiertan un tiroteo y la exclamación de Pauline:

—¡A la primera! ¿Qué te parece?

—¡Fantástico! Ahora en serio, tienes una suerte que no te la mereces.

—Habilidad, agilidad, estrategia, visión del juego y un coco insuperable...

—Oye, ¿no llegas tarde?

—No tengo ganas de ir.

—Ya me estoy arrepintiendo de haberte traído ese juego.

—Voy a terminarlo, y luego sigo con mi vida normal.

—Puedes tirarte una semana para terminarlo.

—No me importa.

—¿No se han quejado de que les volvieras a dejar plantados?

—No he avisado. Ya son mayorcitos para enterarse por su cuenta.

—¿Y no estarán preocupados?

—Sí. ¡Que se jodan!

El gran jefe se ha hartado de llamarla sin obtener respuesta. Ha ido hasta su casa para verla.

Apenas ha llamado al timbre, ella sabe quién es. Quita el sonido de la tele y Nicolas le murmura:

—¿Es alguien a quien no quieres ver?

—Es el gran jefe. ¡Vaya plasta!

—Ve a abrirle.

—No me apetece. Tengo derecho a dos minutos de paz, ¿o no?

—Precisamente, vas y se lo dices.

El otro sigue pegado al timbre. Y Nicolas con lo suyo:

—Deberías ir. Sólo faltaría que avisara a los bomberos.

Le asusta abrir la puerta, una reacción completamente irracional. El argumento de Nicolas es suficiente para animarla, porque es verdad, el otro es capaz de hacerlo y vaya una pinta que tendrán, los dos, saltando por encima de la puerta derrumbada e intentando bajar por esa escalera empinada, y esos ventiladores abajo que se cargan a la pobre Lara cada vez que baja.

Ha hecho bien en abrir, el gran jefe está tan descompuesto que, primero, está convencida de que ha ocurrido algo grave. Está pálido, tembloroso, se abalanza sobre ella apenas verla y la abraza, a punto de sollozar.

—Mi pequeña Claudine, ¡qué miedo he pasado...! Se me han ocurrido unas cosas terribles, unas cosas... ¡Qué miedo he pasado!

Ella le da palmaditas en la espalda. Tiene ganas de seguir jugando, pero a ver cómo se las apaña.

—Lo siento, no pensaba que te pondrías así. Sólo quería tomarme un respiro.

El otro se lo toma fatal:

—¡Pero si todos te están buscando! ¿Es que no te das cuenta? Eso, Claudine, no es nada profesional.

Es el mayor insulto que conoce. Para él, la falta de profesionalidad es algo terrible. Se puede ser desgraciado, deshonesto, aprovechado, impostor, lo que le dé a uno la puñetera gana, pero hay que seguir siendo profesional.

En el salón, se tropieza con Nicolas, que ha tenido la buena idea de apagar la tele. Al gran jefe le parece que está clarísimo y, sin saludar ni nada, va y suelta:

—¡Me lo tenía que haber figurado!

Da media vuelta hacia Pauline:

—Claudine, vístete, tenemos una cena.

Luego hacia Nicolas:

—Lo siento, caballero, se la devolveré más tarde.

—Entendido, jefe. Yo me largo.

Ella le deja salir, vistas las circunstancias es lo mejor, le acompaña hasta la puerta, mientras Nicolas se aguanta la risa y le murmura al oído:

—Ahora sí que te van a zurrar la badana.

—No me digas... Voy a ver si pica con el juego, tal vez acabe cogiéndole gusto. ¿Te llamo mañana?

Y cierra la puerta de golpe. El gran jefe revolotea en el salón, sigue desconsolado y abre los brazos:

—Me parece estupendo que tengas tus rolletes... Pero no tienen por qué afectar a tus compromisos. Lo sabes perfectamente. ¿Te has vuelto loca?

—Oye, no hay para tanto, sólo he desconectado dos días. Lo necesitaba. Seguro que la Tierra sigue girando. Ya me conoces, soy seria por naturaleza, interesada y ambiciosa, es transitorio, necesito relajarme.

—Vas y se lo explicas a esos dos periódicos que dejaste plantados, y a los de la tele que siguen esperando, ídem para la cita de la productora, que me costó tres meses conseguir, ni te molestaste en anularla, el tío estaba histérico y tuve que soltarle un cuento para disculparte.

—Te lo pasarías fatal mintiendo.

Intenta calmarle. Cualquiera diría que es su padre, el que conoce sus necesidades. Se informa:

—Y ese tío, ¿quién era?

—Un amigo.

Podría contarle que no hacen nada juntos. Porque aunque no lo diga le duele verla encerrarse con otro. Sobre todo con un chico de la misma edad.

De eso precisamente se trataba, quería tranquilizarle. No deja de ser su relación más cercana. Le agradece que la haya pasado a recoger personalmente para volver a encarrilarla. Ya basta de juegos, tiene otras cosas que hacer.

Abre la boca para explicárselo: «Sólo es un amigo». El gran jefe habla antes:

—¿Seguro que no es un jeta?

—¿A qué viene eso?

—En tus circunstancias, y lo sabes perfectamente, uno se ve rodeado de vividores.

—Nada de eso. Es un tío legal.

—Tengo mis dudas. A mí me parece que un tío legal es alguien que sabrá apoyarte. En absoluto un irresponsable que te permite anular todas tus citas.

—Puedes irte a la mierda y, para que lo sepas, tu opinión me importa un bledo.

El gran jefe se enfurruña, pero sigue con su cuerda:

—¿Piensas seguir viéndole?

—Sí.

—¿Y a qué se dedica?

—A nada.

—O sea, que no es un parásito... En fin.

—Y tú, ¿no es acaso un parásito tu mujer?

El gran jefe ralentiza el juego. Señala el reloj:

—Tenemos que ser puntuales. ¿Quieres hacer el favor de vestirte?

La mira, lleva un vestido deslucido, el primero que ha encontrado al levantarse, no está ni peinada, y menos desmaquillada. Y añade:

—Por lo visto, no parece preocuparte demasiado ponerte guapa para él.

—A él, por lo menos, le gusta lo grunge.

—A mí me gusta verte guapa.

Eso mismo decía el padre. Cuando ella no se daba cuenta de que podría parecerse a su hermana, que bastaba con disfrazarse para provocar el deseo de los hombres. Creía que la feminidad existía, que no podía inventarla.

Va a ducharse y a vestirse, mientras le oye telefonar en la pieza contigua.

Será un gustazo cenar con esa gente. Iba a rechazar la invitación, pero el gran jefe se ha opuesto: «Quieren verte sin falta. Y si no vas se molestarán».

Ahora se dedica a hacerle la pelota a la gente importante. En el montón, habrá por lo menos uno que le hará sentir que es tonta, sin talento y que no se merece tanto éxito. Siempre hay por lo menos uno. Y otro para soltar que eso no tiene futuro y que debe aprovecharlo porque el público se cansa enseguida. Y otro para decir amablemente que, además, las mujeres envejecen rápidamente.

Y seguro que habrá otro para hacerle un par de confidencias. Desde que salió esa peli guarra, siempre hay alguien que quiere hablarle de lo que le gusta, con connivencia, que sólo quiere decirle: «Pues eso, yo lo hice con un hombre, o atado, o quisiera que me metieran un consolador, pero mi mujer no se anima, o me gustaría llevar tacones».

Y lo más seguro es que habrá unos cuantos que la ignorarán olímpicamente para demostrar que saben resistirse a los entusiasmos populares.

Y juntos analizarán todos los casos, uno tras otro: «Fulano, lo que hace, es una mierda» y Mengano «es el único director de cine de su generación, qué lástima que sea tan poco popular». Son siempre los que nadie conoce los únicos que valen. Y el gran público, francamente, unos burros..., con el mal gusto siempre a favor de los inútiles.

Cenará con la élite. No piensa soltar la menor carcajada. No entiende nada de lo que hablan. «¿Has visto esa película?». Pobrecita ella, encantadora ella, ignorante ella, por suerte tiene un culazo de negrata para compensar, «una verdadera joya», y todos asienten. «No pasa nada la primera hora, absolutamente nada, y de esa nada brotan auténticos momentos de gracia». A muchos les encanta que sea tan inculta como encantadora, porque así debe ser un buen putón.

No consigue maquillarse. Pifia un ojo, se desmaquilla, pifia el otro y vuelta a empezar.

El gran jefe se ha calmado y le pregunta al otro lado de la puerta:

—¿Te falta mucho?

—Unos diez minutos.

—¡Estas mujeres...!

Una reflexión totalmente original. No sabe qué chaqueta ponerse. Farfulla, a media voz: «Lo mío son los dilemas apasionantes».

Luego se pinta la raya y refunfuña para sí misma: «No irás a quejarte de lo que te está ocurriendo, no irás a quejarte de la vida que llevas. Hoy, el gran jefe te ha hecho cabrearte, pero el resto del tiempo las cosas funcionan. Y te encantan todos esos chanchullos, porque sólo te interesa una cosa, hacer un segundo disco sólo para mostrarles a esos cabrones lo magnífica que eres y lo bien que cantas. Hoy querías pasar un buen rato con Nicolas, pero ya te conozco: mañana ni te acordarás de llamarle, tendrás la impresión de que está muy lejos, porque no deja de ser un perdedor que no se interesa por nada y porque verse con tipejos como él acaba siendo un coñazo».

Y eso que empieza a encontrarle patéticamente cargante, a ese gilipollas caducado que se comporta como una doncella llamándole a eso «la buena vida».

Ya está lista para salir. Se observa por última vez. Se sonrío en el espejo, no está nada mal.

Hace un rato, mientras el jefe le pegaba su rollo, se le ha ocurrido una idea. Una vieja idea completamente desorbitada.

Se le habrá olvidado mañana.

Andén del metro. De noche pasan menos. Hay una piel de plátano tirada en el suelo. Nicolas lee un poema del cartel pegado por la compañía del metro. Silencio de gente que no se conoce, la mayoría concentrados en su libro.

Al otro lado, una anciana habla sola, se enfada con alguien inexistente.

Llega el metro, un ruido ensordecedor, un ruido de catástrofe cada vez.

Pauline no le ha vuelto a llamar al día siguiente, él ya se lo imaginaba. Pero lo ha hecho dos días después: «Tengo un montón de cosas que hacer, imposible vernos, sólo te llamo para saber cómo andas».

Han intercambiado un par de chorradas, se había quedado definitivamente enganchada al juego: «Esta semana no puedo, pero te llamaré enseguida, tenemos que llegar hasta el final».

Y luego ninguna noticia durante un mes. Ni sorprendido ni decepcionado, él ha seguido con su rutina.

Finalmente, llamó ayer. Debía de llevar una buena merca porque estaba rarísima, tirando a eufórica pasada de rosca. Él dijo:

—Paso mañana por la noche, si quieres.

—De acuerdo.

—Se nota que estás obsesionada con terminar el juego.

—Hay unas ideas que te vienen a la cabeza y luego se te van al día siguiente. Y hay otras que llegan y no te sueltan nunca más. Es una selección natural, a veces no deja de sorprenderte.

—Te entiendo perfectamente.

—Te lo explicaré mejor mañana, cuando nos veamos.

—A mandar... Y por si te hartas de soltar gorgoritos, no creo que tengas problemas para contestar a las preguntas de 50 X 15.

Él quisiera que ella pensara en lo mismo que él. Quisiera que le abriera la puerta y dijera: «Cómeme la almeja», y joder hasta que doliera.

Un tipo acaba de entrar en el vagón y le da patadas al asiento. Es una mole y lleva un buen cabreo.

Para el metro. Nicolas baja al momento. Sólo faltan dos paradas y prefiere ir a pie. Sigue el metro aéreo bajo ese frío que tanto le gusta.

Rue Poulet, se cruza con un niño perseguido por la bofia. Es poco frecuente que la pasma aún intervenga en el barrio a esas horas de la noche. De día, lo ha visto cien veces desde la ventana de Claudine, esperan a tener cuatro coches y dos camiones para meterse con una sola persona. Se juntan y chillan a montones a su alrededor y, a cada vez, bastaría con la más mínima chorrada para armarla en serio porque no falta gente para montar un cirio. Siempre le ha maravillado que esa mínima chorrada no ocurra nunca. Con sólo uno que lanzara una piedra, habría follón para una semana. Cuatro coches, dos camiones, es moco de pavo para toda esa gente... Ocurre lo mismo en muchas situaciones parecidas, basta con la primera piedra.

Cuando él llega a casa, lo encuentra todo limpio como una patena. Nunca había visto el piso así. Claudine pasaba bastante de la limpieza, decía que los enfermos peligrosos eran los que no soportan un poco de desorden. Y Pauline nunca se había atrevido a cambiar las cosas de sitio. Se había limitado a conservarlas. Suelta un silbido admirativo:

—¿Has limpiado a fondo?

—Me voy del piso y es mejor que lo deje todo limpio. He vaciado los armarios y lo he ordenado todo.

—Lo has hecho de puta madre.

—Me he tirado dos días.

Y mientras le habla, ella se pone el dedo en la nariz y le mira. Nicolas pregunta:

—¿Tienes miedo de sangrar o qué?

—Más o menos, es como una manía.

Ella suspira y sonrío:

—Lo que pasa es que me he dado un buen tute estas dos semanas.

—Tampoco te pases. Aunque, de todas formas, no es asunto mío...

—Termino mañana.

—Entonces, ¿te mudas?

—Me largo. Me voy de viaje.

—¡Fantástico! ¿Adonde?

—A Dakar.

—Un cambio de ambiente de la hostia.

Él se pone a farfullar por dentro, es alucinante: ¿a qué viene ese viaje y cómo se le ha ocurrido irse tan lejos sin él? Procura mantener el control y un mínimo de dignidad:

—¿Cuándo te marchas?

—Mañana por la noche, pero si quieres puedo cambiar los billetes.

Se queda mirando fijamente la tele, como concentrada en otra cosa. Se siente herido en el costado, ¿cómo puede largarse así? Él suelta discretamente:

—Entonces eran historias, no podremos terminar el juego para mañana por la noche.

—Depende. Si me acompañas, nos sobrará tiempo para terminarlo.

Premio. Pone cara de tonto para que se lo explique detalladamente:

—¿O sea que quieres que vaya contigo a Dakar para terminar Tombraider?

—Eso y un montón de cosas más.

Explosión de alegría, tenía que ocurrir, lo sabía, pero decide hacerse el listo:

—Me gusta poco viajar.

—¿Y adonde has ido, listo?

—A ninguna parte.

—Es un coñazo, porque yo no puedo quedarme en Francia.

Él llena los dos vasos, ahora la otra se va a enterar:

—¿Demasiado éxito? Estás harta y quieres poder caminar tranquilamente por la calle sin que te avasallen...

—No, eso lo tengo asumido. Incluso me parece que me costará, al principio, pasar desapercibida.

Se queda pensativa un buen rato. Igual que los otros colgados a los que Nicolas conoce, se para en medio de una explicación, con la mirada perdida y completamente ida. Y añade:

—Voy a explicarte lo que he hecho, y luego lo que quiero hacer: hace un mes, ya sabes, cuando nos vimos aquel día, poco después de que te largaras, decidí que me estaba aburriendo y que iba por mal camino.

—Y yo pensando que te lo pasabas pipa.

—Todo iba superbién. Pero no tiene salida. Nicolas, están todos pasadísimos.



Hice el balance y me di cuenta enseguida: un coñazo. Claro que me divierto a veces cuando alguien suelta barbaridades, pero, aparte de eso, un coñazo. ¿Y sabes cómo te vuelves luego?

—Decente.

—Supercascado y, cuando eres mayor, acabas pagando muy caro haber vivido como una gilipollas. ¿Lo entiendes?

—Más o menos. Continúa.

—Llevo un mes dando tumbos de un lado para otro, la superzumbada número uno. Me han caído montones de anticipos.

—¿Anticipos sobre qué?

—Sobre todo. Un contrato nuevo para un disco, bingo, un montón de anuncios, bingo otra vez, mis memorias de actriz porno y un sinfín de cosas insensatas... Bingo total. Lo he puesto todo en una serie de cuentas y te lo digo en serio: me lo he currado. Ahora ya puedo largarme.

—¿No podrías irte de vacaciones y pensártelo un poco? ¿Tiene que ser una gilipollez, cada vez que se te ocurre algo?

—Para el carro. A mí, lo que me mola, son los anticipos. Lo supe el primer día que oí esa palabra: anticipo.

—¿Mucha pasta?

—Eso, más lo que gané con el disco... Pueden vivir dos personas durante diez años de juerga todo el día, y quince años si se contienen un poco. Y veinte años si se mantienen a raya.

—¿Dos personas?

—Quiero que vengas. No encontraba la manera de decírtelo. Pero no me iré sin ti.

—Suenas estupendamente, pero yo no soy una maleta.

—Podía habértelo dicho antes. Pero me daba miedo cambiar de idea. A última hora. Decidir quedarme. Cagada de miedo de que dijeras que no.

No existe un hombre más feliz, mil veces más de lo necesario. Se pone la máscara y se muestra frío. Sigue habiendo algo que quiere oírle decir.

Le lanza:

—Exageras un poco. No puedo irme así por las buenas...

—No te entiendo. ¿No estás a gusto conmigo?

—Sí, lo estoy. Pero hay una diferencia entre no estar a disgusto con una persona y largarlo todo para irse con ella... Y ya me dirás qué cara pongo si, una vez en Dakar, descubres que tienes cosas mejores que hacer en lugar de no hacer nada conmigo y me dejas allí plantado, como otras veces... En París, ningún problema, tragué. Pero en pleno monte me gustaría menos.

—Entonces era una niña, no sabía nada de la vida. Eres la única persona con quien me llevo bien.

Las palabras soñadas desfilan una tras una. Quiere aprovecharlas al máximo.

—Lo siento, en serio, no me apetece. Pero quizá te iré a visitar algún día...

—¿No quieres que hagamos el amor? Quién sabe si nos enamoramos y así te decides a seguirme.

—Voy a decírtelo: empiezas a hartarme.

Se levanta, está tembloroso. Le ha dado su merecido, bastante ha tenido que aguantarle, y sobre todo: tenerla bien cogida. Que espere hasta el día siguiente.

Se vuelve hacia ella, la ve mordiéndose el labio hasta sangrar, con su aire de flipada por exceso de coca. Se lo cuenta:

—Me molesta. Esa manera de arrastrarme como un bulto. Esa manera de meterme en tu cama para intentar que haga lo que a ti te apetece. Me molesta; como si para ti no fuera más que un capricho.

—Me lo debo montar mal.

—Te has pasado de rosca. Has perdido el sentido de ciertas cosas... Y además, cuando me hablas, quieres decir: como no eres más que un jodido fracasado, aquí no se te ha perdido nada, así que podrías venir para divertirme un rato. Me molesta, ¿lo entiendes?

—¿Es que no recuerdas lo bueno que era?

—La verdad es que no.

Terraza de una casa inmensa, en la misma orilla del mar.

—Vaya día más cojonudo.

—Sí, te jode la vista.



Virginie Despentes nació en 1969. Se educó en Nancy, ha vivido en Lyon y en la actualidad reside en París. Ex punki, ex vendedora de discos y ocasional trabajadora en un peep-show, en sus tres novelas, *Fóllame* (Mondadori), llevada al cine con gran escándalo, *Perras sabias* y *Lo bueno de verdad*, galardonada con el Premio Flore, (ambas en Anagrama) se ha consagrado como una de las representantes más notables de una nueva generación de jóvenes y osados narradores franceses.